

Balada de la casada infiel

edición definitiva



Luis Monteros Arregui

Edición definitiva, aún no impresa.
Todos los derechos reservados.

A los cuatro vientos!
Luis Monteros Arregui 2025

Imagen de portada:
Caracteres de miseria en el V piso, Luigi Stornaiolo

Balada de la casada infiel

edición definitiva

Luis Monteros Arregui

“No tengo dinero, ni recursos, ni esperanzas.
Soy el hombre más feliz del mundo.
Hace un año, hace seis meses, creía que era un artista.
Ya no lo pienso, lo soy.
Todo lo que era literatura se ha desprendido de mí...

Entonces, ¿éste? Éste no es un libro,
es un libelo, una calumnia, una difamación...
es un insulto prolongado, un escupitajo en la cara del Arte,
una patada en el culo a Dios,
al Hombre, al Destino, al Tiempo, al Amor, a la Belleza...
Cantaré para ustedes, desentonaré un poco
tal vez, pero cantaré...
bailaré sobre su inmundo cadáver...

Así, pues, esto es una canción. Estoy cantando.”

Henry Miller

Trópico de Cáncer

preludio

Aquello sea sin ser más.

Apenas el ascensor cierra sus puertas, me arrimo a una de las paredes plateadas, cierro los ojos y bostezo; un estremecimiento me sacude los músculos del cuello que parecen esculpidos en madera. Muevo la cabeza hacia los costados, hacia atrás, en contacto con mis dedos que punzan como si quisieran lacerar la carne. Abro los ojos, doy vuelta y me encuentro en el espejo; es la primera vez que me veo con detenimiento en las últimas semanas y la impresión de mi propio reflejo me desconcierta, no tanto por la barba crecida o el pelo sucio, sino por el rictus de angustia del hombre que me observa a medio metro. Su mirada pretende descifrar el abismo entre la imagen que creía tener y la que en verdad tengo, en una suerte de interrogatorio mudo que avanza de mis ojeras a las ronchas que inflaman mi garganta, del verde opaco de la piel a la desolación de mis ojos.

El ascensor se detiene con un temblor y me regresa a la realidad; la puerta se abre y aguarda a que salga. Afuera no hay nadie. Busco las llaves dentro de la bolsa de basura en la que, al salir, depositaron las cosas que no les interesó robarme: una chaqueta de mezclilla desteñida y con rastros de pelea, varias identificaciones sueltas —la billetera debe estar en el bolsillo de alguna enfermera—, un ejemplar de *El hombre rebelde* de amputadas páginas como dedos, un estilógrafo quebrado en dos y manchado con su propia sangre, y un llavero metálico con la inscripción “Mahfuz 1988” que sostiene en su doble argolla cinco llaves; entro al departamento. El vaho que infecta el ambiente me recibe con su bofetada. Cierro la puerta a mis espaldas y me apresuro hasta una ventana corrediza, saco la cabeza y recibo, a bocanadas, el aire helado de la ciudad.

Por un largo rato me quedo apoyado en el pretil y contemplo por inercia los árboles levantados sobre el lomo de la montaña, iguales el pelaje hirsuto de un animal dormido. En algún sitio, una sirena aúlla con la ayuda de un perro, pitos de autos enloquecidos de tráfico, un murmullo de iglesia en misa: la misma y extraña comarca con ínfulas de ciudad. Dejo la ventana abierta y me siento en uno de los sillones de la sala hasta que el hedor me obliga a salir de nuevo, encender un cigarrillo y pretender que sus volutas se apoderan del lugar embarrado de modorra: muebles, paredes, sábanas, es como si las puertas se hubieran sellado hace años y atraparán en su interior ese aliento enrarecido. Fueron cuatro semanas de encierro, aunque la ausencia duró más, porque empezó antes y, al parecer, aún no termina. Mi ausencia, su ausencia, la misma, a fin de cuentas.

El encierro no es algo que uno pueda olvidar sin más, sobre todo si es la propia memoria la que se empeña en regurgitar su olor a fermento. La pestilencia no está en los muebles del departamento, seguramente.

El agua de la ducha resbala de mi cuerpo y cae al sifón con un ruido burbujeante, lavándome a medias. Las paredes del baño parecen encogerse en latidos, derrumbarse y desaparecer con el vapor; esa angustia me obliga a agazaparme en las baldosas del piso hasta recobrar el aliento, aguantar la respiración y volver a sumergirme en el chorro hirviente para que el agua me despoje de cualquier resquicio de hospital.

Vuelvo al dormitorio y me siento sobre el filo de la cama. Resoplo y me dejo caer hacia atrás. Estoy agotado. Necesito dormir. No puedo; una imagen revolotea en mi cabeza a pesar de los intentos por distraer la mente o vaciarla. Es inútil. Por más que intento, no consigo sino volver a la misma historia, el bullicio, las carcajadas y el olor a tabaco negro de mis manos...

Siempre creí que sería un gran escritor.

No recuerdo bien desde cuándo se metió en mi cabeza esta idea y, menos aún, desde cuándo empecé a comparar mi vida con la de los autores a los que leía. La verdad es que no sé si me obsesionaba más la literatura o la idea del reconocimiento social. Sospecho que el afán de lucimiento es uno de los primeros vicios que contraen los escritores, incluso antes de borrar una línea: a los ocho años yo ya soñaba con estrellatos y ni siquiera había terminado un cuento; estrellatos inverosímiles, por cierto, y más en una urbe en ciernes, que se odia a sí misma. Por eso debe ser que el impacto de esta mal asumida vocación contra la realidad me ha dejado siempre maltrecho.

En la adolescencia palié la condena del futuro anonimato con lecturas. Leía compulsivamente, hacía anotaciones en los márgenes y memorizaba fragmentos que después parafraseaba con descaro en algún cuento propio, porque la dichosa inspiración de los libros románticos nunca llegaba, al menos no como el acontecimiento místico que yo esperaba, y mucho de lo poco que escribía terminaba por parecerse a lo que había leído. Entonces me encerraba por semanas a hurgar en mi imaginación afligida y volvía sobre los mismos libros, en una suerte de círculo vicioso de asombro y frustración: todo lo que leía me dejaba más inválido de creatividad. Aun así, ya fuera por tozudez o por falta de opciones, terminaba por convencerme de que tarde o temprano, y como un hado, llegaría a ser (reconocido como) escritor; solo era una cuestión de tiempo.

Digamos que me sentía una “joven promesa” —así de ridículo y pretencioso— que trashumaba por cafés culturales y redacciones de revistas estudiantiles orgullosísimo con

esos escasos textos de primerizo que eran, además, mi única evidencia en el oficio y que se convertirían, a la postre, en el pretexto sobre el que haría girar mi vida pseudouniversitaria.

Sin embargo, mi mayor problema no era, como se podría colegir, la impaciencia o el hecho de haber nacido en un territorio invisible, sino mi imposibilidad para encontrar historias que valiera la pena contar, personajes retratables de cuerpo entero, pletóricos de sentimientos que obviamente yo desconocía desde mi sofá de veinteañero renegado.

Recién ahora, que me detengo a mirar hacia atrás, me doy cuenta de que aquello que tanto busqué estuvo todo el tiempo ahí, esperando a unos metros, y me lamento al constatar que, a pesar de que he transitado siempre entre personajes extraños, como salidos de esos libros que me empeñaba en emular, nunca me percaté de su existencia. Hoy creo verlos en su forma original, como payasos que interrumpen su función, se despojan de su personaje cínico y salen a fumar un pucho en el callejón, entre puertas traseras, tachos de basura y ratas caballunas. Apenas descubro, entre los escombros de mi memoria, que siempre pude descifrar la vida exagerada de cualquier vecino de piso, las facciones inverosímiles que maquilla un transeúnte, que vela una foto del álbum familiar o reproduce un espejo. Personajes raros, amasijos tristes y envilecidos, simulacros pintorescos que se han cruzado frente a mí, me han rozado al pasar con su aliento nefasto, susurrando o hasta gritando con sus voces guturales; han actuado ante mis ojos con volteretas torpes, lágrimas de utilería y canciones desafinadas sin que me percatara de ellos.

Recién comienzo a desconfiar de quienes me rodean, a verlos más allá de sus fachas insólitas y sus risas estentóreas, a sospechar que no hace falta romperse la cabeza para inventar personajes esperpénticos, que los relatos fascinantes que habitan mis estantes no son tan distintos de los que ocurren a diario, y empiezo a comprender que en toda tragedia asumida se esconde una sátira, una burla constreñida, que el melodrama no es más que el antifaz con el que la tragicomedia nos restriega nuestra ingenuidad y estupidez.

Fue esa miopía mental la que me impidió desentrañar la dualidad que ahora descifro en las personas, haz y envés de una misma hoja. Una cara es la que conviene mostrar, esa

imagen confeccionada con retazos de otras, pastiche de aspiraciones y requisitos sociales. La otra cara es un cúmulo de desencantos, de deseos reprimidos y temores, el interior macabro que todos refundimos, pero que aflora cuando menos se piensa, nos estalla encima y nos desenmascara íntegros.

En esta suerte de mascarada todos jugamos al ocultamiento, vestidos con atuendos rimbombantes, pintarrajeados los rostros, con movimientos aparatosos y voces impostadas; murmuramos rezos, repetimos ideas que no entendemos o enarbolamos proclamas de libertad mientras nos vendemos por unos centavos.

Me desvisto frente al espejo y no distingo más que huesos parchados de carne, dientes filosos, cuencas vacías de las que brotan estos ojos negros que me miran tristes y me dicen que yo también soy parte de ese carnaval, encerrado entre libros descuadernados y hartos de contar las mismas historias, condenado a creermé escritor cuando ni siquiera sé escribir mi nombre.

Después me lavo la cara y voy perdiendo el temor a mis reales facciones, siento que por fin puedo respirar hasta el fondo, enfrentarme a mis propios demonios —esos que me aguardan desde hace años, (mal)echados en el diván de la sala, silbando una canción y con las patas apoyadas sobre la mesa— y gritarles que se vayan a esperar afuera, en el frío, como debe ser, y les suelto con redoble mis frustraciones, los temas recurrentes, lugares comunes y manías que martillan mi cabeza y que podrían ser los hilos conductores de un relato, quizá de este.

A pesar de que crecí en un ambiente estampado de cristos y vírgenes, nunca me gustó la idea de ser un santo ni tuve entre mis prioridades elevarme hacia los altares; desde pequeño me resultó absurdo asistir a la misma misa una y otra vez, contarle a un vejete medio dormido esos terribles pecados que se cometen a los doce años y pensar que el Calvario era el resultado de pelear con mi hermano o robarle unas monedas a mi abuelo. Mientras todos rezaban, yo me fijaba en las caras de espanto de las estatuas, su sangrerío y tragedia que me parecían –primero– aterradores, escalofriantes, cruentos, –después– incomprensibles, exagerados y –finalmente– ridículos, sobre todo porque no entendía que fuese necesario sufrir tanto y echarse culpas propias y ajenas.

Desde que tuve uso de razón me acostumbraron a las canciones lastimeras y a las plegarias balbuceadas, en una especie de programa de adoctrinamiento que pendulaba entre el colegio católico de varones en el que perdí mi infancia y adolescencia, y la casa de mis papás, que disfrutaban más de los ritos que de los abrazos, asistían con ínfulas de salvación a las reuniones de la comunidad, repasaban los cancioneros en los tonos correctos, contribuían anticipadamente con los diezmos y nos obligaban a tomarnos de las manos para rezar antes de comer, antes de dormir, antes de ir a la escuela, al cine, a la piscina, a donde fuera. A veces también después o incluso durante. Hubo una época en la que mi mamá aparecía en medio de un juego a pedirnos orar por alguna causa urgente y debíamos parar la matanza de apaches para pedir por un enfermo. Los niños del barrio, que para entonces ya escaseaban en nuestros juegos, nos veían ocultos en sus disfraces de plumas o sombreros sin entender esos flashes informativos que elevábamos al Altísimo. Y

uno intentaba rezar apretando los ojos, acariciando al disimulo la cache de la pistola de balines y la crin del caballito de madera.

Trece años de usar pantalones caqui, saco de lana verde y cabello corto relamido, me dejaron esta mueca de fastidio invariable; las formaciones cívicas con himnos y discursos, los saludos recitados en coro y las órdenes de sometimiento absoluto bajo amenaza de castigos humillantes me hacían sentir como un concripto que desentonaba en su regimiento, sin importar cuánto se esforzase, sin querer hacerlo, harto de memorizar folletines de vidas monacales y manuales de conducta que apuntalaban una fe basada en el pavor y que se acomodaba con descaro al apellido o a las contribuciones económicas.

La imagen doble del rector, un cura regordete que quería enderezar los caminos de la juventud a golpe de puteadas y engrandecer la Obra de Dios en la Tierra aunque tuviera que vender lotes del paraíso a los fieles, ha sido una de las responsables de que Dios solo sea para mí la estatua de un moribundo que respalda vergonzante las arcas llenas de dinero y las exoneraciones fiscales.

Pero mis papás creían que el sonriente sacerdote era incapaz de alzar la voz, tan cariñoso y considerado que se portaba con ellos, y terminaban por culpar a la adolescencia por cualquier escollo de rebeldía. Jamás protestaron por el dinero que les sangraban mes a mes, hacían caso de los sermones como si fueran fórmulas de salvación y sonreían encantadísimos al cura en su repartición de abrazos después de las misas de domingo, mientras lanzaba bendiciones y saludos de celebridad o golpeteaba con sus dedos de anillos gruesos las cabezas de los niños a su paso; recorría, siempre tan lleno de gracia, la alfombra roja que desembocaba en un arco ojival, abría las puertas de roble —que nunca chirriaban— y salía victorioso hasta el atrio revestido de mármol que hizo construir con las donaciones; ahí dejaba a la feligresía expectante mientras subía a su despacho de banquero por una media hora, se refrescaba con agua de azahar, bebía un chinchón con algún bocadillo y recibía el conteo de las limosnas; solo entonces aceptaba la invitación a almorzar casi

suplicada por cualquiera de los empresarios curuchupas que tenían acciones en ese camposanto de la Obra que era, prácticamente, la antesala del mismísimo paraíso.

Mi primer grito de independencia laica llegó cuando decidí faltar a la ceremonia de graduación y, en lugar de recibir la condecoración social, hice una pira con los uniformes y los libros del colegio, bajo el supuesto de que ya no habría llamadas del consejero estudiantil que hicieran llorar a mi mamá ni puntos menos en disciplina que arruinaran mis vacaciones de encierro literario. Pero para mis papás fue como si los insultara, no tanto por el ritual satánico que creyeron ver sino por las sandeces que escucharon de mi boca contra el bendito cura ese y su iglesia para millonarios. Ese fue el inicio de la decepción para todos.

Cuando me gradué del colegio tenía muy claro lo que debía estudiar: Derecho, como buen católico; pero mientras más se acercaban las pruebas de ingreso a las universidades, más irresistibles eran mis ganas de esquivar la imposición y darme un año sabático, para organizar mi vida espiritual y aprender algún idioma, como les dije descaradamente a mis papás, o para dedicarme a los libros a tiempo completo, como me convencí a mí mismo, entre ensoñaciones ridículas en las que ser escritor implicaba sentarme en algún cafetín con un cuaderno, un lápiz y una ventana que no diera a este conventillo insípido; publicaba libros y firmaba autógrafos en grandes librerías, vivía para escribir esos cuentos que ahora se me esconden y recordaba los tiempos de estudiante, de anónimo, como simples anécdotas que se cuentan durante una entrevista radial. Pero tampoco tuve la entereza para hacerlo porque “en la vida hay que dedicarse a cosas de provecho, no andar con pájaros en la cabeza y dárselas de artista como tanto vago muerto de hambre”, según dijo mi papá como verdugo de mis ínfulas.

La responsabilidad es peor que la sarna. Me refiero a ese concepto tergiversado de responsabilidad que consiste en “hacer lo que está bien”, siempre y cuando “eso que está bien” sea lo que quieren los padres o su estela en la consciencia de uno. Me explico: yo crecí en un ambiente de obligaciones bien definidas: mi papá se mataba trabajando hasta la noche y llegaba a dormir; mi mamá rezaba, administraba la casa, rezaba otra vez y

supervisaba a los hijos en las interminables tareas del colegio; y, mis hermanos mayores obedecían, me torturaban y fumaban a escondidas. Todo estaba claro. ¿Con qué cara podía regresar a los diecisiete años tambaleándome de borracho si nunca había visto ebrio a mi papá? ¿Cómo me negaba a estudiar si mi hermano mayor seguía dos carreras a la vez? No había forma.

Tantos años de responsabilidades impuestas me dejaron ciertos rezagos hasta cuando crecí y, aunque después ya tuve libertad para hacer lo que fuese, aparecía la imagen de mi mamá sermoneando o lloriqueando reclamos, con el discurso del ejemplo, el futuro, “el esfuerzo que hemos hecho para que tengas lo que tienes, malagradecido”, y yo invariablemente intentaba complacerla. Al menos mi cabeza funcionaba así; tanto que estudié carreras que no me gustaban, tuve novias a las que no quise y amigos a los que odié, con tal de darles gusto en su lucha por hacer de sus hijos gente de bien, cristiana y seria, como Dios manda.

Cuando mi hermano mayor se graduó de la universidad, me confesó entre tragos que solo estudió Administración y Economía para no defraudarlos, porque él siempre quiso ser actor de teatro. Nunca sospeché de su afición, pero supongo que eso habla muy bien de sus dotes actorales.

Hasta los diecinueve años traté de hacer todo lo que me pedían, aunque fuera solo por evitarme problemas: si querían que llevara el cabello corto, me lo cortaba; si les disgustaban mis pantalones y camisas, accedía a que me compraran otros; si pensaban que mis amigos eran vagos y me hacían perder el tiempo, dejaba de llamarlos; hasta de las mujeres con las que salía les permitía que opinaran, al punto de haber contribuido (un poco) para que ninguna novia me durara más de tres meses. Pero poco a poco nos hastiamos, yo de sus pretensiones y ellos de mi hipocresía, y, sin una declaración explícita, dejamos de creernos, primero, y después de soportarnos o, más bien, dejamos de engañarnos y limitamos nuestra relación a lo que ellos consideraban sus obligaciones —impuestas por la biblia del qué dirán— y lo que yo consideraba las tuyas —desde el descarado del vago que era/soy—. Su

autoridad evangelizadora se desvaneció entre pretextos repetitivos, un tufo pertinaz a anisado y resultados académicos deplorables. Fue entonces cuando comencé a comprender que hay cosas en la vida que no tienen remedio.

Así llegué a los veinticinco años, viviendo a regañadientes con mis padres, en permanente búsqueda de ocupaciones temporales para ganar algún dinero, saltando de universidad en universidad sin nunca terminar nada: un año de inglés y francés en el que dormí a pierna suelta; otro de Derecho, que solo me sirvió para aprender a beber trago sin marca y fumar hasta el filtro; tres semestres de Relaciones Internacionales que me dejaron la frustración de ser un fantasma que ¿vive? en una tierra fantasma; y finalmente Antropología, con cinco semestres a cuestas y sin entender una palabra. Quizá exagero. Mi papá dejó de apoyarme cuando abandoné la segunda carrera y me tenía bajo amenaza de exilio familiar, pero mi mamá me acompañaba en silencio en todos mis intentos por ser alguien en la vida, como decía ella. La cuestión es que yo ya no quería ser nadie en la vida, tenía un despecho crónico, estaba cansado de errar en todo, de no llegar a ningún sitio, de sentirme un incapaz sin preferencias, de no tener más amigos que los que se hacen en las borracheras y haber llegado a las primeras arrugas casi virgen, convencido de que la vida era un monótono pasar y pasar, sin más meta que llegar al final del día o del año. Todo me daba igual.

Cuando me entraba el despecho por la carrera que estudiaba —esto sucedía siempre en menos de un año— empezaba a soltar una retahíla de pretextos: que las asignaturas eran muy complicadas, que no me gustaban el ambiente, los horarios, los profesores, los libros incomprensibles o lo que fuere, y comenzaba la búsqueda de los gruperos que se pasan el día entero metidos en cualquier cantina universitaria jugando billar, bebiendo y fumando, y se olvidan de todo lo que, precisamente, yo quería olvidar. Por lo general, mis papás se demoraban unos dos meses en darse cuenta de que ya no asistía a clases, que otra vez llegaba ebrio y que me encerraba en el dormitorio a esperar que mi mamá entrara, se sentara a mi lado y me contara que se lo veía venir, que rezaba para que mis crisis

terminaran, que ya era tiempo de madurar, que por qué no me acercaba a Dios y me daba una oportunidad, que ella sabía que en algún momento volvería a ser su hijo de siempre. Al final todos acabábamos por resignarnos a nuestra suerte.

Después de dejar cada carrera, me entraba una mayor seguridad de que no me interesaba en la vida otra cosa que no fuera escribir y que todo ese dinero perdido en matrículas y pensiones era el resultado de no haberme, desde el principio, empeñado en estudiar Literatura. Así rezongaba incluso cuando aireaban sus reclamos. Y como todas mis opciones se limitaban a esa, compraba más libros, me encerraba a leer y después me torturaba intentando escribir y, aunque a veces lo conseguía, las demás solo me decepcionaba de muerte. Pasaba largos días cavilando sobre la ironía de tener tanta avidez para leer, tantas ganas de escribir y tanta inutilidad para hacerlo. Invariablemente llegaba a la conclusión de que me faltaban historias para contar y que la única solución a esa necesidad era salir a la vida, a conocer gente, a conversar y escuchar, como un aprendiz, y no encontraba mejor lugar para eso que una universidad. Así decidía volver a intentarlo, como el hámster en la rueda.

Entre todas las carreras que he recorrido, debo confesar que la de Antropología resultó ser la más divertida y tétrica, no solo porque ahí conocí a la casada infiel y a los ilustres cofrades sino por los extrañísimos especímenes que la estudiaban, los interminables campeonatos de Cuarenta y la bohemia izquierdosa de todos los días. Fue ahí donde descubrí lo fácil que resulta vestirse de revolucionario, con barbas y boina, para criticarlo todo al son de una trova; y como para entonces me había convencido de que era un estudiante de la vida —un vago con pretextos— que a falta de amigos husmeaba en los asuntos ajenos, estar ahí me daba la oportunidad de rebuscar en la vida de los otros y exprimirlos contra la hoja en blanco de mi cabeza.

En esas aulas se respiraba un aire enrarecido que emanaba de los libros setenteros que nos obligaban a leer como si fueran la última novedad, salida de la boca de un *hippie* cincuentón que vivía la revolución a su manera, aunque nadie le hiciera caso. Los salones,

de techos altos y ventanas de hierro negro, retenían apenas el eco de los debates sin sentido, las clases eternas y las caras hoscas de los estudiantes, a tal punto que los tumbados se habían ennegrecido y las ventanas opacado; los pasillos largos y fríos, de fórmica al piso y paredes amarillentas, parecían conducir a ningún lado, ser parte de un circuito del que nadie podía escapar, un laberinto sin centro por el que deambulaban sus esperpentos a perpetuidad. Me venía a la mente Borges...

**entre marx
y una mujer con bigotes**

Entre los estudiantes de la escuela de Antropología había cuatro grupos bien diferenciados que nunca se mezclaban, se veían con odio y ocupaban indefectiblemente ciertos asientos y ciertos pasillos, como si tuvieran bien delimitados sus territorios. Los Hijos del Che eran los más radicales, intelectuales de vitrina y feministas desbocadas, todos pelilargos y fachosas con la consigna de hacer una guerrilla ideológica, de marcar un contraste con el mundo decadente, capitalistas alienados, neoliberales de mierda, burguesitos patéticos y conformistas ignorantones. Se fundían los sesos entre libros y debates, se creían más que los otros porque habían leído *El Capital* de Marx varias veces y hasta le podían hacer correcciones; conocían la vida del Che Guevara mejor que sus biógrafos y se asumían descendientes de Atahualpa aunque buscaran novias rubias y de ojos verdes, o gringuitos con sonrisa de revista. Todo estaba mal, todo era blanco o negro, problema tras problema, reunidos en grupos de estudio que emulaban comunas súper selectivas –en toda la extensión de su paradoja– y que terminaban en borracheras, marihuanazos y orgías recontrarrevolucionarias. Viajaban en buses populares por convicción, porque así se sentían parte del pueblo y no porque no tuvieran dinero para pagarse un taxi a Carcelén. Disfrazaban su resentimiento social con discursos en los que hablaban de “ellos, los pobres” porque su condición social era intocable, no iban a la universidad para develarse como envidiosos pobretones sino como libertadores de masas.

Las mujeres no conocían la cera de depilar o la rasuradora, ni siquiera habían oído de la ancestral navaja, y lucían más bigotes que sus compañeros, resignados a no completar ni el tres-tres de un partido de ecuavolley. Las arcas pestilentes, las piernas velludas y el aliento a bosta.

Los Hijos del Che no eran más que un pastiche, un emplasto de caducidad, resabio y falsedad, enhebrado con sarro y cerumen.

Los Rurales, en cambio, eran todos come-libros estériles y sufridores que estudiaban dos o tres veces más que los otros para obtener los mismos resultados. Se amanecían repitiendo como loras los conceptos y categorías dictados en clase, iban segurísimos a los exámenes, sintiéndose igual de preparados que los Hijos del Che, orgullosos, hasta que las preguntas aparecían en el pizarrón y las respuestas se esfumaban de sus memorias; entonces comenzaban a sollozar, a maldecirse traicionados —otra vez— por sus propios nervios, que los develaban inferiores, vencidos y frustrados. La única solución era prepararse mejor para la siguiente prueba. A estudiar más, aunque eso pareciera imposible. Era frecuente encontrarse a dos o más compartiendo apuntes, repasando, relejendo, reestudiando, alistándose como para la guerra, encomendándose a algún santo o a la abuelita que-en-paz-descanse.

Los Rurales no eran necesariamente tontos, solo se sentían relegados y eso les tupía en los momentos de mayor tensión. Todos compartían los mismos métodos, los mismos problemas y las mismas notas... también las mismas provincias: habían nacido en localidades pequeñas, en poblados incrustados en alguna ladera de la Serranía o perdidos en el sofocante calor litoral. Llevaban pocos años en Quito y, a pesar de que la ciudad no ha dejado de ser como cinco o seis pueblos cosidos arbitrariamente, sus ropas, peinados y modismos resultaban ridículos incluso en medio de ese bestiario universitario y no terminaban de encajar por más que se empeñaran en ello.

También estaban los Aniñados, blancoides y arribistas con celular inteligentísimo, tarjeta de crédito propia, 4x4 del año y un seseo insufrible. Caminaban cancheros, propietarios de un mundo de algodón de azúcar, el papá gerente transnacional, empresario o político. Ellos, engominados y atléticos; ellas, remedos andinos de *barbies* en eterno shopping; engafados y perfumadas como si su aroma los inmunizara de la pestilencia de los otros. La universidad era un requisito social, un pretexto para exhibirse, era solo el sitio de encuentro para

planificar las farras y las vacaciones, para ponerse al día con los chismes. También formaban grupos herméticos y se pasaban muchas de las horas de clase encerrados en sus autos; cuando les daba por asistir, casi no hacían preguntas y sobresalían porque las notas de sus exámenes no coincidían con sus promedios al final del semestre. Cuando se encontraban con un profesor insobornable se delataban, más que en su ignorancia acumulada, en niveles inverosímiles de bestialidad... solo les faltaba cagarse en medio del aula.

Lo más triste de todo era que al menos la mitad de ellos no eran más que arribistas, clasemedias dados a ricachones que se gastaban lo que fuese por granjearse un poco de estatus. Llegaban a empeñar adornos o electrodomésticos de sus casas para comprar entradas a las corridas de toros, se prestaban prendas entre primos para no repetir ni desentonar en las discotecas, regateaban hasta las lágrimas con tal de conseguir rebajas y nunca faltaban en los lugares de moda, en donde podían sentirse triunfadores, mezclados entre *yuppies* y esnobistas, felices de alcanzar, al mejor estilo de la Cenicienta, el ideal de vida que el destino les había negado.

Resultaba patético verlos hablar por celular a gritos, merodeando para que los otros escucharan sus conversaciones siempre tan divertidas, sus planes de viaje, sus amigos importantes, pero nadie les entendía porque hablaban como si tuvieran una papa en la boca, “sí, huevón”, “hi, sweetie”, “sorry, bro”, y de pronto el teléfono sonaba en sus orejas y los delataba en su farsa triste.

Como los Aniñados eran generalmente los más bonitos y emperifollados –blancuchos, ojiverdes, medio espigados– solían convertirse en amores platónicos para los demás, sobre todo para las Rurales, que soñaban con vivir su propio melodrama en las aulas de la universidad, cargado de revolcones esporádicos y desilusiones.

Por último, estaban los Insoportables, casi todos hombres, vagos e inmaduros, despechados de su clase media y resignados a procrastinarlo todo. Para ellos, la adultez aún no empezaba y ésta era la última oportunidad, dentro de la vida gris que preveían, para divertirse. Borrachines y relajeros, pasaban muchas de las horas de clase en la cafetería,

fumando de los más baratos o jugando con naipes prestados; se reían de cualquier tontería, se burlaban de los demás, se hacían bromas groseras y esperaban la hora de salida como burócratas que timbran tarjeta. Hacían trampa en los exámenes y, cuando entraban a clases, se ponían a dormir desfachatados, a leer revistas o a conversar entre ellos, ajenos al mundo inverosímil que se cernía sobre sus cabezas todavía pueriles.

Aunque parecían inofensivos, eran los más odiados. Los Hijos del Che no soportaban que tomaran a burla sus ideales, los Rurales no toleraban que sacaran iguales calificaciones que ellos sin estudiar y los Aniñados no aguantaban que caricaturizaran sus vidas perfectas.

¡Ah! por cierto, me olvidaba de los docentes, que no se quedaban atrás: unos asomaban día tras día con los mismos ternos café-brillosos de tantas planchadas, que se encogían tanto como sus dueños engordaban y, a pesar de los tremendos esfuerzos que debían hacer para entrar en ellos sin descoserlos, cuando al fin lo conseguían, quedaban forrados, a caminar tiesos, en una suerte de salchichones con patas. Otros llegaban vestidos con blusas *kitsch* o pantalones étnicos, bordados, sandalias, barbas y melena, con un cigarrillo sin filtro, lentes redondos y una sonrisa amarillenta de dientes torcidos. Había otros más que no se delataban por su ropa sino por su aseo y aunque de buenas a primeras hubieran pasado inadvertidos, ya más de cerca se podían percibir sus fetideces, sobacos, flatulencias, alientos, flemas, hombros casposos y uñas verdes; salpicaban babas al hablar, se acomodaban las gónadas con mueca de fastidio y se paseaban orondos con la camisa abierta para enseñar el pecho velludo y sus tres cadenas de oro.

Resultaba divertido observar cómo los grupos de estudiantes intentaban sacarse ventaja trabando amistad con los profesores, que se deleitaban con los halagos y obsequios de los alumnos, y de seguro los tendrían bien encasillados: a los que conocían tanto las materias

como si las hubiesen inventado; a los que anotaban con desesperación, se amanecían para presentar ensayos interminables, llenos de esquemas, notas e ilustraciones; a los que no valía la pena hacer preguntas en clase porque no paraban de responder aunque no dijeran nada; y a los que arreglaban todo con botellas de whisky, cristalería italiana o sobres con cheques al portador. Mientras unos estudiantes interponían la cuenta bancaria como escudo ante su propia estupidez, a otros no les quedaba más que interponer el cuerpo, pero eso sí, cuando el profesor entraba al aula, todos se miraban con malicia creyéndose vencedores, sin darse cuenta de que los demás, a su manera, ya habían conseguido lo mismo.

Al parecer, la Antropología se había terminado de escribir veinte años atrás y para los profesores que no aceptaban obsequios ni felaciones importaba más quien memorizaba sus autores y títulos de cabecera. Siempre había una sentencia más contundente que cualquier idea.

Era como si en un solo recinto se hubieran conjurado los más terribles personajes y circularan por los pasillos como almas en pena, como salidos de algún cuento de Poe.

Era, pues, el caldo de cultivo idóneo para mi desespera(nza)da vocación de escritor.

Por esa época empecé también a frecuentar el Café Santa María —no era su verdadero nombre, claro, pero le iba mejor—, un refugio para que intelectuales de poca monta lucieran y se identificaran entre sí, en un juego de apariencias que pendulaba entre el amor público y el odio íntimo. Ese ambiente de farsa tétrica se aligeraba con un susurro de jazz, velas aromatizadas, afiches de Schielle y Klimt, y ventanales hacia una calle como sala vacía de teatro pobre.

Me sentaba en una de las mesas más escondidas, con una cerveza y un cigarrillo; lo veía todo de reojo mientras leía algún cuento divertido —de Monterroso o Chejov, por entonces— y hacía anotaciones en mi Cuaderno de Puteadas, una agenda fachosa que definía como un diario de impresiones; ahí cabían textos incompletos, retratos ácidos y descripciones distópicas, frases contundentes como referencias, ideas para relatos que nunca hice, dibujitos maltrechos con ínfulas de caricaturas, garabatos todos, ni más ni menos. Y en el Santa María, casi tanto como en la universidad, el Cuaderno de Puteadas era imprescindible, me ayudaba a sentirme un cronista de Indias, un antropólogo francés frente a una tribu exótica, presto a consignar sus rituales.

Me distraía ojeando las páginas tachonadas, reconociendo párrafos escritos otras tardes que ahora lucían horribles, burdas imitaciones, mal construidas, inverosímiles y, ahí mismo, volvía a un pozo ciego de lamentaciones, donde terminaba por evacuar entre pujidos mi trillada obsesión romántica.

Rabieta de por medio, dejaba de ir por un tiempo al Café y me encerraba en mi dormitorio a refunfuñar. Un par de veces, incluso, arranqué docenas de hojas entre voces y coces, y las quemé en el basurero del baño; podría asegurar que los retazos malescritos

crepitaban burlones en medio de las flamas, haciéndome toser ciego en una nube de humo. Mucho drama para alguien que se quería ver como un iconoclasta.

Luego de los berrinches, solía quedarme agotado, vacío, con un resentimiento infantil. Entonces comenzaba un periodo de hibernación que podía durar un par de semanas: dormía, me emborrachaba y volvía a dormir. Al final, y sin darme cuenta, volvía al librero, merodeaba sus lomos titulados, abría alguno, pillaba un párrafo, picoteaba un adjetivo y me quedaba mirando contratapas. Pretendía descifrar en el rostro cansado de Borges, los engaños eruditos de sus cuentos, los méritos de Menard, el sacrificio de Judas o la vida triste de Funes; quería encontrar en la sonrisa gentil de Sabato, la desesperación existencial, la paranoia de Vidal Olmos o la soledad de Martín. Cerraba un libro, abría otro, avanzaba, retrocedía y volvía sobre los mismos rostros, como verdugos de mi incompetencia creativa. Insistía en buscar en el gesto fruncido de Onetti, sus intrincamientos psicológicos, la crueldad del amor de Risso o el lóbrego deambular de Larsen; en las facciones largas de Cortázar, los juegos narrativos y las rupturas de la realidad, la presencia ausente de la Maga o la desoladora genialidad de Carter... y tantos otros, porque eran muchos los que daban forma a los engranajes de mi frustración. Imaginaba cómo habrían sido concebidos esos seres de papel, más humanos que yo mismo, y pensaba que muchos de ellos debían ser recreaciones caricaturescas, venganzas sutiles o, mejor aún, escarnios como ejecuciones públicas.

Pero vamos, no siempre echaba maldiciones por mi ineptitud, quizá he exagerado como en todo, porque hubo un tiempo en el que junté una sarta de relatos y los encuaderné para mostrarlos a alguno de esos intelectuales subcuarenta que presumen de editoriales y publicaciones, y rondan las universidades en busca de muchachas cándidas y cojudas que se derritan con su palabrería. Un par de cuentos de corte intimista, que aparecieron en una revista literaria de la Universidad Católica, y un relato policial con ínfulas bioycasareanas, publicado en una antología apócrifa, me habían convencido de que algún talento debía tener. Sin embargo, la estúpida ilusión de que alguien viera en mis textos esos detalles que,

igual a la ventana en el cuadro de Castel, yo había puesto como guiños, se diluyó pronto porque es difícil que un intelectual ensimismado lea un cuento con la atención suficiente — mientras se hurga una oreja y tararea una canción— y haga un comentario sin caer en la cátedra, la cita innecesaria o la autorreferencia. Y esos son los más, los que corren de lanzamiento en lanzamiento, opinan a granel, miran con distancia y sonrían en las fotos de las páginas sociales.

Luego de cinco o seis comprobaciones frustrantes decidí guardar mis cuentos y no desperdiciarlos en ellos, porque sus vetustas cabezas eran incapaces de encontrar algo bueno sin antes leer la etiqueta; solo entonces rebuscaban el valor de un texto con esa exacerbada lambisconería que mitifica, que de un detalle trivial hace una apología, un tratado semiológico, siempre y cuando algún extranjero lo haya dicho antes. ¡Qué fácil resulta vivir en una eterna repetición! Por eso me daba ánimos encontrar en una percha sus libros, leer páginas al azar por cinco minutos y no encontrar nada que valiera la pena; ellos no estaban para correr riesgos, preferían repisar huellas, y mejor si eran ajenas.

Fue entonces cuando comencé a despreciarlos: pobres escritorsuchos de cafetín, bebedores consuetudinarios de café, charlatanes, traficantes de palabras baratas que jamás llegaban a escribir, aunque yo, ¿que iba exactamente a lo mismo?, tampoco conseguía ni una línea interesante, ni un saludo.

Ellos abundaban en el Santa María, de todas las edades y los estilos, y era eso lo que lo hacía téticamente atractivo: era el sitio perfecto para sentarse, ver esperpentos y rumiar frustraciones. Bastaba con ir un par de veces para comprobar que las casualidades no existían, todos hacían su parte, como actores que repiten la misma escena con hastío.

Unos caminaban en silencio, casi con los ojos cerrados, probablemente concentrados en lucubraciones filosóficas; otros reían a gritos, felizotes, abrían sus bocazas llenas de dientes y babas, luchaban felices con los accesos de tos y con las lágrimas felices que caían sobre sus mejillas felices y que limpiaban con un sedoso pañuelo feliz.

Estaban también los más jóvenes, que iban al Santa María para ver la farsa que armaban los vejetes e imitarla a su manera: se saludaban con golpes de puño y palmadas ruidosas, con abrazotes de panas inseparables que se reencuentran; después, compartían fraternalmente sus mesas y sus poemas; se sentaban con poses, sacaban un libro, un cuaderno o un ordenador portátil en el que escribían, serísimos, algún verso existencial. Usaban gorras multicolores, boinas, pipas, cigarrillos extraños, camisetas pintadas a mano y pantalones otavaleños, pelos grasientos, aretes y barbas largas: se montaban su propio teatro, tan parecido al de Los Hijos del Che...

Al poco tiempo llegué a la conclusión de que eran como una familia, o más bien una mafia, celosa, con una jerarquía implícita y determinada por los años o los éxitos; se saludaban con aprecio y hasta admiración pero cuando se alejaban unos pasos se fruncían y despotricaban; llevaban siempre gente distinta, muchas mujeres impresionables que nunca volvían, quizá porque los hilos de la farsa no alcanzaban para más de una noche. Me gustaba observar sus rituales y descubrir sus códigos; por ejemplo, los más viejos se paseaban por la barra, conversaban con el dueño y revisaban el periódico antes de encontrarse, casualmente claro, con otros miembros de la logia, y qué mejor si eran inferiores, para solazarse entre halagos y preguntas idiotas, para contestar con autoridad divina, subidos en un altar de predicador iluminado.

Me pasaba ahí dos o tres tardes a la semana haciendo garabatos en las servilletas o maldiciendo algún escrito incorregible, a la espera de que los personajes dieran su función. Las mismas personas con las mismas rutinas, siempre. Todos se conocían, o al menos se reconocían, más que como intelectuales, como asiduos visitantes del Café. Por eso decidí quitarle el insípido nombre que anunciaba al café-concierto desde la acera y llamarlo Santa María.

Una tarde, mientras corregía un cuento horrible que había (mal)escrito días atrás y en el que encontré cierto parecido con “La noche boca arriba”, se me acercó uno de ellos. Al principio sentí que me liberaba del castigo autoimpuesto de leerme. Dijo que cada vez que iba al Santa María yo estaba ahí, escribiendo o leyendo, y sentía curiosidad por saber quién era. Sin querer notarlo, yo también formaba parte de ese espectáculo. La sangre me subió a la cabeza.

—Soy Germán Sevilla —estiró la mano— un poeta de las calles —moduló la voz y escogió las palabras.

—¿Y cómo es eso? —pregunté como un reflejo.

—Es porque esnifo mi poesía del asfalto... —interpretó mi asombro— figuradamente, claro; escogí una intersección entre Amazonas y Colón, muy transitadas, y algunas tardes, desde las cinco, declamo un par de poemas a los conductores mientras dura el semáforo en rojo.

—¿Tuyos?

—Algunos míos, algunos de otros poetas, Neruda o Medardo Ángel Silva—respondió mirando la vela que goteaba cera sobre la mesa— pero ¿me permites una confidencia? —se acercó hasta topar la mesa con las manos— tengo mayor éxito con los míos...

¡Qué pose, qué seguridad!, exhalaba pedantería por los poros; tan sofisticado, tan rebuscado, tan semánticamente correcto. Volví la mirada a mi Cuaderno de Puteadas a la espera de que se fuera; no se movió. “¡Qué plumazo!”, pensé, “solo falta que se siente”.

—Entonces, eres poeta —resigné de mala gana.

—Sí —retiró la silla para sentarse.

—¿Y qué tipo de poesía haces?

Se pasmó unos segundos como si procesara la pregunta y analizara opciones para responder.

—Ese es un asunto hartó complejo —se acomodó— el arte es como un molusco cuyos tentáculos se mueven en múltiples direcciones... de ahí la imposibilidad fáctica de clasificar un estilo artístico, como decía López del Valle en su *Ars poetica*; además no pretendo ser juez y parte de mi obra —se encogió de hombros— pero ciertos sectores de la academia la definen como fatalista y críptica...

¡Patada al hígado!, parecía como si lo conociera de hace mucho tiempo; no habíamos hablado ni dos minutos y ya estaba hastiado de sus frases hechas, de sus poses tan fastidiosas. Necesitaba que se le acalabrara la lengua, que uno de los parlantes empotrados al techo le aplastara el cráneo contra la mesa.

De pronto se congeló, como si lo hubieran desconectado, con la boca entreabierto y los brazos sobre el regazo.

“Se me cumplió”, pensé con fe instantánea.

—Ahora que recuerdo sí te conozco —salió del trance— tú asistías a un taller de Literatura en la Universidad Católica... por supuesto, pero es bien extraño que no me identifiques —fingió desconcierto— bueno, también debe ser que yo tengo memoria eidética; tú... tú escribes prosa, ¿verdad? —concluyó victorioso en sus lisonjas.

—Cuentos —dije con el orgullo maltrecho.

—Eso, cuentos cortos —asintió jocoso— disculpa la imprecisión de mis términos —se acomodó intelectualmente los lentes— pero se debe a un vacío provocado por la imposibilidad de generalizar una diferenciación clara, al menos en teoría, entre prosa, narración, relato y cuento, que según Umberto Eco radica en la estructuración de la...

“Castigo divino”, me reproché. ¡Cómo podía hablar así! Era como si hubiera memorizado toda su conversación o la estuviera leyendo en algún sitio. Debía tener anotaciones en un

papel, en las palmas de las manos, un audífono por el que un sofisticado sistema de computadoras, lingüistas y filólogos le dictaba cada frase.

En ese momento comenzó a sonar la voz rasposa de Louis Armstrong y me perdí de la eminentísima conversación. Me limité a ver sus gestos como en una historia muda, sus muecas que, supongo, debían reforzar alguna idea; movía las manos en el aire, hacía figuras con los dedos, se acercaba y se alejaba de la mesa, cambiaba de posición, pensando tal vez que mi silencio delataba atención a su charla...

*I see trees of green,
red roses too
I see them bloom,
for me and you.
And I think to myself
what a wonderful world...*

Creo que me hizo una pregunta porque se quedó mirándome, inquiriéndome con sus ojitos achinados.

—¿Cómo? —atiné a decir— no te escuché.

—Que si me invitas un cigarrillo —repitió.

—No, casi no fumo —respondí mientras bajaba la mano hasta el bolsillo para palpar la cajetilla a medias.

Su rostro cambió ipso facto, como si toda esa perorata hubiera tenido como finalidad conseguir un cigarrillo.

—¿Tú escribes sólo cuentos? —preguntó con desdén renovado, complejo de superioridad típico de los rimadores imbéciles, en venganza, quizá, a mi falta de tabacos y de atención a lo que de seguro fue un alegato sobre la influencia mágica de Allende en su obra, sobre los estremecimientos que le causaba leer las reflexiones ontológicas de Coehlo,

los ánimos que encontraba en la filosofía de Gibran y en un montón de escritorzuelos más. Luego debió hacer un análisis semiótico de mis cuentos —todos intactos en su memoria tan prodigiosa— y los habrá pisoteado en comparación con los de algún amigo suyo, de esos sebosos y vagos con los que pasaba las tardes de vereda y limosna.

Miré la hora, las seis y cuarto, me tomé unos segundos. Aclaré la garganta.

—Ahora sí —respondí a la defensiva.

—¿Y por qué esa limitación? —preguntó arqueando la ceja derecha.

—Supongo que es una necesidad, así como tú fumas, yo escribo cuentos.

—Yo hago poesía —contestó con sonrisa amarillenta.

—Yo casi no fumo... —rezongué antes de volver de cuerpo entero al Cuaderno de Puteadas.

Se quedó otro instante estático, como si una interferencia hubiera interrumpido su conexión vital; se levantó. Estoy seguro de que en su gesto congelado había rabia contenida. Se marchó; fue a sentarse a dos mesas de mí con alguien que lo esperaba. Para entonces, los viejos ya habían empezado su farsa de cada tarde.

Otra vez Armstrong...

Los días en la universidad se hacían eternos, las horas parecían congelarse a la entrada de las aulas y los profesores podían pasar semanas enteras hablando de corrido, aprovechando que los relojes enloquecían, se paraban, retrocedían, una hora un día, un mes. Debía hacer esfuerzos sobrehumanos para no dormirme en las pocas clases a las que aún asistía y aprovechaba el tiempo cada vez más libre para escribir algún párrafo suelto mientras los Hijos del Che atendían, participaban a la par del maestro, lo corregían y nombraban a gente de la que de seguro solo habían oído hablar. Gramsci, Kaplún, Habermas, Martín Barbero y hasta el siempre original Sánchez Parga. Toda una neblina conceptual se escapaba por sus orejas enceradas y subía a niveles impensables de abstracción a los que solo ellos podían acceder, formando una densa bruma sobre sus cabezas casposas.

Y si los Hijos del Che se regodeaban en su sapiencia, los Rurales se exasperaban, levantaban las manos para que les repitieran cualquier información y sufrían la desesperación de no poder participar, de que los otros se les adelantaran y lo dijeran todo, mientras ellos ni siquiera avanzaban a tomar apuntes, sin un cuaderno que resistiera más de un mes, escrito en los márgenes y en las pastas, con letras ininteligibles, a veces taquigrafía o cualquier otro sistema que les permitiera anotar hasta los chistes que se hacían en el aula; todo era importante, todo era imprescindible. Los puestos vacíos de los Aniñados y los Insoportables me hacían cuestionar a cada minuto qué hacía ahí sentado, perdiendo el tiempo de la manera más absurda: pagando por ello. Pero no tenía salida. A esas alturas de la vida, debía salvar aunque fuera una o dos materias, porque dejar otra

carrera a la mitad habría sido como asomar embarazado por un cuervo a la casa de mis papás, sería aceptar un nuevo fracaso, el último, el definitivo.

Pero, poco a poco, el ambiente pasó de tétrico-divertido a violento-insufrible, sobre todo porque los Rurales se transfiguraron en proletarios, comenzaron a hablar más, a opinar, como si todos los libros que habían copiado, los autores memorizados y las teorías aprendidas al pie de la letra los hubieran colmado y dado conciencia de que no necesitaban sino valor para hablar y que mientras más hablaran menos estupideces dirían, ganarían más confianza y verían más luces en su cielo bucólico. Empezaron a oponerse a ciertas ideas que los Hijos del Che consideraban paradigmas sagrados, verdades casi dogmáticas, y comenzaron a disputarse abiertamente a los profesores, entraban en discusiones bizantinas sobre cualquier tema, cada uno con sus líos mentales, sus prejuicios y sus resentimientos; en escasas semanas, las clases se convirtieron en campos de batalla, en verdaderos patíbulos, llegaban a gritarse en medio del aula, se ridiculizaban con vocecitas y muecas, los debates incluían descalificaciones personales, alusiones a defectos físicos —que por cierto abundaban—, los chistes se volvieron groserías y los favoritismos de los profesores se tornaron más descarados; era como si de una buena vez se hubieran develado todas las intrigas y a nadie le importara ya que los demás se enteraran de las mañas o las influencias de las que se valían.

Y yo estaba en el centro de aquel remolino de caricaturas y mangajos que ahora se arañaban entre sí, se agarraban a dentelladas y se disputaban hasta el último pedazo de carne docente, en una suerte de muertos vivientes de las películas gringas. Los miraba acercarse y gruñirse, salpicarse babas, increparse con las manos y los ojos inyectados mientras yo me arrinconaba a la espera de que el timbre los fulminara, a sabiendas de que solo sería un respiro para volver a la carga con más ira, a merodear a los profesores como si eso les diera una ventaja en aquella competencia tan macabramente *nerd*.

La historia se repetía todos los días, en casi todas las materias, y asistir a clases era como entrar a una jaula de monos o de loras. Y aunque me había convencido de mi condición de

testigo, que no debía meterse ni opinar, igual que la cámara que los actores ignoran, para así dibujarlos en mi memoria y después devolverlos al mundo en forma de personajes, me sentía abofeteado ante tanta realidad encarnizada, sin saber en qué momento se encontrarían con mi cara larga de testigo ocular y arremeterían en mi contra; pero casi de inmediato me daba cuenta —como una bofetada en el ego magullado— de que no corría peligro porque quizá ninguno de ellos se había percatado siquiera de mi existencia.

Mientras discutían y se disputaban esta vez a un profesor de Historia de la Cultura, que los apartaba como un domador de leones desbocados, no pude más que levantarme, recoger mi Cuaderno de Puteadas y salir como ese ente invisible que era, a quien nadie extraña ni hace un gesto, ¡snif! Tuve, entonces, la certeza que esperaba desde hace semanas: no podía continuar asistiendo a clases, y esta vez no se debía a mi especialidad crónica para desistir, mezcla de caprichos y despechos (pseudo)existenciales; no era yo el que dejaba la carrera, sino ella la que me dejaba fuera. ¿Quién me creería?

Bajé hasta la cafetería con el peso de mi falta de credibilidad acumulada y me encontré a dos Insoportables que jugaban Cuarenta. Los había visto muchas veces y hasta nos saludábamos de vez en cuando pero nunca habíamos conversado.

—¿Y ustedes no entran a clases? —intenté propiciar una conversación.

—¿Para qué? —inquirió el uno, Diego Ramírez, corpulento y de facciones duras.

—Aunque sea por las calificaciones —justifiqué.

—Yo entro solo a las clases que valen la pena —sentenció el otro, Mario Segovia, más espigado, de tez morena y cejas pobladas a lo *muppet*.

—¡Qué cara de despecho! —dijo Diego— parece que escapaste de la guerra entre sucios y tontos —se rio.

—Mejor siéntate a conversar, aquí se aprende más que entre esos gallinazos —continuó Mario y retiró su chaqueta del asiento para hacerme un lugar.

—Al menos parece que no estoy loco —solté un resoplido de alivio ante su expectativa— digo, por eso de los gallinazos con ínfulas académicas. La verdad —seguí más canchero— es que llevo media vida recorriendo universidades, una peor que otra, y mis papás de seguro van a poner el grito en el cielo cuando se enteren de que no puedo seguir en este sitio.

—Yo podría venir el resto de mi vida —comentó Mario— y mis papás seguirían pagando, con tal de no verme.

—Ya vas a empezar otra vez con eso del huerfanito, del abandonado... eres un llorón — le reclamó el otro, con una risilla escondida— al menos tienes para pagar.

Sonreí. Ellos siguieron atacándose en broma por unos minutos. Yo me puse a pensar en la cara de mis papás cuando supieran que dejaría la universidad. Me divirtió imaginarlos dando voces, como inquisidores con la antorcha encendida, la turba de Alfaro, Faustino Rayo con la piedra de afilar en la mano...

Una carcajada me sacó de mi ilusión.

Una de las pocas clases a las que todavía asistía era la de Arte y Cultura, un poco porque mis nuevos “amigos” también lo hacían, un poco porque incluía la visita de pintores, músicos, escritores y actores de teatro que entretenían el morbo universitario con sus ideas retorcidas y sus anheladas vidas de parias. Semana tras semana aparecían esos otros esperpentos sociales a hablar de libros que nadie había leído o de obras que nunca nadie vio; con los músicos era distinto porque la profesora invitaba a trovadores de cafetín, cantautores perdidos en los setenta que terminaban por cantar algún temita guerrillero que ponía algo de ritmo y melodía a tanta consigna hueca. Quizá exagero. No. No exagero.

Uno de esos invitados, aparecido con retraso y apuro, fue un pintor malencarado de nombre Camilo Zambrano, que nos expuso —en transparencias claro— una colección a la que había titulado *Historia del Hombre en el Absurdo* en la que recreaba, de manera bastante cruda, los hechos, circunstancias e incluso personajes que, según su desquiciada cabeza, constituían partes imprescindibles de la historia de la humanidad: batallas, epidemias, catástrofes, violaciones, asesinatos en masa, campos de concentración, cuartos de tortura y toda clase de imágenes repulsivas y degradantes, con las que pretendía "abofetear al espectador". Y en efecto, ver sus cuadros era como recibir un golpazo.

Cuando se acabaron las transparencias, el pintor recibió un aluvión de preguntas, sobre todo de los Hijos del Che, que no aludían a su técnica o temática recurrente, sino que apuntaban a indagar sobre sus referentes filosóficos, su opinión sobre ciertos artistas, Galeano, Cardenal, Rivera, Guayasamín, su postura ante el imperialismo gringo (como forma de subyugación cultural), ante la violencia a la mujer (como objeto de los *mass media*), ante la discriminación racial (como producto de los estereotipos occidentales), en

fin, el temario revolucionario habitual. Pero Camilo poco caso les hizo y se la pasó hablando de la pintura como paliativo a sus fantasmas, cada vez con más pasión, más sombras, lleno de nervios; con sus palabras y gestos parecía revelar una pesadilla, desviaba los ojos, ignoraba las pesquisas con largos silencios interrumpidos por frases incompletas, ideas inconexas, unidas por un “¿seguro que no se puede fumar aquí?”, dicho como pregunta y como súplica, hasta que finalmente se sentó y dijo que ya había sido suficiente para todos.

Luego de terminado el exorcismo, bajé a la cafetería en busca de mis nuevos amigos. No pasaron ni cinco minutos de cháchara y carcajada, y ya estaba al pie de nuestra mesa el pintor, grueso, mestizo y receloso, pidiendo que le convidáramos un cigarrillo. Salimos a fumar. Ya puestos tan cerca, olía a anisado.

—¿Qué les pareció la exposición? —nos miramos sin una respuesta digna.

—Tiene imágenes muy fuertes, mucha sangre —respondió Mario, encendiéndole el cigarrillo.

—Solo matanzas —interrumpió Diego con desparpajo, sentado a mi lado.

—Eso es porque toda la colección lleva ese enfoque, tengo otras pinturas menos violentas —se excusó con una sonrisa taciturna— y algunas más violentas todavía.

—No creo que sea necesario embarrar un cuadro de sangre para narrar una guerra —propuse con cierta pose.

—Es una forma, es mi forma de expresarlo, si tú pintaras, tal vez lo harías de otra manera —se defendió.

—Tú no pasarías de pintar flores rosadas y conejitos esponjosos —intervino Diego contra Mario, a la vez que lanzaba una carcajada.

Camilo se endulzó en esa conversación tan poco ortodoxa, como si no tuviera nada mejor que hacer. Miraba a sus contertulios con una risilla contenida, asentía, fumaba y salía al baño por una supuesta incontinencia que resultó ser una caminera de plata con brandy y un cerrito de cocaína. Más entrados en confianza jugamos Cuarenta y, perdiendo de a poco el recelo con cada ida al sanitario, el pintor indagó si nos habíamos fijado en tal o cual detalle

de un cuadro, un rostro que nos hubiera parecido conocido, alguna escena; de ahí se lanzó en tropel a hablar de una bienal a la que se negaban a invitarlo por ningunear a los curadores, que eran todos unos ñoños con olor a moho; pasó a contarnos —de gratis— sobre una exposición suya en Estados Unidos que había acabado casi en incendio y deportación, con putas caras, ácidos y un tonel de cerveza negra; y finalizó el soliloquio despotricando enardecido contra los cánones estéticos tradicionales y sus defensores más acérrimos, esos tipejos que se atragantan de libros y después vomitan réplicas para emporcar a los que sí se atreven. Si bien Camilo hablaba de los críticos de arte, nosotros quisimos entender que hablaba de los esperpentos ante los que él mismo había sufrido unas horas atrás.

—Eso que acaba usted de decir, mi querido Camilo, es algo que compartimos todos en esta mesa —aclaró Mario con fingida solemnidad. El pintor nos miró sin comprender bien.

—Es que aquí hay mucha gente que se la pasa leyendo libros viejos y cree que por eso es mejor que los demás —continuó Diego.

—Y andan por ahí dados a bolcheviques, a marxistas... —completé confanzudo.

—A leninistas —apuntó Mario con el índice hacia el cielo.

—A estalinistas —dijo Diego golpeando la mesa.

—¿A trotskistas? —agregó con una sonrisa Camilo.

—A trasnochados —completé satisfecho.

—Ya veo que no estoy tan viejo y que las cosas no cambian en las universidades de este país... —se rio camino al baño— por eso me fui a Europa, niños, porque aquí no podía ser nadie sino pintaba indios... —se regresó a medio camino— ustedes me han puesto tan contento que hasta les invitaría un trago para festejar el nacimiento de la Fraternidad de Insoportables Anticojudos —la bautizó con un golpe de puño en el pecho cubierto por la caminera, con la mano en la que sostenía, todavía escondido, su 'teque' de perica.

Fue suficiente. A las ocho de la noche salíamos del Bar Carrión, una abacería con trasfondo de cantina, desentonando “Cinco centavitos”, embebidos en un abrazo errático.

—Vamos a mi taller, si quieren, ahí tengo una botellita de vodka para calentarle los pies fríos a esta ciudad de mierda —gangueó el maese de tan bizarro aquelarre.

Camilo Zambrano era un hombre moreno, recio, de espaldas anchas y manos toscas, que parecían más las de un albañil que las de un artista, vestido de negro de pies a cabeza y con el cabello largo, cano y ensortijado, mal recogido con una liga. Sus cuarenta y cinco años los había pasado creyéndose un genio, a tal punto que nunca había hecho más en la vida que pintar; ése era el punto de partida y llegada para todo lo que hacía, era lo que, según sus palabras, lo sostenía en el mundo, esa necesidad vital que renacía cada madrugada y lo sacaba de sus pesadillas, lo colocaba frente al lienzo por horas a esbozar historias crudas, dibujar rostros de desesperanza y sufrimiento, imágenes esperpénticas que lo martirizaban hasta que las encarcelaba en sus cuadros.

Sin embargo, no todo era crueldad y destrucción en su mundo, también estaban sus hijos, que eran el envés de su obra, el refugio al que acudía para purificarse de tanta sangre y perversión, y su mujer, una holandesa pelirroja que había conocido en Ámsterdam, quince años atrás, mientras estudiaban Artes Plásticas. Enamorarla le tomó un par de años y la trajo consigo a su regreso, con la idea de la vida reposada y dos niños-zanahorias que revolotearan por el pasto, entre ladridos de perro y, por qué no, unas gallinitas regordetas. Y lo había cumplido, a tiempo completo al principio y con intermitencias después, hasta que la vida familiar se les tornó insoportable. Camilo volvió a beber en exceso —como antes de la holandesa—, desaparecía durante días o semanas metido en burdeles y bares de quinta, dormía en donde fuese, incluso en alguna banquetta en la calle, y se hacía amigo de cualquiera con tal de tener con quien embriagarse.

A pesar de que Úrsula admiraba profundamente a su marido y lo consideraba un artista nato y controversial —como debe ser— pero sobre todo atormentado, víctima de una genialidad picoteada por su exacerbada sensibilidad existencial, por la incomprensión social y el fatalismo andino barroco, no dudaba en cerrarle las puertas de su casa cada vez que él tomaba viada y se extraviaba en las andanzas, harta de esperarlo despierta, de buscarlo con sus amigotes o con la Policía.

Para mí, hasta ese momento solo resultó ser un borracho más. Y bienvenido.

El taller era su campo de batalla, el escenario de los crímenes que atestiguaba, la buhardilla poblada de fantasmas a la que temía entrar porque sentía el peso del dolor y el olor de la desolación que lo juzgaban desde las paredes, arrumados los cuerpos, como en una fosa común.

—Desde hace meses que no puedo entrar a esta casa sin haberme bebido al menos media botella de vodka —tomó fuerza para abrir la puerta— entren y estremézanse con el genocidio, porque en una semana todo se va a una exposición, que es como decir a un entierro temporal.

Apenas entramos, su rostro beodo se ensombreció más.

—Esto no es un taller —se atrevió Mario entre hipos— ¡Es un cementerio!

—¡Uh!, sería maravilloso que fuera un cementerio... en los cementerios los muertos están sepultados, pero aquí permanecen a la intemperie, guindados, tirados en el piso, ¡pudriéndose en su puta suerte! —aclaró Camilo y dio un portazo a nuestra espalda— esto es más un anfiteatro —gruñó.

—Pero es que no hay ni un culito, panas... ni siquiera una gordita saliendo en cueros de los matorrales, ¡qué desgracia! —carcajeó Diego.

—Auschwitz es un colegio de monjas al lado de esto —murmuré mientras buscaba un sitio sin sangre para sentarme.

—Pobre ese viejito, lo crucificaron de cabeza... yo les habría vomitado los chifles rancios del Bar Carrión —continuó Diego entre risas.

—Es la muerte de San Pedro, pendejo —le respondió Camilo con una palmada en la espalda.

Sirvió unos tragos en vasos distintos con trazas de pintura.

—Me cuesta tanto estar en este sitio —maldijo— y lo más paradójico es que solo aquí puedo pintar... —miró alrededor como si fuera la primera vez.

—Lo mismo hubiera dicho Norman Bates —murmuró Diego con un ademán de devolverle el golpe al disimulo.

—Es como para volverse loco —volvió Mario a la carga.

—A veces me siento como san Juan, con el fin del mundo al frente y sin entender nada.

—Pero tú creas todo esto, si tanto sufres, ¿por qué no pintas otras cosas? —inquirí.

—He tratado de pintar algo más optimista, más alegre, pero simplemente no me interesa, no me sale si no esto; y cuando camino por la calle, dispuesto a convivir un poco con la gente y así ver si refresco ideas, no encuentro más que mierda con corbatas y tacones, con delantales y sotanas, mierda de consumismo, mierda de comunismo, mierda de capitalismo, puro egoísmo disfrazado, podredumbre que supura de los hocicos de los políticos y los chapas, del pico de intelectualoides estériles... y si es así, ¿cómo voy a pintar florcitas o pajaritos?, no solo que no sería ético, sino que simplemente no me sale.

—¿Y habrá una ética en todo esto? —insistí displicente.

—No te pongas grosero, pequebú de pacotilla —sonrió malvado y lanzó una voz parecida a un gorjeo— que lo que más hay aquí es ética, todo lo que ves aquí me ha nacido del fondo del pecho... o de los huevos, según se prefiera —hizo un gesto de refinamiento—, esto es lo que a mí me estremece, me escalofría, se impregna en mi memoria como hedor a humo de chilca y me jode hasta en los sueños...

—Oiga sensei, ¿no le parece difícil que a alguien le guste ver tanta mortecina? —intervino Mario con acento guayaco.

—Eso es justamente lo que trato de explicarles, que yo no busco que a los demás les guste, yo no pinto según un plan racional; esto no se trata de lustrar un canon o responder a lo que el espectador espera sino a lo que uno quiera transmitir, a su manera, con su ética y su estética, que a fin de cuentas son la misma vaina en el arte.

—¿No se supone que el arte debe reflejar una realidad? —interrumpió Mario nuevamente.

—¿Debe?, ¿en serio me dices que el arte debe? Tienes que botar a la basura los moldes caducos si quieres ser parte de la Logia de Insufribles Antipendejos —nos vimos entre nosotros— el arte no refleja nada, el arte recrea la realidad, la deconstruye —aclaró con tono de parvulario.

—Eso ya involucra una posición política, hasta filosófica —dije recobrando algo de orgullo.

—Claro pues, uno siempre toma partido, eso es tan obvio como inevitable —completó con desdén y encendió un cigarrillo— pero lo que importa es la estética, ¿no ves que el arte es un fin y no un medio?... todo hay que explicarles —murmuró medio sonreído—. Por ejemplo, cuando yo pinto no pienso en cambiar el mundo o en hacerme rico y famoso, yo pinto por necesidad, porque si no reventaría como sapo... ¡¡pum!! —se ayudó con los dedos— sería buenísimo pasarse pintando obesos o indios durante cincuenta años —ironizó contundente antes de levantarse y dar un par de vueltas alrededor de la sala.

Nos quedamos en silencio como niños retados por una maestra.

—Ignacio dice que quiere ser escritor —me delató Diego para salir del paso.

—¡Cabrón! —murmuré.

—¿En serio? ¿O sea que sí entendiste lo de pequebú?

—No leo a Benedetti —me fruncí.

—¡Ja ja!, bien que lo has leído. Aquí todos aman a ese simplonazo.

—Sí lo he leído, pero no me gusta —me excusé.

—¡Punto a tu favor!, hace rato casi te expulsamos de la Cofradía de Inseparables Antiñoños pero te acabas de reivindicar. Serás nuestro vocal de aseo —asintió, cerrando los ojos.

—¿Y qué escribes?

—En teoría, cuentos...

—¿Y en la práctica?

—Lo que pasa es que ando un poco seco... —comencé.

—¿Quieres más trago?

—No me refería a eso. O sea, sí quisiera un poco más pero yo hablaba de...

—¿Y por qué escribes? O más bien, ¿por qué no escribes?

—Es que no sé qué contar...

—Escribe sobre adolescentes y sexo.

—Es que no es así nomás.

—Escribe algo sobre un matrimonio en crisis.

—No es que no haya qué contar, sino que esas historias no me interesan.

—Si a esas dos historias las vistes de moralina, les echas un poco de culpa y otro poco de perdón, te harías millonario —sonrió— pero no ha sido tan sencillo ¿vieron?, no es cuestión de llenar papel y hacer billetes.

—Parece que es muy triste la vida de los artistas —rezongó Diego al fin.

—Solo la de quienes se toman en serio la cosa, para esos la vida siempre es una mierda; pero para otros, los laureados y sonreídos en las páginas sociales, todo es un asunto de ego y negocio —completó el pintor.

—Una mierda —repetí.

—Mejor brindemos, porque esto ya está muy conversado. ¡Salud! —propuso Mario.

—¡Salud!, ¡salud!

—¡Salud! —Camilo volvió a su silla, se sentó y tosió.

—Mejor oigan esto, que estuve pensando la otra tarde en el inodoro...

—Pasas mucho tiempo en el inodoro, deberías hacerte ver por un especialista —recomendó Diego de soslayo.

—Calla shunsho que es en serio —extendió el vaso para que se lo llenara y prendió otro cigarrillo— se me ocurre que la vida es un largo camino bajo el sol, un camino lleno de excrementos vaporosos por el que nos han puesto a caminar: noviecitos de manito sudada,

viejos tosigosos bien embarrados, madres abnegadas que cargan recién-nacidos y los protegen para que no se embarren, hasta que el peso las vence y las obliga a asentar los *picecesitos de niño* —impostó— sobre ese mar de excreta por el que vamos en romería. Entonces los críos empiezan a caminar con la angustia de que cada caída los marca, los contamina; así aprenden a manejar su peso, hundiéndose, con el sonido pegajoso de sus pisadas y esa pestilencia que les hace recordar cómo son las cosas. Esos niños cándidos, *azulosos de frío* —con voz fingida— no entienden por qué los demás llevan un (sin)sentido de urgencia, a su alrededor todos tropiezan, empujan y caen de bruces, pero intuyen pronto que deben cuidarse de esos otros, siempre extraños, siempre egoístas —se tomó el vaso entero de un solo trago para no perder el hilo del relato y terminó el cigarrillo con tres largas pitadas— y aprenden a emular la prisa como si hubiera un sitio al cual llegar; pobres idiotas, crédulos, porque eso les han dicho los políticos y los curas para que se dejen pisotear, y corren los muy cándidos, sonreidores, mientras les aspergean mierda en la cara, hasta que una turba con más cretinos alienados ruge y los derriba, los revuelca y les hace tragar estiércol, entre manotazos, pataleos y bocazas llenas de chillidos.

—Eso está muy trágico, doctor, mejor hablemos de algo más alegre, no sé, cuéntenos un chistecito de intelectuales... —intentó Mario medio burlón.

—Y lo peor de todo es que en este mierdero no hay fidelidades, todos fingen solidaridad mientras les conviene; en verdad, nadie le importa a nadie porque la excreta en la que estamos embarrados es inevitable, sobreabunda siempre, sale de cada transeúnte santurrón, y no solo por el orto, no, por la boca, por los ojos, por los poros, exudamos mierda por la piel porque eso es lo que somos a fin de cuentas, ¡pura mierda!

Diego se levantó de un sobresalto, nos miró uno por uno, puso las manos en oración y saboreó el momento de tensión que había creado —deberías pensar en un nombre vendedor para tu teoría... —y escapó al baño en medio de carcajadas.

—Algo así como una filosofía escatológica —intenté.

—O una escatología filosófica —repliqué.

—Lo de la mierda es una alegoría, lo que quiero que entiendan es que tarde o temprano todos nos traicionamos, nos lavamos las manos o nos lanzamos a matar, porque hay algo que nos define como especie más allá de lo que diga cualquier charlatán optimista: el puto egoísmo, esa es la quintaesencia de ese bicho con ínfulas que es el ser humano...

—Ya no le des más trago a este *man* —gesticuló Mario hacia mí.

—¿Qué es el poder si no egoísmo?, ¿y la ambición, la codicia, la culpa?, ¿y el amor? ¡Ja! —se respondió a sí mismo en carretilla— por supuesto, si el amor es lo más mezquino que hay, es el peor castigo, la manera más vil de dominar y someter... —encendió otro cigarrillo, se bebió un trago directo de la botella y nos observó, revisándonos ansioso— amiguitos, ya dejémonos de huevadas, la verdad es que necesito un pase.

—Pase usted —volvió Diego con una venia.

Se incorporó a medias y sacó la billetera del bolsillo trasero de su pantalón. La abrió y tomó un papel doblado en varias mitades. Lo extendió cuidadosamente, sacando a la luz un polvo harinoso, más de un gramo de cocaína; hizo un montoncito con el vértice de una identificación y recogió un ápice.

—Esto se debe hacer siempre con la cédula de identidad —absorbió con fuerza— para no olvidarse quién es uno.

Repitió el proceso para la otra narina y nos ofreció un poco como quien convida un dulce. Nos miramos. Hasta entonces, yo nunca había pasado del alcohol y eso ya me hacía sentir un tipo malo, traidor a mis padres y al bendito cura ese. Camilo veía alternadamente cómo buscábamos en los ojos ajenos una excusa o un cómplice.

—No va a durar para siempre, chicas —rio entre sorbidos.

Luego de un terrible silencio que debió durar unos segundos, Diego quiso probar y yo lo seguí (¿o fue al revés?), mientras Mario pretextó alergias y corrió al baño.

Un golpe seco en el fondo del tabique, la cabeza hacia la nuca, los ojos en el tumbado se desorbitan, el sabor amargo que desciende hasta la boca y amortigua la lengua, los dientes,

los labios, como si todo dentro del cerebro se comprimiera y de pronto explotara en luces y palpitaciones, un *big bang* de alcaloides.

—Es como un choque de trenes entre las sienas —rebusqué.

—La perica es un ritual sagrado, niños —respondió Camilo— debes sentirte más sobrio.

—¡Qué pendejada! tanto esfuerzo para emborracharme y en un minuto todo tirado a la basura —maldijo Diego, limpiándose la nariz con aspavientos.

—¿Siguen vivos? —volvió Mario— ¿en qué estábamos?

—Camilo estaba muy enojado con la mierda... —sorbió Diego.

—¿Vamos a seguir con eso? —preguntó Mario.

—Para no cansar más a esta generación con déficit crónico de atención, el resumen de esta perorata es que el amor, la felicidad y el resto de esas cursilerías no son más que inventos desesperados para dar aliento a los tontos, porque para ser feliz hay que ser bien imbécil, ¿sí saben, no?... ¿Cómo se puede ser feliz, si no, en un mundo que se cae a pedazos? —absorbió— el mundo supura inmundicia en nuestras caras y nosotros con cara de felicidad... Y lo más triste es que siempre buscamos esos chispazos de amor para ser felices, aunque sea un ratito... todos somos unos imbéciles en algún momento... —cerró los ojos.

—Bueno, también hay algunos que son imbéciles siempre —completó Mario.

—¿Quieren otro pase? —repitió el pintor como si nada.

Con el tiempo, la idea de ser un testigo de la vida universitaria quedó enterrada porque era imposible permanecer impávido en la vorágine. Mientras los Rurales se fundían el seso entre fechas, datos y títulos, preparándose para debates de antemano perdidos, los Aniñados corrían por los pasillos, celular en mano, haciendo planes para el fin de semana o chismeando sus novelorías, y los Hijos del Che reinventaban el comunismo haciéndose trenzas entre sí y tejiendo pulseras de hilo, los Insoportables jugaban cartas en la cafetería y se reían a gritos de cualquier sandez. Ésta era, sin duda alguna, la realización ideal de la academia griega.

Para liberarme de cualquier resquicio de duda, de vez en cuando me obligaba a asistir a clases —necesitaba convencerme de que todo seguía igual sin mí— pero ni bien entraba, el ambiente me parecía densísimo, como debe sentirse en la inminencia de una batalla, todos solemnnes, agazapados, pintarrajeados las caras, armados hasta los dientes con sus libros viejos, sus fotocopias subrayadas y sus lápices mordisqueados. Era patético —más bien terrorífico— contemplarlos a la espera del profesor de turno para lanzarse sobre él antes de que llegara a su escritorio; levantaban las manos por oleadas, con gestos de ruego, ojos saltones, frases inaudibles entre tanto ladrido, y cuando por fin les llegaba el turno no paraban de hablar, no querían perder la oportunidad de decir, de completar, de refutar, se atrincheraban en autores rebuscados, lanzaban indirectas como cebo y encaminaban las discusiones como quien tienta al oponente hasta el sitio idóneo para emboscarlo con ferocidad. Al que dijo que en la guerra y en el amor todo vale, se le olvidó decir que también en la Antropología.

Bajé hasta la cafetería y me uní a Diego y Mario que bostezaban un martes sin gracia, ya aburridos de jugar Cuarenta. Conversamos sobre las disquisiciones borrosas del pintor maldito y sus polvillos mágicos, pero al cabo de un rato la modorra pudo más y nos quedamos mudos; era evidente que, más que amigos, éramos tres desconocidos que se juntaban de vez en cuando para matar el tiempo y no beber solos. Tan desconocidos éramos que debieron pasar algunos meses, por ejemplo, para enterarme que Mario era un tipo de veras solitario, perdido en el divorcio violento de sus padres, con la culpa acumulada del uno y los intentos de padrastros que la otra se apuraba por conseguir; que podía pasar semanas enteras sin ver a nadie en su casa o morirse sin que nadie lo notara. Tuvieron que pasar varios meses para que Diego me contara del accidente de tránsito en el que casi se muere y que le dejó una ferretería ajustada a su esqueleto, después de vivir meses en el hospital comiendo y cagando por sonda; o de su hermano mayor, que vivía en Sevilla y le mandaba postales y fotos para que se animara a largarse del Ecuador.

Así que preferí salir al patio, que a esas horas estaba infestado de Aniñados. Era divertido verlos en su estado natural, sin preocupaciones intelectuales, sin calificaciones ni compañeritos resentidos; se sentían dueños de un territorio que les sería vedado por el populacho apenas terminara la hora de clase: salían temerosos de sus autos, miraban de lado a lado como gacelas, limpiaban las bancas con *kleenex* antes de sentarse y se erizaban de pavor cuando algún grupo antihigiénico se les acercaba. Todo un espectáculo.

Me senté en una banquita que asumí muy vieja para sus traseros *Diesel* y encendí un cigarrillo; solo cabía esperar a que la campana diera inicio a la diáspora de los limpios y la conquista de los sucios. Imbuido por la espera de esa imagen épica, no advertí que alguien acababa de sentarse a mi lado.

—¿Te molesta si me siento aquí? —preguntó en voz baja.

Casi escupo el cigarrillo del susto, me atoré, tosí, disimulé lo mejor que pude y negué con la cabeza baja.

—¿Estás bien?

Hice un gesto de pulgar arriba, me aporreé el pecho, levanté la vista entre lágrimas y me encontré a una Aniñada con sonrisa *kolinos* y mirada de cervatillo que me quitó de un tajo el acceso de tos y me desbarató el malgenio, el discurso anarco y la compostura.

—Todo bien —traté de sonreír— así saludo siempre.

Se rio bajito.

Ya la había visto antes en medio de la fauna universitaria, a través de una ventana polarizada o a lo lejos, como el naturalista que caza en la sabana con teleobjetivo.

—Es que no quiero estar cerca de mis amigos —se justificó radiante— a veces no los soporto.

—¿Solo a veces? —solté con sonrisa idiota.

Sonrió también.

—¿Estudias aquí? —se retiró el cabello impertinente sobre la boca con movimiento de comercial de champú.

—Se supone —contesté con pose de hombre de mundo.

—Es que no te he visto antes —se excusó espléndida, la muy estúpida.

—La verdad es que no soy muy sociable —dije más metido en el personaje de galán de medio pelo.

—Entonces, ¿te molesta que me sienta aquí? —preguntó.

—No, no —respondí, deteniendo su ademán de levantarse. Habría podido suplicarle que no se fuera.

—¿Cómo te llamas? —me hizo el favor de preguntar.

—Ignacio, mejor Nacho —inventé patético— ¿y tú?

—Me llamo Sofía... a secas —estiró su mano suavemente, encremada y perfumada, sin un solo vestigio de haber hecho más en la vida que acariciar peluches y teclear el móvil.

—¿En qué semestre estás, Sofía a secas? —pregunté con su mano contenida.

—En segundo semestre recién, ¿y tú? —dubitó— Nacho, ¿verdad? —me encandiló con más sonrisa y pestañas de lo que era posible.

—En sexto, creo, la verdad es que ya no sé, arrastro un par de materias, casi no entro a clases, en fin, parece que la Antropología no es mi fuerte —me recompuse y volví al estereotipo— ¿a ti te gusta?

—Un poco sí, aunque me gustaba más Administración —era el colmo del encanto solapado.

—¿Y qué haces aquí? —pregunté con tono ‘profesor Jirafales’ en medio del patio de la Vecindad.

—La vida se me complicó —soltó una risilla adorable— igual eso fue hace años y no llegué ni a la mitad de la carrera.

Tartamudeé alguna bobería más.

—¿Y por qué no estudias otra cosa? —preguntó como para salvarme.

—Porque ésta es la cuarta o quinta carrera que dejo inconclusa y mis papás ya están hartos de gastar dinero en mí —confesó el rebelde que llevaba dentro.

—Y entonces, ¿por qué no estás en clases? —dijo con toda la razón del mundo.

—Esas clases parecen un manicomio... si vuelvo a entrar, seguro que voy a enloquecer.

—Y entonces, ¿qué piensas hacer, Nachito? —saboreó el diminutivo tan castizo.

—Quisiera escaparme al final de un día como hoy —puse tono de poeta chimbo, carraspeé y me explayé en mi vocación de escritor, hablé intrínquis sobre los libros que adoraba y recurrí a cualquier artilugio con tal de que no se fuera, no todavía. Ella me escuchaba con sonrisa invariable de quinceañera —probablemente no entendía nada— mientras yo me pavoneaba con palabrejas solazado en su rostro de figurina de cristal que amenaza con romperse si se toca, el pelo ensortijado y blondo que caía a medias frente a sus ojos azules, interminables, una nariz mínima, cejas perfiladas en arco, boca carnosa y

mentón como partido por un pellizco. ¡Qué gran atenuante de la estupidez es la belleza! Mi estupidez y su belleza, claro.

Cuando finalmente se fue, luego de un par de horas interminables, me quedé sentado un buen rato en la misma banquita, con el Cuaderno de Puteadas en el regazo yermo de letras, absorto ante mis palabras edulcoradas y mi gesto de zonzo en respuesta a sus “Nacho, esto”, “Nachito, lo otro”, la muy tontuela. Medio despechado, volví a la cafetería sin saber si contar a la Confraternidad de Imbéciles Antianiñadas sobre mi aventura con la crema y nata de la sociedad, o callarme la ilusión ilusa que me removía la modorra habitual, con un dejo de vergüenza. Así que, sin mediar palabra sobre la colorada de ensueño, salimos rumbo al Bar Carrión a emborracharnos.

Pasadas las tres de la mañana llegué a la casa de mis papás, errático en toda la extensión de la ebriedad, y tuve que soportar un ‘merecido’ *round* de reclamos al Todopoderoso por mi compulsión autodestructiva; pero esta vez más que todas las anteriores, me resbalaron las maldiciones y los lamentos, tan embobado estaba que la sonrisa no se me fue ni siquiera con la resaca del día siguiente. O la del día siguiente a ese.

Era como si de pronto me hubiera convertido en un patético Juan Pablo Castel.

A los pocos días, yo garabateaba sobre un cuento maltrecho en la mesita habitual del Santa María cuando entró el mismo Germán Sevilla; bueno, casi el mismo, porque esta vez traía una bufanda de colores, un salpicón de bigote y a un amigo impúber.

Se sentaron en la mesa contigua, él de espaldas y su amiguete frente a mí, con cara de resentido. Conversaron con voces cada vez más altas, se rieron a carcajadas, estruendo de sillas y vasos, brindis de taberna feliz. Todo durante diez minutos.

De pronto Sevilla se levantó, me regresó a ver con displicencia, murmuró algo al adolescente que lo secundaba, nueva carcajada, y fue a dar a la barra donde un sesentón pródigo en panza y publicaciones lo recibió con palmada y sacudón de melena antes de enseriarse, sacar un libro del maletín, firmarlo con dedicatoria auspiciosa y obsequiarlo al “poeta de las calles” que, con gesto de ‘hijueputa’, lo esgrimió hacia mí —hacia su compinche— mientras volvía a su asiento. Si hubiera podido, me habría restregado el libro en el rostro.

Fingí ignorarlo, al borde del desquicio, y concentré la vista en las líneas de un texto malparido en mi Cuaderno de Puteadas. Quise escribir algo, aunque fuese una diatriba, una caricatura de semejante esperpento. Pero la creatividad parecía ser más amiga de él.

Pasaron veinte minutos más hasta que tropecé con su mirada enrojecida, a mi vuelta del baño. Pasé de largo y, a propósito, alzarón el tono para que oyera lo que decían. ¿Cuántos insultos habrían compartido en ese lapso?, de seguro era yo el tema de conversación de su mesa, “estoy en las bocas de estos malolientes”, pensaba entremezclando rabia y alegría; al menos para ellos sí existía, no era un fantasma o, al menos, era tan fantasma como ellos.

—Eres insufrible —dije valientísimo con mi mochila al hombro, listo para abandonar el Santa María.

—¡Qué estúpido! —murmuró al acólito mientras se rascaba una oreja pulgosa.

—¿Y este quién es? —le respondió el otro con mueca de fastidio.

Salí a una noche ventosa que me mordisqueaba las orejas y me puse a imaginar cómo habría sido de pequeño ese bicho intelectualoide, si nació mugriento o se embarró por su cuenta, qué experiencias tan espantosas le habrían llevado a ser lo que ahora era. ¿Cómo sería la vida del “poeta de las calles”?

**los artistas no nacen,
se hacen**

parte I

Todo surgió a raíz de un castigo. Su mamá le había impuesto limpiar el librero del cuarto de estudio por haberle respondido alguna grosería. Germancito obedeció con puchero y comenzó a desempolvar los lomos de los libros. Al cabo de cinco minutos de asperjar su mala gana habitual con un plumero, sintió que se ahogaba, con respiraciones ásperas, ojos llorosos y una retahíla de estornudos que lo dejaron más maltrecho de lo que ya era. Entonces se detuvo. Creyó que se había liberado del castigo, pero de inmediato pensó que, si salía tan pronto y con ese pretexto, le impondrían otra tarea. Así que permaneció de brazos cruzados hasta que el aburrimiento lo venció. Tomó al azar uno de los libros y se sentó a ojearlo. Después de un rato de pasar páginas y ver ilustraciones, descubrió algo que cambiaría su vida para siempre o, al menos, le haría creer eso: la poesía. Como diría años más tarde en la presentación de su tercer libro, ése había sido el momento más importante del que tenía memoria, más que sus tres bodas o el nacimiento de su unigénito, más que todo junto. La revelación, a la cual se referiría luego como un acto casi místico, que le había arrancado lágrimas —moco y baba— fue, en realidad, bastante más cotidiana: abrió un libro en una página indeterminada y se encontró con una serie de viñetas biográficas que mostraban a un mozuelo de verbo encantador y compañías aristocráticas, fecundo en letras y amores que, a pesar de que en las siguientes páginas se volvía un adusto sacerdote, mantenía incólume su cariz exitoso. Fue entonces, no antes ni después, que al pequeño ignaro lo embargó una enorme fascinación: escribir, declamar, ser admirado, aplaudido, suspirado y transpirado por cortesanas tetonas y nobles de peluquín, sería lo suyo. Ojeando-ojeando dio con un poema de su novísimo ídolo, texto que aprendió de memoria ese instante, aunque sin entender ni la mitad; el “Pobre barquilla mía” sería, a la

postre, la puerta de entrada hacia su futuro de escritor y la muletilla romántica con la que describiría su vocación.

Casi de inmediato descubrió que todo aquel libro contenía poemas del mismo autor y que si seguía los colores de los lomos de otros libros podría encontrar más escritores —y por ende más biografías con dibujitos e ilusiones pueriles— y más poemas para memorizar, recitar y recibir loas. Tuvo la idea de sacar los versos y hasta estrofas que le parecían mejores y anotarlos en una libretita verde que cargaba a todas partes. “La inspiración viene el rato menos pensado”, decía. Después intentaba rehacer los poemas que había desmenuzado y terminaba por (des)componer altisonantes estrofas que luego declamaba frente a un espejo harto de verlo repetir, ensayar, maldecir y lloriquear.

Semanas, tal vez meses, más tarde su vida daría otro giro casi tan místico como el primero. Se encontró con un texto de Literatura Hispanoamericana para Tercer Curso de colegio que, por cierto, cargaba en su mochila desde hacía tres meses y, usando el mismo método que para el descubrimiento del prolífico vate, se topó con la foto de un anciano gordinflón de boina que le sonreía desde el blanco y negro de la hoja. Devoró la biografía con tanta pasión que llegó a soñar con sus destierros y sus romances, a defender su comunismo —¿?— y a odiar con verdadera rabia a un tal Pinochet que, según el libro, había destruido sus últimos sueños y hasta podría haberlo envenenado. ¡Qué vida para un poeta contemporáneo!, ¡qué muerte tan dramática!, ¡qué entierro, qué homenajes, qué recuerdos!

Se encerró por horas en su habitación de paredes multicolores y afiches de *pop* juvenil hasta aprender de memoria el “Poema XX”, que entonaba con gesto melodramático y voz de viejo con enfisema. Cuando se sintió listo, disfrazado con un saco de lana y una boina desteñida que hurtó a su abuelo, se presentó frente al mismo espejo y después en la sala, frente a su madre y dos tías tejedoras que se sorprendieron tanto que lo aplaudieron, felicitaron, abrazaron y exigieron diez repeticiones íntegras ahí mismo. Era, sin duda, el inicio del sueño.

Cada vez que terminaba el poema, se quedaba en silencio a la espera de la reacción del auditorio familiar, antes de hacer venias y lanzar besos. Y ya entrados en confianza, se ponía a explicar a su primer público lo que Neruda había querido decir con sus versos, apoyado en alusiones a pasajes de su vida, todo de memoria, claro. Inclusive habló de Lope, de su enorme e invaluable influencia dentro de las letras del mundo; y como no podía ser de otra manera, sacó su libretita verde y leyó algunos versos del español y otros de su peculio, todos acompañados de interpretaciones rimbombantes y apostillas biográficas.

Esa noche concilió el sueño con el recuerdo de los rostros felices de su mamá y sus tías, se arrulló con la admiración asfixiante de besos ante su ingenio de pequeño poeta, con la imaginación puesta en recitales atestados de críticos aplaudidores y muchachas que volteaban los ojos con cada entonación. Desde esa noche supo —así, dulzón como era— que no haría en su vida nada más que no fuera escribir poemas y declamarlos ante multitudes delirantes; sonreía y firmaba autógrafos desde su cama, desde su pijama de Mazingher Z y un edredón de G.I. Joe manchado con leche condensada. Decidió que los cantantes que lo miraban desde las paredes de su habitación pertenecían a otra época, a otra persona, quizá a un niño que ya no tenía nada en común con el naciente artista en que se había convertido. El dormitorio amaneció desnudo, con afiches arrancados a un tarro de basura; los juguetes y adornos de sus repisas fueron suplantados por libros tomados al azar del estudio y prefirió dormir en ropa interior y con solo una sábana, antes que arrojarse con sus ídolos del día anterior.

La emoción fue mayor después de una encerrona con *El cartero de Neruda* y *La sociedad de los poetas muertos*, obsequios del papá en su cumpleaños, quien, aunque para entonces no estaba muy seguro del genio rimador del vástago, quiso incorporar más elementos a su tan manida cantaleta, quizá también para que variara la rutina que tenía ya opacos los espejos de toda la casa. Germancito se embotó tanto con la visión romántica de ambas películas que, como indigestión con diarrea, debió evacuar la poesía en la siguiente reunión familiar, en la que no hizo falta que alguien se lo pidiera, sino que, de su propia iniciativa,

preparó un *sketch* en el que representó, con mímica y acentos, algunos poemas variopintos. La voz le temblaba con gallos de quinceañero y se arrugaba la camisa recién planchada por su mamita en pos del pecho enardecido, encorvado, impotente, en un intento por inocular en la audiencia legla la precisión de cada adjetivo; gesticulaba, pujaba y empalagaba con cejas alzadas y ojos de ensueño perenne. ¡O *Capitán...!*, sufría parado en una silla.

Muy pronto, la fama de Germancito traspasó las barreras familiares y para el acto de fin de año del colegio, por pedido expreso de su profesora de Castellano, organizó una presentación para sus compañeros. La maestra le había pedido que estudiara a la Generación Decapitada y entonces el alumno leyó a Medardo Ángel Silva, porque su biografía no solo le pareció la más entretenida, sino que le fascinó por trágica. Puso en el escenario una mesita y, sobre ella, una botella de alcohol y unos frasquitos en los que había escrito "morfina" y "poesía", elementos que simbolizaban lo único que hacía vivible la vida del autor. Inclusive, y a último momento, decidió colocar un cigarrillo encendido para que se consumiera en un cenicero a medida que avanzaba el show y le diera un ambiente de cantina guayaca. Ése fue su error, porque el humo se apoderó del espacio y le provocó, a la mitad del "Danse D' anitra", un ataque de tos incontenible, arcada, olvido y a empezar de nuevo, olvidar de nuevo, arcada de nuevo, puchero (¿de nuevo?), "esta adorable danzarina [cof-cof], se va a morir, se va a morir [cof] esta adorable...", y ya no pudo completar el verso porque se le quebró la voz, "... se va a morir, [cof], se muere", sí, se muere, se moría asfixiado el tesorito rimador y la mamá, henchida en la primera fila del salón, corrió a auxiliarlo con golpecitos en la espalda y mimos impropios para un decapitante, "ya mi amor, ya pasó", mientras apagaba contra el vidrio del cenicero el pucho culpable del bochorno, [cof, cof].

El asfixiado poeta no hizo más que refugiarse en la vergüenza en el regazo materno, oculto de la carcajada general que lo perseguiría en la escuela y lo atormentaría en su cabeza hasta la noche en que, veinte años después, se ahorcó con un cinturón y lo encontraron blandiendo de una viga con la lengua salida y los ojos en blanco.

A partir de ese fiasco, Germancito no volvió a presentarse en público, aunque las tías le tejieran sacos de Neruda y el abuelo le regalara la boina; hasta los espejos descansaron de las copiosas prácticas. Fue desde entonces que le dio por encerrarse por horas en el estudio de su casa a devorar libros con la misma avidez con la que escribía sus versos, ahora sí originales. Antes de cumplir los dieciséis ya había leído a todos los griegos y latinos, sabía de memoria sus biografías y podía recitar decenas de poemas sin equivocarse. Estaba convencido de que tanta poesía se condensaba en su cerebro que era más que seguro que sus propias creaciones debían ser formidables. Se sumergió tan profundamente en ese mundillo que hasta sus conversaciones se volvieron complicadas, rebosantes de términos extraños, nombres impronunciables, máximas, aforismos, versos citados a granel, en una suerte de ensalada mental que le hacía confundir lo que leía con lo que decía.

Así llegó a los diecisiete, tímido tanto como prolífico, inseguro hasta el ataque de pánico, de asma, de nervios, de lo que fuere. Sin embargo, una mañana por fin salió del carapacho, harto —en su vanidad escondida— de la insistencia de la misma profesora, que organizaba un concurso de poesía para sus estudiantes y le instaba a Germancito como si le tuviera preparado el resarcimiento; y aunque los nervios lo mantuvieron en el sanitario hasta el día mismo de la premiación, ganó (¿por puntos?, ¿por abandono?, ¿por KO?) y fue aclamado por esos que antes lo humillaban. Sus compañeros dejaron las burlas, los profesores lo tomaron en cuenta para todos los eventos y sus padres colgaron el diploma y la medalla del concurso en el estudio de la casa, en lugar de la foto del abuelo militar, héroe de la Guerra del 41.

Desde ese momento Germán (ya no más Germancito) comenzó a compartir sus escritos con el mundo ávido de su genial pluma; le pidieron que publicara algunos en el periódico estudiantil y participó en tres concursos más, un intercolegial, otro de una revista literaria y uno más de una estación de radio, y los ganó todos. Era realmente un fenómeno de la sinalefa y el polisíndeton.

Por eso a los dieciocho años decidió que era el momento para hacer pública su obra, un compendio con más de cien poemas “con estructuras clásicas algunos y otros con avezadas propuestas estéticas en las que ya se perfilaba mi vocación de precursor literario”, comentaría con desenfado años después en una entrevista para un diario uruguayo, con ocasión del lanzamiento para Latinoamérica de una edición especial de su obra compilada *Germán Sevilla: antología poética*, editorial Tercer Milenio, Buenos Aires, Argentina.

Elixir de sal, como bautizó a su libro, fue financiado íntegramente por él mismo con tres meses de trabajo incansable en un supermercado, actividad que sería, a la postre, una de las pocas cosas provechosas que hizo en su vida. El poemario fue elogiado por dos o tres todólogos locales y calificado como “una ventana abierta por la que podemos ver la luz, la profundidad y la belleza del mundo desde las retinas frescas de un poeta consumado a pesar de su juventud”. Un par de periódicos de Quito se hicieron eco del éxito de Germán y lo ayudaron a promocionar sus recitales, a los que llegaba vestido de blanco, con sombrero jipijapa y lentes redondos con marcos de carey. Después de la declamación de cada poema, el artista permanecía en silencio unos segundos, abstraído, con la mirada fija en el papel y las manos sudorosas, a la espera de una ovación que parecía nunca llegar. Solamente cuando alzaba la mirada al público, en busca de la aprobación de algún conocido solidario, comenzaban los aplausos de los familiares, de los amigos y las admiradoras, que para ese momento ya eran más de media docena de adolescentes rosadas.

Fue entonces cuando lo conocí.

la casada infiel: primer movimiento

Casi dos semanas después de permitirme una desbandada de imaginación sobre Sofía a secas, y luego de esporádicos encuentros propiciados sin mucho éxito y algo de ridículo entre sus amiguitas, un par de conversaciones dizque casuales y llenas de supuestos e indirectas, largas miradas a distancia y alguna sonrisa correspondida, tomé la decisión de instalarme en el mundo real y entablar conversación con alguno de sus amigos, de los menos Aniñados, esos arribistas que andan siempre a la cola del grupo e intentan complacer a los otros. Así era Danny Benavides, un tipo moreno, de *brackets* con comida y pelos erizados con puntas amarillas, pantalones extra-anchos y un par de tatuajes en los brazos que lo habían convertido en la sensación entre los “alternativos-hip-hop-full-house-merengue con ínfulas de agringados” que oían *techno* lo mismo que iban a bailar salsa al Sese o a buscar extranjeras al Cafecito.

Luego de media hora de escuchar historias aburridas sobre sus paseos a la hacienda de un primo en Cayambe, una fiesta en el Sheraton y las últimas vacaciones en Punta Cana, logré que empezara a hablar de ella.

—¿Eres amigo de Sofía Guarderas? —interrumpí una historia sobre caballos.

—¡Claro, huevón!, yo fui compañero de ella y del Colorado desde el kínder —dijo orgulloso.

—¿Quién es el Colorado? —pregunté lerdo.

A mi espalda, un redoble de tambores anunciaba un apocalipsis melodramático, con nubes negras, algún trueno y el aguacero sobre mis ilusiones de galán en soletas.

—¿Cómo que quién es? —sonrió, carraspeó, miró su celular— el marido pues, el Jonás.

—¡Será casada! —salió del fondo de mi cursilería rota.

—Uh... desde hace años, huevón!, y tiene dos nenas lindísimas.

—Y yo que la llevé al río creyendo que era mozuela... —puteé para mis adentros.

Golpe bajo. Cómo no lo sospeché, ¡cómo!, tenía que estar casada y a lo grande, con marido boda aro vestido blanquísimo y cama *king size* tan casada que hasta podía verla sí acepto el beso a la novia y la lluvia de arroz la felicidad con lágrimas el vals lleno de flashes y suspiros el discurso tembloroso del papá el brindis de bracito cruzado el letrero de recién casados que guinda de un convertible rojo prestado por un tío calentón la despedida de la fiestota hacia la luna de miel en la Riviera una copita de champán en la suite y la pobrecita con miedo princesita ¡ayayay-ayayay! tranquila mi amor no-no sí-sí ven ella sonrío y al otro día en la tina el balcón la alfombra espérate-espérate y a la semana como bombo en fiesta en el baño de la disco golosita en la piscina en el *basement* aquí-aquí sus dedos buscan la bragueta en medio del tráfico y al tercer mes eso sí que no que no bueno-ya la boquita de dientes relucientes la pobrecita se atraganta casi vomita le duele aunque sea con la manito estoy embarazada la pancita el ginecólogo y la ropita chiquita-chiquita será varón será mujer y puja *baby* que ahí asoma la cabecita tranquila *sweety* sabes que te amo no me dejes nunca... ¡Este Colorado!

—Si son la pareja perfecta —continuó Daniel sin percatarse de la hecatombe que había formado en mi cabeza— y andan juntos desde los once años, huevón, eso es amor.

Pasé el resto de la semana con la consigna de sacarla de mi cabeza a golpe de librazos, y me encerré en mi cuarto a leer la *Historia Universal de la Infamia* con meticulosidad borgiana, en voz alta, con el diccionario abierto y los veintiséis tomos de la Enciclopedia Salvat a mano; hice mil anotaciones y releí varias veces cada cuento para distraer la mente obsesiva. En los ratos de ocio del régimen que me impuse, me obligaba a pensarla en el

lecho con su esposo, entre frases de amor y besos babosos; la imaginé con los otros Aniñados, limándose las uñas dentro de su auto o hablando interminablemente por el celular, riendo enrojecida, tosiendo, eructando, hasta sentada en el inodoro pujando como si quisiera expulsar una sandía.

Después tuve que volver a la universidad para no preocupar más a mis papás, que ya sospechaban que aquello era el preludio de la desertión, y me dediqué a huir infantilmente de Sofía —como si alguien que ignoraba mi existencia me buscara y yo tuviera que ocultarme— y me dio por caminar a prisa, rebosante de una paranoia patética; dejé de ir a la cafetería y no volví a pisar el patio de los Aniñados, me escondía a leer en el claroscuro de unas escaleras trucas como callejón sin salida y miraba dos veces antes de entrar a los baños; en fin, evitaba todo lo que me expusiera a su fantasma. ¡Qué huevón, Nachito!

Al cabo de algunos días, Sofía a secas apareció en mi escondrijo de escaleras tapiadas.

—Nacho, ¿qué haces aquí?

Me atoré con saliva, contuve la tos en la boca y fingí que aclaraba la voz.

—Éste es mi escondite.

—¿De quién te escondes?

—De todos, creo —logré justificar aún abrumado ante la aparición.

—¿Te molesta que te acompañe?

—Es la segunda vez que me preguntas si quiero que te vayas —improvisé con sonrisa psicótica— solo me sorprende verte aquí.

—La verdad es que te seguí. Desde hace días que te busco por los cuentos que me ofreciste, pero ayer me dio la impresión de que me evitabas, ¿pasa algo, Nachito? —masticó la ch.

—No... sí, la verdad es que he pasado leyendo —le mostré como evidencia el libro que llevaba.

—Borges, *Artificios* —leyó con cierta dificultad (claramente atribuible a la tipografía inadecuada de la portada, la falta de luz y a la posición incómoda en la que leyó el título). Guardé el libro para no tener que inventarle justificaciones y resoplé.

—La verdad es que he pasado un poco ocupado, no, más bien es que...

Sonrió y se sentó a un lado.

—Lo que pasa es que me siento raro.

—¿Raro? —susurró con nueva sonrisa— ¡Qué lindo!, me apretó suavemente el antebrazo con la mano —qué lindo eres conmigo, quiero decir.

—A veces tiendo a vivir más en mi cabeza y no sabía que tú... —comencé.

—¡Ah, es eso! Supongo que ya sabes —bajó la vista— ¿por eso huyes?

—No huyo, o sea sí, la verdad, huyo porque eres... —dudé— porque es un riesgo innecesario.

—¿Tanto te gusto, como para que tengas que huir? —preguntó sin anestesia y yo volví los ojos al piso, luego levanté la mirada en un intento por descifrar en su rostro si lo había dicho con burla o pretensión.

Alzó las cejas con gesto de resignación, de tristeza, de despecho, ¡qué sé yo!

—No, no, no entiendas mal, no eres tú —recluí asustado— es que no quiero vivir una telenovela de la que después no pueda escapar.

—¿Te quieres escapar? —con todo el celeste de sus ojos encandilándome. Claro que habría querido escaparme, pero con ella, aunque no la conociera, aunque durara solo un par de horas.

—¿Contigo? —pregunté a quemarropa.

Volvió a sonreír.

—La otra vez me dijiste que querías escaparte, yo decía por eso...

—¿Por qué no me dijiste que estabas casada? —reclamé con un lamento.

—Porque no es algo que uno diga de buenas a primeras a un extraño.

Sentí un *jab* de izquierda, que me puso a distancia.

—Tienes razón. Ya ves que muchas cosas pasan solo en mi cabeza. Y la verdad es que casi no te conozco —musité a la espera de otro golpe.

Sopló, sostuvo la inspiración, apretó los párpados.

—Te he buscado por toda la universidad... no quiero que huyas, no ahora, no todavía...

Eso se sintió más bien como un *uppercut* tan contundente que casi me tumba. Supongo que fue obvio cómo me desinflé por dentro, porque de inmediato siguió.

—Eres tan distinto a todos...

—No sé si tomar eso como un halago.

—No te dije nada porque es como si hubiera querido no estar casada, no quería estar casada ese día.

—¿Y ahora? —volví a la vida.

—Ahora tampoco. Me habría gustado conocerte en otras circunstancias—con gesto de desilusión.

—Parece que hay cosas que no tienen remedio.

—Entonces habría preferido no conocerte... —dejó caer la mano de mi brazo a mi muslo.

“Ahora sí que la vida terminó de irse al diablo”, grité en mi cabeza.

Mientras caminábamos rumbo al Santa María en busca de un café y una mesa apartada, tuve una epifanía que, al cabo de completar el círculo de este relato, recién logro entender: entre Sofía y yo solo podía haber una aventura, ni más ni menos, soñar en algo más —o menos— habría sido un (auto)engaño; y eso, en la situación vital en la que chapoteaba, resultaba mejor que iniciar un romance honesto con una soltera, de quien después no podría zafarme. Y bien sabe el dios de mis padres —y quizá hasta el cura ese—, que el amor me deslucía en pocas semanas. Esta podía ser la relación ideal —lo mismo que la pseudoamistad de mis compinches de juerga—, sin obligaciones ni llamadas ni regalos, nada que resultara sospechoso para el marido.

Pero la vida es otra cosa, sobre todo cuando se la vive de prisa o, más bien, al apuro.

Desde esa tarde, los encuentros con Sofía se prolongaron más y más; disfrazábamos de casualidad cualquier pretexto para estar juntos: yo la acompañaba a sus clases de inglés y ella se sentaba a mi lado en la editorial que me subempleaba como salvavidas ortográfico; me miraba con una sonrisa invariable y tierna mientras yo corregía algún texto pestilente. Todo iba retorcidamente perfecto, aunque nos limitáramos a la intensidad de su mirada añil o la persistencia de mis manos, porque todavía no sabíamos cómo desenmascarnos... o desvestirnos, lo que ocurriera primero.

Evitábamos al máximo hablar de su esposo y sus hijas porque saltaba a plena vista la realidad tan incómoda de la que adolecíamos, como si de pronto recordáramos lo que éramos y lo que ocultábamos. Cuando sucedía, ella se quedaba en silencio, a la espera de que se me ocurriera algo que nos alejara del recuerdo, y entonces yo comenzaba a quejarme de los asiduos al Santa María, los remedaba estentóreo y, si eso no escondía una lagrimilla culposa o pasmaba el arrebató de irse, terminaba por hacerle alguna confesión

desesperada, que rozaba en la más torpe declaración adolescente o en una insinuación motelera solapada. Entonces se echaba a reír y todo, todo volvía a (parec)ser como antes. Otra vez Sabato.

Así pasamos un par de semanas más, que parecieron meses y a la vez apenas unas horas, buscando el precipicio del amor sin detenernos a pensar en la caída; olvidábamos descaradamente nuestra condición, ciegos, creíamos que sobreviviríamos al impacto. Yo, por cierto, ocultaba bastante bien a Sofía a secas de mis amigotes, para evitar la expulsión de su logia tan conspicua y ella hacía lo propio con sus pares, para no despertar suspicacias.

—Podría quedarme la vida entera aquí sentada tomando café contigo, Nacho —se acurrucó a mi lado. Yo la apretujé y la restregué contra mí, inhalé la mezcla de su aroma con algún perfume caro y sentí cómo se acomodaba gatuna a mi abrazo.

—Sofía, ejem, quisiera... —y no podía decírselo, un beso, sí, un beso, quiero besarte muchas veces, todo el tiempo— tienes los ojos más grandes del mundo —me conformé cursi.

Suspiró. —Estar contigo es como tener un mundo aparte, un mundo irreal. Y creo que mi realidad ya no me gusta.

—Ésta también es la realidad —me atreví— no bajas los ojos, ahora tú no huyas, mírame que tengo que decirte algo desde hace tiempo.

—¿Qué? —preguntó resignada.

—Que me muero de ganas de besarte —ella desvió la vista, intentó sonreír, no pudo, miró al piso; le acaricié el cuello aporcelanado y levanté su cara desde el mentón; no tenía valor para retirarse, se hiperventilaba con el deseo bombeando en su pecho y cerró los ojos como si esperara una bofetada (hasta ahora no había considerado esa posibilidad).

**primer óleo de
Camilo Zambrano:
la locura**

Camilo se había vuelto paranoico.

Durante las últimas semanas sintió como si un elefante se posara sobre sus hombros y lo acompañara a cualquier parte, en una suerte de premonición. El insoportable peso que lo martirizaba, como una pertinaz sospecha, se apareció sentado a unos metros con los ojos esquivos, en una fonda de la calle Guayaquil. Lo primero que se le ocurrió fue que lo iban a asaltar y sintió pánico, pero luego de cinco cervezas y un par de anisados decidió enfrentar su supuesto destino y salir a la calle preparado para recibir el golpe por la espalda. Que no sucedió.

Esa misma tarde creyó ver de nuevo a su perseguidor: oculto entre los transeúntes, al virar una esquina o detrás de la vitrina de un almacén; lo intuyó, con el rabillo del ojo, agazapado entre unos matorrales, cuando llegaba al departamentito de la calle Lugo al que le confinó su mujer en castigo por sus andanzas. Se pasó dos horas espiando por la ventana, esperando a que el agente, como lo había bautizado, saliera de su escondite y develara el mismo rostro de la fonda. Esperó en vano. Se tomó una botella de vodka para darse valor y esnifó medio gramo de cocaína para tener la lucidez suficiente de afrontar lo que le venía. Ya entrada la noche, se puso a sacar más conjeturas. Decidió que el misterioso personaje que lo vigilaba no podía ser sino policía, de esos grupos especiales que pasan por encima de quien fuere, intervienen teléfonos, rebuscan cajones, buzones de correo y terminan por esperarlo a uno en la penumbra de la casa, grotescos y torturadores. Se imaginó en un cuarto oscuro, amarrado a una silla, vendado, desnudo, la piel quemada con puchos, las uñas levantadas, los testículos hechos rompopé, ¡ay no! Esnifó otra línea. Se convenció de que su última exposición, a la que había llamado “La brutalidad de los uniformes”, promocionada por toda la ciudad con un afiche en el que se mostraba uno de sus más

sufridos óleos (un hombre de facciones árabes, envuelto las partes púdicas con una bandera norteamericana, al que crucificaba un pelotón de *marines* ebrios, entre risas) era la causante de este repentino interés oficial por él. “Si ni siquiera es la bandera del Ecuador”, pensó primero, “pero como acá todos son lameculos de los gringos, resulta peor”; “seguro que ahora querrán”, protestó para sus adentros, “clausurar la muestra y embodegar mis cuadros”; “no tardarán sino un par de horas en romper la puerta y desaparecerme”, maquinó después en medio de su carrusel de perturbaciones, con más espanto que rabia. Descolgó el teléfono para no correr ningún riesgo y cerró las cortinas para que nadie viera sus movimientos. Esnifó de nuevo. Luego redactó una carta para un conocido periodista y sus amigos anarcos, que llamó “Manifiesto al fin de la noche”, en el que justificaba su posición artística e ideológica, y daba como ejemplo de aquella brutalidad universal — encarnada a la perfección por los grupos policiales y militares— su asumida desaparición. Era obvio lo que pasaría. Dobló las hojas y las metió en un sobre. Solo restaba un detalle: llegar a una oficina de correos. Ésa sería su misión: no dejarse atrapar sin antes enviar la carta; lo que ocurriera después, simplemente sería parte del mito. Otra línea jalada con fuerza. Pensó que complicaría el trabajo de los agentes si no llevaba identificaciones y más si cambiaba de aspecto, así que quemó todas sus credenciales y las mandó por el escusado, afeitó su barba, esnifó, se recortó el cabello y lo tinturó con betún de zapatos, cambió su ropa, esnifó, se puso un sombrero y guardó los lentes oscuros en un bolsillo. Esnifó de nuevo.

Esperó en vigilia, totalmente ebrio y tieso de cocaína, y a las seis en punto emprendió veloz fuga, tambaleándose, trastabillando, se agazapó en jardineras, detrás de vehículos y dejó falsos rastros, hasta que llegó a una agencia de correos; eran las seis y treinta. La oficina estaba cerrada. Tenía que hacer tiempo hasta las ocho para que abrieran. Se sintió frustrado. Fue a una cafetería cercana y tomó una taza de café, las siete y cuarto, se fumó media cajetilla de cigarrillos, otro café, “aunque me desaparezcan, mis pinturas me sobrevivirán y se van a vender carísimas...”, pensó con un atisbo de alivio. “¡Mierda!, ¡los

cuadros!", es lo único en lo que no había pensado, "¿y ahora?, ¿quién los va a recoger?, ¿y si se los llevan?, todo mi trabajo va a quedar embodegado, enmohecido, destruido por la ignorancia de la tiranía". Se sintió orgulloso por haber pensado esa frase, "soy un genio... ¡snif!".

Entonces escribió otra carta en la que autorizaba a su hermano Pablo a retirar las pinturas de su taller lo antes posible. En otro papel le confesó su desgracia, le pidió que escondiera su obra, que esperara un tiempo prudencial antes de venderla y dar el dinero a sus hijas. Escribió su frase en mayúsculas para que no pasara desapercibida, vio el reloj, las ocho y diez. Pagó y salió.

Entró a la oficina de correos con una sonrisa nerviosa y envió las cartas sin mayor dificultad, salió hasta la calle aliviado por haber cumplido su cometido, decidido a romperse la madre con sus captores si fuera necesario, listo para la embestida, el operativo, las sirenas, las armas rastrilladas, y se imaginó en medio de la calle mientras lo arrestaban, perros enfurecidos ladrando igual que sus amos, un golpe en el estómago para someterlo, de cara contra el piso, las esposas, los empellones, el patrullero abriéndose camino en el tráfico para conducirlo lo antes posible a la cárcel, el dolor, el hedor de la muerte... el silencio.

De repente el silencio en su cabeza se convirtió en un aullido de llantas, un pito estridente, un grito de terror y el impacto en el muslo izquierdo que lo levantó del asfalto y lo lanzó contra el parabrisas, entre el crujir de vidrios rotos y sus huesos.

Rodó aturdido hasta el asfalto; se sentía deshecho, no podía moverse; en menos de un segundo ya no sentía nada. Otra vez el silencio.

la casada infiel: segundo movimiento

Pasamos más de una semana pegados como sanguijuelas que tratan de absorberse entre sí. Para entonces, teníamos definidos nuestros sitios de encuentro y aprovechábamos cualquier momento para vernos: por las tardes, el Santa María era uno de los lugares de más confianza para ser cómplice de nuestro secreto, un espacio en el que yo, a pesar de mi asiduidad, era un total desconocido al igual que ella, porque sus amigos no acostumbraban acudir a cafés literarios (es posible que algunos no supieran ni leer). Cada vez que algún intelectualoide pasaba frente a nuestra mesa y nos observaba, para ver si lo reconocíamos o si conseguía una sonrisa de Sofía a secas, yo podía darme el gusto de desechar sus miradas morbosas y esbozar un gesto de desprecio antes de darle definitivamente la espalda. A veces solo percibía un bulto en movimiento y, sin regresar a ver, soltaba alguna frase melosa que Sofía recibía encantada; era como una venganza en contra de mi propio anonimato.

Durante las mañanas, en cambio, las mismas escaleras abandonadas de la universidad se habían convertido en el refugio perfecto, a donde acudíamos un par de veces al día para vernos, entre clase y clase o, en mi caso, entre cerveza y cerveza. Ahí jugábamos a ser amantes con total libertad, sin ojos acechantes ni apariencias que guardar. Los seres informes que vagaban por los pasillos y se disputaban a los profesores habían quedado reducidos a recuerdos, encerrados en sus aulas vetustas, en su mundillo deprimente. Por fin se habían vuelto inofensivos.

Ahora que lo pienso, mucho de mi relación con Sofía a secas, al menos de mi parte para ese momento, se basaba en supuestos, bien intencionados las más veces, pero supuestos al fin. Nuestras conversaciones cada vez terminaban antes, duraban lo que un beso tardaba en colarse para evitar la algidez de los temas incómodos, que eran muchos y asumía que

ella quería evadir. Yo la besaba antes de que hiciera un puchero familiar, ella me abrazaba y me pedía oírnos en silencio, aunque yo no entendiera su poética confusa y terminara por oír algún ruido intestinal inoportuno.

Eran tantos los temas vetados que, la verdad, sabíamos poco uno del otro y menos todavía desde el beso inicial, que me hizo perder el hilo de las conversaciones y el interés, porque lo que quería siempre era callarla a besos, avanzar por su cuerpo, descubrir lo que guardan las muchachas bonitas debajo del *blush*, encima del ombligo y entre las sábanas.

—Me voy a separar de mi marido —comenzó con entusiasmo de *cheerleader*.

Casi se me salen los ojos de las órbitas.

—¿Por qué?, ¿qué pasó? —salté por instinto. “Qué pregunta tan estúpida en esta situación”, me dije mientras cerraba la boca.

—¿Estás bien? —quise componer con un as bajo la manga.

—O sea...

—No creo que sea buena idea tomarse el asunto con tanta prisa —interrumpí a la defensiva— las cosas no son así de fáciles, tienes que pensarlo bien —pedí.

—Tranquilo Nacho, que no es por ti, o no es solo por ti, es que esa relación dejó de funcionar hace rato pero recién hoy tengo un motivo para enfrentarlo y no sentir que me quedo en el aire.

Fue como un terremoto en una cristalería. Y yo desnudo y con ganas de orinar. “¿Esto es bueno o malo?, ¿es bueno o malo?”, le gritaba al desvalido que llevaba dentro corriendo en círculos. Mientras Sofía a secas resumía los vericuetos de su matrimonio para justificar la decisión ante su amante —¿?—, yo intentaba responderme esa sencilla pregunta: “¿esto es bueno o malo?”

Debo haber puesto tal cara de agruras que Sofía me sacó de mi cabeza con un remezón del brazo.

—¿Y tus hijas? —saqué otro as mientras decidía.

—He oído mil veces que los hijos no bastan para sostener un matrimonio y no quiero verme al espejo en veinte años y darme cuenta que soy una mujer frustrada y triste — continuó con severidad impropia de su talante habitual.

—Tal vez te convenga pensarlo mejor —insistí.

—Ya lo he hecho todo este año —interrumpió con fastidio.

—¿Y tu marido? —tercer as bajo la manga.

—Él está feliz con la noticia —cambió de expresión— es más, no sé hasta qué punto fue su idea, porque ya lo habíamos conversado antes, pero yo tenía mucho miedo de aceptarlo. Anoche decidimos que vamos a hablar con mis papás para contarles —explicó segurísima— no ves que tengo que vivir con ellos hasta conseguir trabajo y terminar la U —aclaró como si nada.

—Lo tienes todo resuelto, ¿no? —dije por decir algo.

—Que no seas la única razón no significa que no sea por ti, Nachito.

—Y yo ¿dónde aparezco? —pregunté por preguntar algo.

—Si te portas bien te voy a ascender —soltó como una sentencia. Flor imperial sobre mis ases, mi manga, mi partida...

Me atoré, más que con mi propia saliva, con esa proposición de reemplazo y vida eterna, un golpe de timón al que parecía no poder (¿querer?) negarme. Era una decisión tomada en la que yo —que no era lo único pero también lo era, inentendiblemente— no tenía parte. Disimulé, tragué el bocado y correspondí a su habitual sonrisa con un beso, sí, tal cual, como el de Judas.

Ella volvió a clases y yo salí a la editorial para corregir unos folletos de higiene dental. En el camino pensé de nuevo en la cristalería y el terremoto: ¿cómo pasé —¿sin darme cuenta?— de una aventurilla a una relación con ínfulas de indefinida? Hasta ese momento no me había puesto a pensar en lo que haría si se divorciaba, porque nunca consideré que ésa podía ser una posibilidad real; ¿cómo una mujer como Sofía, acostumbrada a complacer a su familia y a vivir en medio de lujos, pretendía separarse del marido y cambiarlo por

alguien como yo, que ni siquiera tenía certezas sobre mí mismo, con un trabajo esporádico y mal pagado, con ese odio visceral hacia el género humano casi sin excepciones, inestable, que no podía certificar ninguna relación afectiva perdurable?, y tanto o más: ¿A qué se refería con eso de que el marido estaba feliz con la noticia y que no sabía hasta qué punto había sido idea de él? Por un momento tuve la impresión de que Sofía lo tenía todo calculado.

El sueño venció al susto ya entrada la madrugada, poco después de decidir que debía poner las cosas en claro y tomar distancia para que ella no desbaratara su vida rosa ni me disfrazara de suplente; eso mientras me la sacaba de la cabeza, porque ya había sido suficiente de aventuras (extra)maritales para un supuesto ermitaño come-mierda. ¿Cómo lo haría? Debía obligarme a no pensarla y, cuando la viera, no ceder a las artimañas tan tiernas con las que me había embaucado en la banquita del bestiario universitario.

Parecía tenerlo bien decidido, pero ni bien lo decía, me descubría con el gesto idiota de la ilusión, maquinaba la posibilidad de postergarlo unos días y me reprochaba la mala suerte de haber conseguido una relación sin compromisos ni futuro y perderla en cuestión de días, incluso sin haber recalado en su cama. “Todos nos ponemos estúpidos con el amor”, me repetía, a veces con rabia, a veces con miedo.

A la mañana siguiente sucedió algo más inesperado todavía: cuando llegué a la universidad con la intención de lanzar la piedra y fingir demencia, Sofía no estaba. La busqué con pinzas entre sus amistades plásticas, irrumpí en las aulas —en la biblioteca no hacía falta— hasta grité su nombre en la capilla al momento de consagrar el vino. Fui varias veces a nuestras habituales escaleras, pero solo al final de la jornada la encontré. Ahí mismo, agazapada y *llorando a la sombra de un muro, como una magdalena*.

—Te he buscado por toda la universidad desde la mañana...

Me miró melodramática.

—¿Qué pasó?

—Que todo salió mal —soltó un gemido, más de viuda que de divorciada— mi vida es una desgracia —extendió los brazos en busca de los míos.

“Solo faltan los violines”, pensé de mala gana, firme en mi pose de matador.

—Anoche mis papás se pusieron como locos; nos dijeron que no puedo quedarme en su casa, que somos egoístas y no nos importa dejar sin hogar a nuestras hijas; me reprocharon que soy una mala madre —volvió a llorar.

Accedí a su abrazo con un hálito de resistencia. Era tan difícil mantenerme indemne; no podía ser tan cruel con alguien que, al parecer, desarmaba su vida por mí (aunque no solo por mí, ¿o sí?).

—Perdón, perdón, perdóname Nacho, perdón por todo esto... —ocultó la cara entre las manos— no quería que me vieras así, no quería que te enteraras... yo quería venir con buenas noticias, con ilusiones para los dos —me apretó y acarició mis manos.

—Tranquila, respira con calma —pedí aún con lástima más que dulzura.

Escondió la cara en el regazo, hipando, como si así disimulara su vergüenza por estar en ciernes; tal vez ésa era su forma de acercarme, de pedirme que me quedara con ella a pesar de que su 'mundo konitos' se derrumbara. Casi no importaba ya si aquello era un berrinche de niña mimada o la súplica de una mujer atrapada entre convencionalismos.

Me sentí extrañamente miserable.

—¿Me quieres? —susurré con culpa.

—No sabes cuánto.

—Ven —dije con la batalla perdida.

Me miró con algo de desconcierto, como si hace rato hubiera perdido esa esperanza.

—No tengo a dónde ir, no tengo trabajo ni estudios y no puedo llevar a mis hijas a vivir en una pocilga.

—No van a vivir en una pocilga —aseguré sin sustento.

Alzó la vista.

—¿Y qué dice tu esposo?

—A él también le cayó de sorpresa la actitud de mis papás. Se puso a discutir con ellos, a defenderme... no soy una mala madre por hacer esto, ¿verdad? —le preguntó a su cómplice.

—¿Qué te dijo él? —esquivé.

—Anoche, después de lo de mis papás, me invitó a tomar un vino hervido para tranquilizarnos y nos pusimos a hablar. Hace tiempo que no lloraba tanto...

—Ya no llores —pedí insensato.

—A la segunda copa de vino, el Jonás se sinceró conmigo más que nunca; me confesó que se siente atrapado, aburrido, que a veces quisiera renunciar a todo y desaparecer.

—Renunciar —repetí.

—Él tampoco quiere estar conmigo —sacó un *kleenex*, se secó los ojos y se limpió la nariz con aspaviento— me dijo que prefiere que lo sepa por él y no engañarme como hacen los demás.

—¿Así sin más?

—Yo sospechaba desde hace meses que andaba en algo raro, pero recién anoche se atrevió a contarme sobre una asesora que contrataron en la empresa...

—¿Tu marido tiene novia? —la pregunta sonó rarísima.

—No sé... me dijo que no ha pasado nada, que quería primero hablarlo conmigo, por respeto...

—¿Respeto? —murmuré.

—Lo importante, Nacho, es que él no se opone a lo nuestro.

—¿Lo nuestro, de nosotros?, ¿lo suyo, de ustedes?, ¿lo de quién con quién?

Levantó a ver.

—Lo nuestro.

—¿¿Le contaste de nosotros??

—...

—¿Qué?, ¿cómo?, ¿por qué? —retrocedí al borde del aneurisma.

—No te alteres, Nachito, que solo le dije que había alguien que me gustaba... es que ya no quiero tener más secretos —se abrazó.

—Pero no le dijiste mi nombre, ¿cierto?

Asintió.

—Tranquilo mi amor, que no te va a pasar nada.

—¡Cómo que no me va a pasar nada! —sobredimensioné apenas, con su "mi amor" supurando en mi oreja— ya mismo aparece por aquí con un bate... debe estar buscándome por los pasillos, pateando las puertas de las aulas —entré en pánico— ya habrá averiguando en dónde vivo, a estas alturas mis papás deben saberlo todo, mi mamá estará llorando, culpándose, mi papá con preinfarto... me van a echar de su casa, me van a excomulgar de la familia... mientras más lo pensaba menos necesitaba sobreactuar para darme cuenta del embrollo en el que estaba, hundido, delatado por la misma infiel, muerto en la trampa sin haber probado el queso, sin haber pecado de muerte, ¡maldita sea!

Me levanté, manos en la cabeza, vientre hueco —necesito sentarme —busqué— pero no aquí, no pues... ¡no así, Sofía!

—Escúchame un segundo —me jaloneó hasta que me sentó a su lado— él ya sospechaba y preferí decírselo por mi cuenta antes de que se entere por otro lado.

—Yo me siento delatado —hiperventilé.

—Él ya lo sabía, por eso le tuve que contar —subrayó.

—¡Lo nuestro!, ¿lo nuestro?... lo nuestro —suspiré.

—Está todo bien, en serio, es más, cuando se lo conté, se rio, me dijo que esperaba a ver cuándo se lo iba a confesar.

—¡Qué oportuno! —intenté un sarcasmo.

—Es más, me pidió que te dijera que no tiene problema con que tú y yo salgamos, solo quiere que me cuides...

—¿Y no querrá darme sus recomendaciones en persona?

—No me estás ayudando —tragó saliva.

—¿Cómo pudiste decirle mi nombre? —insistí.

—Ya tranquilízate, que no sabes cómo son las cosas.

—¡Mierda!

—Nacho, quiero que entiendas algo: no tengo a dónde ir, no tengo a dónde llevar a mis hijas —me tomó de las manos— así que el Jonás me propuso que sigamos viviendo en la casa hasta que yo consiga un trabajo y reúna dinero para independizarnos. Vamos a hacer nuestras vidas por separado, entiéndelo, sin intimidad, sin compromisos ni nada, así yo me puedo organizar mejor y él puede estar todo el tiempo que quiera con mis gordas —explicó como quien dice una obviedad.

Estaba aturdido. Llegué con la intención de terminar con ella, en el camino me arrepentí y ahora me sentía dolido por su decisión de separarse y no separarse del marido, como si en el fondo hubiera querido que eso (¿cuál?) sucediera.

—¿Cómo me pides que confíe en ti?...

**segundo óleo de
Camilo Zambrano:
la muerte**

Ante sus propios ojos incrédulos, Camilo camina hacia un túnel de luz, borroso, como un espejismo. La incandescencia a su alrededor lo ciega, lo tranquiliza y lo tienta a acercarse con un impulso irresistible. A su entorno, la comarca se extiende entre recovecos y cuevas, lomas y tejados; a su frente, el túnel se abre paso en el vientre de una montaña, puerta hacia otra dimensión, hacia un universo al que Camilo camina decididamente.

Entonces, se reconoce entrando al túnel de San Juan; un vapor pegajoso y ácido lo rocía de angustia, tiene que alejarse, correr, debe lavarse de la inmundicia que cubre sus paredes cóncavas, el olor a fermento, cloaca que revuelve su estómago al punto de hacerle vomitar las entrañas, y aunque Camilo sucumbe ante su propio horror todavía camina, autómeta, trastabilla, se adentra con los pies descalzos sumergidos hasta los tobillos, atraído por un susurro incomprensible, cautivante, que lo obliga a continuar, no importa la pestilencia, la secreción negruzca que supura de las paredes y cae burbujeante, babosa, y se pierde en un río que avanza lerdo hacia el interior del túnel.

Se ve desnudo. Pero su cuerpo está pintarrajeado, su piel está cubierta por colores y formas conocidas: son los rostros de sus hijos, su mujer, son los mutilados de sus cuadros, la sangre, la violencia, el fuego que destruye, las lágrimas, la crueldad exacerbada; siente que la pintura le quema la piel, le carcome con un escozor incontenible, se asfixia, debe remover el óleo que lo embadurna y no encuentra más remedio que lavarse en ese río de secreciones, se refriega, se rasguña hasta el desgarró, aúlla pero las imágenes persisten en su cuerpo sumergido a medias en la podredumbre, se sienta y el hedor lo sofoca, trata de incorporarse y no puede, resbala y cae de bruces, se retuerce, no topa el piso, se hunde en

un río más profundo todavía, como si el túnel se hubiera inundado; se desespera por salir, no quiere ahogarse, no quiere tragar la excreta en la que se mueve pero sigue cayendo sin remedio; entonces se da cuenta de que no hay más aire que respirar, no hay más burbujas que eructar, ya no respira, no lo necesita, es como un sueño, la pintura por fin empieza a desdibujarse y deja su piel al descubierto. De repente lo alivia una paz que parece inacabable, trance hacia la nada, vacuidad última, interrumpida por un chispazo, un extraño pensamiento que trasluce en su mente, “así mismo se debe sentir cuando llega la parca”, vislumbra, el presentimiento de la fatalidad, la conciencia de la muerte, “debo estar muerto, ya no respiro... el infierno... ¡la mierda!”, el bullicio vuelve, carga de cañones y cornetas, redobles, consignas, alaridos, ruegos, náuseas, y entonces patalea, intenta asirse a algo para salir pero no hay nada, cae indefinidamente en un océano de heces, perdiendo tras de sí cualquier esperanza.

De pronto toca algo con el pie, imagina que es un cuerpo destripado y se impulsa sin verlo, aterrado, cierra los ojos, quiere gritar pero su voz se apaga en la garganta llena hasta los pulmones del caldo en el que se sume, debe mirar, no quiere, abre los ojos y se encuentra con un hombre cortado a la mitad que le extiende una mano desesperada en plena caída y recuerda sus cuadros, lo reconoce y sigue luchando por salir a la superficie, agarra otro cuerpo que baja a su lado, una mujer que carga a un niño en sus brazos, parece resignada a su suerte, acaricia al hijo con ternura pero éste se deshace con cada roce como si fuera de arena, y se hunden hasta desaparecer en la oscuridad de ese mar; un muchacho vestido de militar que llora mientras se aferra a su pierna destrozada, otra pintura, todos caen, desfallecen con gemidos y súplicas, más cuerpos, más desolación, un escalofrío lo recorre, lo golpea, lo alivia y en un instante se cree liberado de un peso, no comprende, comienza a ascender, casi puede ver la superficie, patalea, bracea, sube y entonces mira hacia abajo, al abismo, y se ve a él mismo cayendo, las cuencas vacías, el cráneo pelado, hundiéndose mientras ese otro él persigue la luz, y no sabe si detenerse, rescatarse, dejarse

caer y volver a su mundo de cadáveres o seguir subiendo, sí, la luz, una liberación... un suspiro.

Por fin la luz.

**la casada infiel:
tercer movimiento**

El miedo se apoderó de mí apenas escuché la voz del marido afuera del departamento. Yo me había instalado con una familiaridad bastante irresponsable en un sillón de la sala matrimonial, como borreguito al pie del matadero.

—*Hi baby*, vine a ver mi equipo, me voy al *bowling* con el Georgie y el Tommy, ¿te interrumpo? —preguntó, sardónico, a la vez que entraba.

—Es que está aquí el Ignacio —contestó Sofía en voz baja.

La tozudez del encantamiento y la ceguera de la cachondez me habían hecho confiar en que el marido no aparecería por la casa a esas horas y me llevaron a sentarme ahí, cómodo, estúpido, crédulo.

Cuando entró y me vio, sonrió con una cordialidad que rayaba en lo absurdo, me extendió una mano fraterna, preguntó cómo me iba y propuso conversar —no ahora, claro, voy de salida— lo antes posible. Balbucí algo con el corazón en vilo y devolví la sonrisa. Se marchó con la misma alegría tres minutos después.

—¿Te das cuenta de que el Jonás no te va a hacer daño? —dijo Sofía, con el rostro iluminado, apenas lo despidió en la puerta.

—No entiendo nada —resigné mientras recuperaba el color y me sentaba en el mismo sillón.

—Ya ves, mi amor, sus bolos le interesan más que yo, ¿por qué crees que nos va tan mal? —justificó con despecho.

Se sentó a mi lado y me abrazó como si quisiera abrigarme.

—El Jonás se fue a jugar unas dos horas y las niñas se quedan a dormir en la hacienda con mi suegra, ¿qué te parece si...? —sonrió con la travesura pueril clavada en los ojos. No terminó la idea, al menos no verbalmente. Se incorporó, me tomó de la mano como a doncella y me llevó a su dormitorio de mujer casada. Cerró la puerta con seguro y apagó la luz.

—¿Te gusta la oscuridad? —intentó un tono sensual.

—No especialmente...

—¿Prefieres que encienda la luz? —volvió al tono habitual.

—No, no, déjalo por si tu marido regresa y tenga que escabullirme.

—La verdad es que me da vergüenza que me veas sin ropa —completó.

—¿Dónde estás? —la busqué a tientas.

—Aquí —contestó con un abrazo por la espalda— quiero que ésta sea una experiencia que no olvides nunca —sopló en mi oído, de vuelta al tono *fatale*.

—¿Algo así como una experiencia del tercer tipo? —intenté un *gag*.

—No te entiendo —mordió las palabras en mi oreja.

—Claro, el segundo tipo está jugando bolos, por eso es que aprovechamos —solté una carcajada.

Me dio vuelta y me besó. Al parecer, había encontrado una manera de callarme, y funcionaba.

La noche besa tu rostro con ojos de luna; las estrellas se cuelan tímidas y observan desde la ventana cómo te desnudo botón a botón. Las lámparas tragan sus gritos de luz para ocultar tu pudor de adolescente, para que te atrevas a tocarme y olvides tu mundo de prohibiciones.

Estás fría. Me abrazas y buscas mi cara en las sombras; sabes que te miro y temes y sigues fría. Aún me buscas y tu vientre empieza a tiritar. Me encuentras a tu lado y ríes. Tu boca se encadena a los lóbulos de mis orejas, al cuello, a los brazos que se multiplican para atraparte.

Desciendes con cadencia hasta sentirme dentro, hasta que tus ojos se entrecierran tras el cabello púbico. Descubro el trazo de tus caderas con el pincel de mis dedos; tu cuerpo riela sobre mis caderas, levanta en su roce el aroma a sándalo de tu piel. Dejas que mis manos se escurran de tu espalda y bajen hasta las sábanas, olas petrificadas entre tus muslos de cera. Delineas con tus dedos de aguja mi semblante roído; me dejas jugar con tus senos y sonríes. Mi lengua te recrea húmeda en la oscuridad mientras te inclinas sobre la nuca, te derrites y marcas mis hombros con tus uñas.

Te empujo de súbito a la cama; te miro y ya no temes, ya no tiembles y vuelvo a mirarte y me poso sobre tu cuerpo marfil con esta euforia que calcina, fragua sin tiempo, sin óbices ni culpas.

Que no se enfríe la forja del lecho nuevo, que no acallen tus formas el zumbido de los ventanales, que no encuentre paz esta agonía de delicias que has inventado, que no haya rendición plausible, que el escarnio para ellos sea tu jadeo satisfecho...

**tercer óleo de
Camilo Zambrano:
el desencanto**

El cuarto de hospital era blanquísimo, como salido de un comercial de detergente. Cuando recobró la conciencia habían pasado casi dos semanas. Al principio le costó aceptar que aún estaba vivo, que no habían sido más que pesadillas resultantes de la concusión y la anestesia: una pierna rota en dos partes, dos costillas que le perforaron un pulmón, un brazo, la clavícula, tres huesos de la mano, una muñeca, la mandíbula fisurada, cuatro dientes, un pómulo trizado, la nariz hundida.

Apenas despertó, se desilusionó por saberse vivo, lleno de vendajes, yesos y sueros, con el dolor insoportable del cuerpo quebrado, la cara en un solo latido y las punzadas insufribles en el vientre. Una hora después, intentó responder a las preguntas de una enfermera pero estaba demasiado aturdido, no tenía identificaciones, nadie sabía quién era y las vendas, las heridas y el implacable dolor imposibilitaban cualquier reconocimiento; era un fantasma, más bien una momia, ni siquiera podía abrir la boca para decir su nombre, no podía escribir o dar alguna pista sobre su vida, algo que sirviera para los registros, para los familiares. La boca inmovilizada con alambres y el agudo dolor maxilar le impedían mediar palabra; el brazo derecho se había convertido en un bulto de yesos, desde el hombro hasta la punta de los dedos, y la otra mano, con tres dedos rotos, había soportado una operación de dos horas para reconstruirle varios ligamentos y tendones.

Así permaneció de incógnito durante un mes más, adormecido por los analgésicos y confundido, hasta que por fin el dolor comenzó a ceder, recuperó algo de voluntad y movilidad en su mano derecha y pudo escribir con decepción su nombre: Camilo Zambrano. Al día siguiente, su hermano Pablo fue al hospital a reconocerlo, a verificar si en realidad estaba vivo. Cuando entró a la habitación, exigió que el convaleciente revelara datos confidenciales para asegurarse, direcciones, nombres y hasta recuerdos compartidos, y solo

después de tan desesperante trivía, soltó un sollozo y se abrazó al bulto que todavía era su hermano. Luego de casi diez minutos de lágrimas pudieron “conversar”.

—Recibí tu carta —comenzó Pablo.

—No he tenido cabeza para eso —respondió en un papel.

—No te preocupes, que los chapas de mierda que te hicieron esto, la van a pagar —continuó.

—¿Qué pasó? —preguntó intrigado.

—Tenemos a dos sargentos y un capitán detenidos por intento de homicidio; no sabemos si hay más gente involucrada pero estoy seguro de que les van a hacer hablar a esos desgraciados —frunció el ceño—, no tienes idea del alboroto que se ha formado en Quito con este asunto, los periódicos, la televisión, las oenegés de derechos humanos, los intelectuales de izquierda, todos te han tomado como ejemplo de lucha y persecución; hasta hicimos una marcha frente al Palacio de Gobierno, más de quinientas personas vitorearon tu nombre, cargamos pancartas con fotos y reclamos, fue algo conmovedor.

—¿Y qué más? —escribió Camilo con pesar.

—Nos dividimos en grupos para asegurarnos de que no metieran mano en la investigación: unos en la Policía, otros en la Fiscalía y en el retén donde les tienen a los asesinos; vigilamos tu casa, el departamento y el taller. Es increíble, estos degenerados entraron a tu departamento de la Floresta y rebuscaron todo, encontramos papeles quemados en el escusado, los muebles volteados, los armarios vaciados... por eso tuvimos que estar en cada inspección, incluso cuando fueron a la laguna de Colta con buzos, estuvimos los tres días de búsqueda —se quedó callado, alzó la mirada al tumbado y contuvo la respiración— ha sido un calvario, mes y medio de suplicio, sin tener ni un cuerpo para enterrar, ni un pedacito... tus hijas están destrozadas —lanzó un gemido— les dijimos que estabas de viaje pero ya sabes cómo son los medios, querían que estuvieran en las manifestaciones, que hablaran, que se fotografiaran con tus cuadros. Úrsula pasa sedada

gran parte del día o en silencio frente a la ventana de tu cuarto, a la espera de que regreses; ella se culpa por haberte cerrado las puertas de la casa.

—¿Y las pinturas? —volvió a escribir.

—Eso ha sido lo único bueno —se limpió las lágrimas con el dorso de la mano— como me lo pediste, retiré los cuadros del taller y los llevé a mi casa. No he querido venderlos, aunque tengo ya cinco o seis buenas propuestas. Hasta el alcalde me pidió que le vendiera un par.

—¿A cuánto? —preguntó.

—A veinte mil cada una —respondió más animado— pero eso es lo de menos, el dinero no es problema... le vamos a meter una demanda por más de un millón de dólares a la Policía.

—Pero estoy vivo —escribió.

—Gracias a Dios, ésa ha sido la mejor noticia de mi vida —sollozó—. Ahora solo debes pensar en recuperarte, porque nos esperan declaraciones, audiencias, entrevistas, reportajes, el país entero quiere oír tu historia...

Camilo intentó moverse dentro de su armadura blanca, escribió algo en el papel y se lo mostró a Pablo:

—¡Se jodió todo! —decía.

las reglas del juego

La presencia de Sofía me consumía de manera progresiva; los últimos acontecimientos se mezclaban en tropel, sobrepuestos y hacinados, como si fuera una estrategia inconsciente de mi cabeza para invisibilizar las púas entre las que ese amor de hojalata se atrincheraba y sobrevivía. Me había obsesionado de tal forma que no solamente la tenía bailoteando en mi cabeza con recuerdos edulcorados sino con idealizaciones de adolescente que maquillaban su desconocimiento proverbial de casi cualquier tema o borraban de mi campo visual esos dos lunares que prefería ni tocar o las estrías del vientre que ella escondía al borde del puchero. Ya ni siquiera me acordaba de la literatura; los libros que antes leía con voracidad ahora reposaban en un cajón, olvidados, y esa vocación que me martillaba el seso noche y día parecía haberseme esfumado por la entrepierna. Incluso dejé de juntarme con Mario y Diego —de Camilo no supimos más—, porque estaba ocupadísimo con tantos besos como para desaparecer entre las borracheras y las resacas indispensables de la Hermandad de Huérfanos Antisépticos.

En mis escasos momentos de lucidez, lejos de la nube letárgica del amor con sexo, podía percibir —igual que en una película o, más bien, una telenovela— cómo la situación se me iba de las manos con cada frasecita y ensoñación; me sentía ridículo, impotente y me martirizaba con mi propia candidez emocional y enclenquería ideológica —como bauticé a la retahíla de eufemismos con los que me embobaba—; entonces me entraban unos impulsos bestiales, me envalentonaba y decidía terminarlo todo apenas la viera, alejarme del marido desquiciado que cada vez era más gentil conmigo, de los papás enfurecidos, las hijas fantasma, las amistades rosa, el compromiso como condenación eterna a costa de su sonrisa invariable, nada más, solo ella, indefensa, desnuda, perdiendo el miedo a mi cuerpo, entregándose... Mierda.

Hasta ahí llegaban mis ínfulas.

En esos malabares andaba cuando, después de agotar todos los pretextos, tuve que sentarme a hablar con el marido feliz. Sacó una botella de whisky y me sirvió un vaso.

—Es una situación bastante rara —vacilé ante su cordialidad, que a esas alturas me era más que sospechosa.

—Fresco, huevón, *take it easy*, que quiero que hablemos como amigos —continuó sorbiendo un trago— la situación es que la Sofy y yo llevamos como siete años de casados, *you know*, más dos de novios son nueve, y si a eso le sumas que nos conocemos desde hace veinte años... ya te imaginarás cuánto nos conocemos —gesticuló— es así de sencillo, *buddy*. Por eso decidimos separarnos, pero todo se complicó porque mis suegros son muy tradicionales, gente de otro siglo que nos puso en una situación incómoda... —se alzó el resto del vaso, crujió los hielos y completó lleno de confianza— *disgusting*.

—Mi mamá se puso histérica; no la había visto tan alterada desde que le dimos la noticia de mi primer embarazo —interrumpió Sofía, con un toque de complicidad y tono anecdótico.

—Yo sé que ustedes salen juntos desde hace un par de meses, y lo supe incluso antes de que la Sofy me lo confesara —la miró de refilón con un atisbo de sonrisa.

—Nos conocemos desde hace unos meses, pero esto sucedió... —intenté justificar. Me zampé un bocadazo que se regó por las comisuras de mis labios.

—*Indeed buddy*, yo no me opongo a que la Sofy esté contigo, si eso es lo que quiere, *so be it* —siguió con desenfado—. *Now*, antes de comenzar a pelear y a insultarnos como todo matrimonio, nosotros preferimos buscar en otras personas lo que nos hace falta, ya sabes, *if you love someone, set them free; if they come back, they're yours; if they don't, they never were* —miró a Sofía con picardía, ella devolvió una sonrisa a medias y yo hice un ademán de incorporarme, no sé para qué.

—*Calm down, little friend*, no quiero que pienses cosas que no son —detuvo mi gesto con la mano— pongamos las cosas en claro: yo amo a mi mujer y ella me ama, solo que nos

hemos aburrido un poquito el uno del otro, tú entiendes, y por eso hemos decidido abrirnos al mundo sin dejarnos o engañarnos, *you know*, hay que curiosear, *jhahaha!* —casi se atora con un hielo— ¡aahh!... a veces vale la pena tener un par de, ¿cómo se dice en español?, *silly affairs* —gangueó con suspicacia.

Aunque no comprendí bien, me salpicó la idea de que éste era un juego conocido para ellos. Me vino a la cabeza los *Exiliados* de Joyce.

—¿Cómo te puedes arriesgar a que tu esposa se enamore de otra persona? —pregunté desconcertado.

—Eso no es amor, ¿Ignacio, verdad? —asentí con la cabeza— tú sabes que el amor es más que darse besos; *now*, yo le conozco a la Sofy mejor que a mí mismo —suavizó el tono hacia ella— sé lo que siente, sé cómo piensa, sé lo que le gusta y cómo le gusta... *jhahaha!*, sé de sus caprichos, de sus ganas de atención... son siete años de vivir juntos, *bro, you know what is that?*, ¿si cachas eso?, de vernos las caras *everyday and every night* —canturreó a lo Bob Marley.

Menos mal me habló, porque pensé que me había vuelto invisible.

—*Relax li'l buddy* —volvió a mí, regodeándose— no te sientas mal, pero las cosas como son, por extrañas que parezcan, *you know*, tómate esto como un experimento, no como una competencia: si de aquí a un mes todavía les pican las manos, por mí perfecto, pero primero veamos cuánto les dura la comezón —se tomó otro gran sorbo y me ofreció llenar el vaso.

El marido feliz exhalaba tanta confianza que la habitación apestaba; su arrogancia, sus sonrisitas de niño bonito, sus palabras gringas y sus poses de galán indiscutible me resultaban insoportables. Me invitaba un trago para entregarme a su esposa como quien encarga una mascota. Él tenía las riendas de la situación y quedaba claro que sabía cómo hacerme entender que yo no era su competidor, que no era un peligro real para su ego, porque yo iba de paso por sus vidas y el cretino-amable estaba tan seguro de sí mismo y sus rulos colorados que permitía que su mujer tuviera una aventura en sus narices. Tal vez

quería averiguar hasta dónde llegaría “la Sofy” con su capricho. Quizá quería entretenerla para que no se entrometiera en su romance.

—Y entonces, ¿te arriesgas a jugar con nosotros? —preguntó en tono promocional, sonrisa perfecta y otro whisky en la mano.

A fuerza de razones maltrechas susurradas con desnudez, me convencí de que el marido de Sofía era un petulante que estaba de salida en su vida y que sus advertencias veladas eran apenas los estertores de un desahuciado que moría por aparentar algunos gramos de dignidad.

Una vez pasados el susto y la impresión vino la burla, tal vez como un bálsamo ante el pavor a esa realidad que el Colorado tan gentil me había mostrado. Me reí de sus poses, de sus gringadas, de sus cuernos. Y Sofía a secas se reía conmigo hasta que, en algún punto de la jarana, tocábamos un lindero sensible y ella se entristecía, bajaba los brazos, la mirada y el apetito que nos unía tanto, que nos liberaba del mundo plantado fuera del umbral de su dormitorio de esposa con antojos.

Las sesiones amorosas, en las que desvirgamos cada cavidad y apéndice del atlas anatómico, consumían nuestras tardes sin mediar palabra; yo me sentía un Maqroll navegando por los vericuetos del mar de Ilona, olvidándolo todo una y otra vez. Nos descubrimos ciegos en las sensaciones de la carne, yo por mi exceso de rabia contra el mundo; ella, sobreviviente de un matrimonio pacato que no entendía de gavieros ni vericuetos.

Cerrábamos la puerta de la habitación y todos los problemas, los rumores y las sospechas quedaban fuera entre risas y planes absurdos. Cuando nos adormecíamos después de hacer el amor, despertábamos con los sobresaltos del retorno a la cotidianidad impuesta, la hora, las hijas, el marido, y nos vestíamos a prisa para abrir la puerta como si así echáramos a andar el mundo de nuevo. A veces descubríamos que aún teníamos tiempo y nos quedábamos retozando desnudos; yo me dejaba investir por un valor extraño, mezcla de

estupidez y resabio, abría el cajón del velador del tal Jonás mientras tarareaba una canción de alcoba —algo de Joaquín Sabina, que para entonces no era de predilección de las quinceañeras—, y sacaba airoso sus cigarrillos, encendía uno y me lo fumaba pensando en qué más se le podía arrebatar a un hombre: su cama, su mujer, sus tabacos, y me sentía como un luchador que levanta los brazos airoso mientras pisotea a su rival vencido.

*“Peor para el sol
que se mete a las siete en la cuna
del mar a roncar,
mientras un servidor
le levanta la falda a la luna...”*

Entonces, ya en el túnel sabatiano, me desbocaba hablando de las decisiones que debíamos tomar para perennizar esos momentos y borrar de la faz de la cama a su marido. Y claro, una de esas tardes, envalentonado en su abrazo, le propuse que dejara de una vez al Colorado y alquiláramos un departamento para vivir juntos.

—Como quieras, mi amor...

Los días siguientes pasaron con prisa, entre anuncios del periódico y visitas a departamentitos en las que fingíamos ser una pareja recatada que buscaba hogar: tomados de la mano, imaginábamos en voz alta —para gusto de quien nos recibía— el uso que daríamos a tal habitación, dónde colocaríamos la cama, un sofá, un librero, a las hijas fantasma... y aprovechábamos cualquier descuido del anfitrión para apretujarnos y susurrarnos obscenidades impropias de un matrimonio católico.

Cuando encontramos una opción viable a los ahorros que yo guardaba, nos apresuramos en cerrar el trato, tan urgidos que andábamos, y acordamos vernos ahí esa misma tarde para planear la mudanza. Solo restaban un par de detalles: debía sacar la ropa y los libros de la casa de mis papás, y Sofía debía separarse del marido. Apenas.

Con la tarde libre por delante, me senté en el tablado de la que sería nuestra habitación y recordé que en mi mochila aún guardaba el Cuaderno de Puteadas, otro damnificado de ese amor a destajo. Me sorprendí con la sonrisa de quien se acaba de reencontrar con un viejo amigo y comencé a revisar los fragmentos que una tarde me parecieron geniales y que al día siguiente deseché; “no están tan mal, después de todo”, pensé ablandado, “bien podrían valer algunas líneas”.

Allí mismo, agazapados de los márgenes, náufragos entre oleadas de hojas mustias, había versos ajenos que repisé hasta el hastío y repetí mil veces frente al espejo de la

adolescencia... *mientras por competir con tu cabello, oro bruñido al sol relumbra en vano, susurraba con solemnidad Góngora; ella vive en mi mente solitaria, la veo en las estrellas de la tarde, confesaba con voz pesada Darío; tú eres total y breve, de todas eres una, sonreía Neruda; ¡oh escándalo de miel de los crepúsculos! ¡Oh estruendo mudo!, gritaba Vallejo.*

Imbuido por un romanticismo detestable a esas alturas de la vida, me propuse escribir algo para Sofía aunque para ello debiera encandilar al monstruito de mi incapacidad asumida para hacerlo. Hojeé, ojeé, resoplé, di vueltas en círculo y, ante la resequedad del intelecto, salí en busca de una botellita de Caña, un poco para celebrar, un poco para afinar la pluma.

Inverosímilmente, terminé un texto dos horas más tarde, malogrando apenas un par de borradores y, por supuesto, balbuciendo de la beodez. A falta de buen juicio, decidí aprovechar la valentía para ir a casa de mis padres a empacar, con la esperanza de que no hubiera nadie y no tuviera que dar explicaciones, nada de confesiones sobre mujeres casadas.

Dejé el escrito en medio del piso del dormitorio, junto a una nota en la que le pedía a Sofía que me esperara ahí a las ocho de la noche. Imaginaba lo feliz que se sentiría al leerlo y cómo empezaríamos la vida entre las paredes vacías de ese nuevo mundo.

Quiero encontrarte en las esquinas que se fracturan por las noches y hablarte con el rumor de la ciudad; quiero dormir con tu sonrisa entre mis sábanas y despertar con el resplandor de tus ojos como un arrullo que devora el silencio y atraviesa las sombras con su destello.

Pero el tiempo derrite las horas y las vuelve memoria, y tú jamás podrías ser pasado, porque el pasado es helado y tú eres cálida, eres la vida que se escapa por entre los dedos y cae. Y cae interminablemente, rozándome a su paso, tejiendo remolinos sobre mi piel estremecida por tus palabras. Tócame; tócame siempre con el cabello que cabalga encendido en el viento. Tócame. Siempre.

Voy a engendrar un beso con la ternura de tus manos para que vuele hasta tus labios y lo creas tuyo; y voy a abrazarte como la lluvia que se funde en tu vientre de niña, porque eso eres: un gesto furtivo en mi rostro, anclado súbitamente como una daga inmensa, intensa, clavada hasta mis huesos amarillentos de cigarrillo, de ese cigarrillo consumido lento entre tus dedos y mi boca, en volutas de tiempo que cuelgan grises de mis ojeras.

Déjame inventarte un nombre para gritarlo cuando esté solo; uno que no muera con las lágrimas y no se esfume en el aire; que retumbe en tus oídos para que sientas a lo lejos que te busco, que deambulo por las calles negras y te necesito y te espero. Yo que me hundo en el fango de tu destierro nocturno, que debo coserme un adiós en la espalda cada crepúsculo y soportar una partida tras otra, siempre cargadas de luto. Yo que te pinté en mi pecho con hilos de canela y cobijé tus desvelos febriles...

Ahora lo recuerdas; te desnudas bajo mis días y te tiñes con mi piel de cenizas cansadas que florecen ante tu cuerpo, tímido, tierno...

Ahora vienes como antes. Ven y tócame. Tócame. Siempre.

Llegué a casa de mis papás intentando no hacer ruido, por si acaso alguien estuviera allí. Entré a mi dormitorio y empecé a colocar la ropa de los cajones en fundas de basura, las más grandes que encontré. Llené seis a reventar, cinco cajas con libros y dos mochilas con chucherías, a más de un par de afiches y un cuadro. Acomodé los bultos cerca de la puerta principal de la casa mientras silbaba la misma canción de Sabina y me servía un vaso de whisky, digamos como despedida. De repente escuché la voz de mis papás. Ni bien entraron, se encontraron con la escena del desastre familiar.

—¿Y a dónde vas?, si se puede saber —preguntó él.

—Es que arrendé un departamentito y me voy a independizar —respondí sin verlos.

—Yo te dije que algo le pasaba a este muchacho, que sufría alguna influencia venenosa —comenzó ella— que había que llevarlo donde el padre Espinosa, como en la época del colegio —me dio la espalda y le reclamó a él.

—No voy a seguir divulgando mis intimidades en la comunidad, ya estoy harto de que nos tengan lástima por culpa del insensato y vago de tu hijo —contestó.

—Hijito —exclamó ella, volviéndose hacia mí con tono mariano— te hemos dado todo lo que has querido, te hemos apoyado en tus decisiones aunque nos hayan parecido equivocadas, hemos pagado todos tus estudios —juntó las palmas en oración— te hemos dado libertad, hemos respetado tu silencio a la espera de que te dignes contarnos lo que te pasa, hasta hemos aguantado tu distancia de Dios, ¿qué más podemos hacer?

—¿Qué querías? —interrumpió él con vehemencia— que yo te compre el trago, que me sienta a beber contigo, que irrespete a tu madre, ¡que pisotee nuestros principios!... ¿o

crees que no nos damos cuenta de lo borracho que llegas, de las barbaridades que lees, de los horrores que escribes? —me miró inquisitivo— yo que pensé que estabas madurando por fin, porque en estas últimas semanas ya no apestabas a borracho...

—¿Así nos pagas todo lo que hemos hecho por ti? —preguntó ella, lágrimas en vilo.

—No gastes pólvora en gallinazos —ordenó él— tu hijo al parecer ha tomado una decisión.

—Y es mi decisión —musité con insinuación de desprecio, frenándolo a lo lejos con una mano mientras me alzaba alevoso el vaso con su whisky.

—¡No te atrevas a hablarme así! —subió el tono.

—Es la última vez que me gritas... —murmuré.

Él negó con la cabeza, dio unos pasos entre las cajas, se cubrió el rostro.

—Parece que la cabeza me fuera a reventar —se quejó— ojalá sepas lo que haces — y, sin siquiera verme, desapareció por las escaleras.

Mi mamá se quedó junto a las cajas, mirándolas, en un intento por descifrar su culpa en todo eso. Ella siempre asumía para sí los errores de los hijos, como si de esa forma nos cobijara en su regazo; a sus ojos yo siempre fui y sería inocente: si pasaba ebrio era por falta de cariño, si fracasaba en los estudios se debía a que no me apoyaba lo suficiente, si tenía una pelea en la calle era siempre culpa del otro. Quizá ésta sería la primera vez que no lograba justificarme. Ojalá hubiese sido así, porque al menos esa noche, y por fin, ella habría podido dormir con los ojos secos.

Cuando llegó el taxi, me abrazó y me besó, metió dinero en mi bolsillo y se quedó a mirar cómo el auto se alejaba. Supongo que habrá llorado su amargura a escondidas, igual que mi papá.

Aunque nunca he soportado ver que mi mamá llore, porque me provoca siempre suplicarle perdón —a pesar de que no tuviera de qué— no detuve el taxi, no corrí a confortarla, ni siquiera la llamé por teléfono...

A mi regreso al 'mundo real', el departamento estaba vacío. Arrimé los bultos en un corredor y cerré la puerta. Se podría decir que llegué con las justas, al borde de desmoronarme, luego de reventar la burbuja familiar de la que tanto renegaba. Sentía miedo. Sentía culpa. Y con la ausencia de Sofía, parecía un huérfano recién abandonado. Todo se veía más oscuro; las habitaciones ideales de hace unas horas no eran más que paredes desnudas, pintadas con ese tono azul-triste de la noche. Entré al dormitorio y encontré una nota pegada a la puerta, en la que Sofía me pedía que la encontrara en el Santa María a las nueve. Nada más. Ni una frase cariñosa ni un comentario sobre ese texto parido a punta de Caña. Miré el reloj, nueve y cuarto y, sin pensar más, salí hacia el café.

Apenas atravesé la puerta del Santa María me encontré con un cuadro inverosímil, como salido de la paleta del desaparecido Camilo Zambrano, imposible de prever o imaginar, digno de la mente perversa de algún ocioso que juega con el destino de la gente, allá en las alturas del paraíso. En medio del circo que se armaba a esa hora, el bullicio, las carcajadas y los rostros deformes de siempre, había una pareja que conversaba animada, al parecer compartía alguna anécdota divertida. ¡Maldita sea! era Sofía de lo más fascinada con ese estúpido pedante de Germán Sevilla.

Me les acerqué.

—¿Interrumpo? —pregunté a boca de jarro.

—Otra vez tú —rezongó Germán— Sofía, querida, te presento a un... conocido, Ignacio... ¿cuál era tu apellido? —dijo con sonrisota.

—¿Se puede saber qué haces con este idiota?

—Nada. Solo que tú no venías y él se acercó a conversar. No sabía que se conocían.

—Por supuesto que nos conocemos, señorita Guarderas... —comenzó meloso Sevilla.

—¿Por qué no te callas de una vez y te largas, Benedetti de bolsillo? —interrumpí fúrico.

—Tranquilo Nacho, no vayas a armar una escena —advirtió ella— por favor, él ya se va —pidió a ambos.

—Tienes razón querida, ha sido un placer —dijo Germán, besándole anacrónicamente la mano— lástima que la compañía no esté a la altura.

Sofía comenzó a sonreír, pero se detuvo ante mi gesto de indignación. Sevilla se levantó y se alejó.

—Ah, por cierto —volvió sobre sus pasos— casi me llevo este mamotreto que me pediste que leyera —dejó caer sobre la mesa el texto que le escribí a Sofía horas atrás.

“Touché”, debió pensar el imbécil churrigueresco.

Me quedé pasmado. Apenas desapareció, tomé la hoja y la revisé. Había tachones y comentarios en todas las líneas, escritas con fuerza y trazos amplios, al mejor estilo de una profesora de Lenguaje de tercer grado, y con tinta verde: Lugar común, tiempos verbales, punto y coma, ¿significante?, sindéresis, polisíndeton, cacofonía, ¿metáfora?, reiteración, adjetivación desesperante, redundante, obvio, cursi... eran algunos de los calificativos que más resaltaban.

—Yo estaba leyendo tu poema cuando él llegó, se paró ahí y comenzó a recitar algo de contar hasta dos o hasta diez, de contar conmigo, no sé, y después se sentó. Me dijo que era poeta, que me había visto algunas veces aquí y que las mujeres como yo no tenían que estar solas, que eso era un pecado, así que prefería acompañarme antes que dejarme pecar.

—¿Y esto? —señalé el papel rayado.

—Yo no quise enseñarle tu poema, pero él me lo quitó, lo leyó en voz alta y después se puso a hacerle correcciones.

—Ni siquiera es un poema... —estrujé el papel y hasta quise quemarlo con el fuego de la vela anaranjada que se consumía burlona en la mesa.

—Si sirve de algo, Nachito, a mí me gustó mucho —buscó mi mano con la suya— casi se me salen las lágrimas cuando lo leí —soltó su sonrisa sobre mi enojo— y después vino ese tipo a molestar... menos mal que tú llegaste.

—Al menos pudiste esperarme en el departamento; quería tanto encontrarte ahí.

—Es que no pude, sí quería, pero me llamó el Jonás y tuve que salir a resolver algo; solo entré a buscarte y, como no estabas, te dejé una nota —se justificó.

—¿Pasó algo con tu ex? —me aventuré a decir.

—¿Mi ex? —repitió divertida— lo que pasa es que el Jonás se va a Miami la próxima semana con mis hijas.

—¿Y?

—Y de eso quería hablarte...

—¿De qué?

—Que no puedo hacer nada porque él ya les contó del viaje a mis gordas y están súper emocionadas con ir.

—Que les vaya bonito —imaginé la luna de miel en su ausencia.

—El problema es que se van por quince días y...

—Quince días pasan volando, no te preocupes... —interrumpí impetuoso.

—Lo que pasa es que quieren que les acompañe, porque nunca nos hemos separado tanto tiempo; ellas son todavía muy pequeñas y son dos...

—¡Ja! —escupí. —¿Y ahora?

—No puedo arruinarles el paseo —completó con voz más baja.

—Pero la visa y los pasajes no se consiguen en cinco días —busqué un impedimento.

—El Jonás ya compró los pasajes y justo hoy tarde nos entregaron los pasaportes con la visa renovada, por eso me tuve que ir.

—¿Fuiste a la Embajada por la visa?, ¿cuándo fue eso? —descubrí.

—Hace unos días —se delató.

—¿Me dejaste arrendar ese departamento sabiendo que te ibas?

—Nacho, yo no planeé el viaje, yo no decidí nada.

—Pero, ¿le contaste a tu esposo que arrendamos un departamento?

—Más o menos, es que no es tan sencillo —volvió a justificarse.

—¿Le dijiste o no?

Se quedó en silencio mirando la mesa.

—Hace una semana le conté que estabas buscando un departamento, pero todavía no le he dicho lo de la separación.

—O sea que el departamento lo buscaba yo... —se me desmoronaba el castillito de naipes— ¿Y esperas que me lo crea así tal cual? —alcé la voz— son sus vacaciones familiares, ¿a quién quieres engañar, Sofía?

—¿Engañar?, por favor Ignacio —usó mi nombre por primera vez— todos los años nos vamos a Miami y no puedo dejar que mis hijas se vayan sin mí, ¿entiendes?

—Eso es lo que me asusta, Sofía, que parece que recién empiezo a entender.

—No voy a discutir contigo por esto. Si voy a ir es por mis hijas, me creas o no.

—Pensé que me ibas a ayudar a arreglar nuestro departamento —subrayé— que íbamos a llevar tus cosas.

—Eso de la mudanza no es tan sencillo, Ignacio, primero tengo que hablarlo bien con el Jonás, tendríamos que dividir las cosas, y están de por medio mis gordas, mis papás, entiende que esto no es tan rápido como quisiéramos, ni yo misma imaginaba que sería así de complicado...

—¿Te vas a echar para atrás?

—No lo compliques más, por favor. Tú sabes que una cosa es hacer planes, soñar, y otra es la vida real. Cuando hay que tomar decisiones, todo cambia —parecía mi papá y su perorata.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—No sé... solo te pido que confíes en mí.

—¿Que confíe mientras te vas de luna de miel?

—¿De qué luna de miel hablas? —preguntó fastidiada— ¡es solo un viaje!

—Apenas hace unas horas te veías tan ilusionada con el departamento, ¿cómo es que ahora estás tan cambiada?

—No estoy cambiada, es solo que...

—Y lo tenías planeado. Mientras buscabas departamento conmigo, ¿hablabas con él de arreglar su matrimonio?

—No te voy a negar que he hablado con el Jonás de esta crisis, yo sé que él nunca esperó que todo pasara tan pronto, pero eso no significa que vayamos a cambiar de idea —explicó.

—Esta crisis —repetí.

—Ya me tengo que ir, Ignacio —arregló sus cosas.

—Por favor no te vayas —supliqué.

—Mis gordas me esperan para comer.

Se levantó. Me levanté. Me abrazó y estoy seguro de que esquivó lo más que pudo un beso. Yo insistí. Su boca sabía a despedida.

Cuando por fin amaneció, me encontré acurrucado entre la ropa de las maletas, a medio desvestir y con un dolor de cabeza pertinaz. A mi lado reposaba culpable la botella de anisado con la que rematé la rabia de la noche anterior. Me levanté en un intento por recomponer lo sucedido en la casa de mis papás, en el café Santa María y, por último, ahí mismo, en el departamento. Me di un baño mientras recordaba los planes que Sofía y yo hicimos para nuestra primera noche: velas, vino (de cartón), alguna baladita pegajosa y quedarnos abrazados en la tina tibia. Pero la tina tenía manchas de óxido, el agua caliente no avanzaba ni para un duchazo rápido y el escusado estaba tapado.

A las doce del día salí a la calle en busca de un lugar para desayunar. Tuve que conformarme con un sándwich guardado y un vaso de jugo. Compré cigarrillos y regresé al departamento. Me encerré los siguientes días con el pretexto de terminar de leer un libro comenzado hace varios meses y del que huía con descaro, *La vida breve*, porque me recordaba a mí mismo, metido en un mundo inventado del que no lograba salir. Maldito Onetti. En el fondo esperaba que Sofía apareciera y se quedara a mi lado. No iba a llamarla, quería que me extrañara, aunque mi distancia jugara a favor del marido; pero cuando llegaba a ese punto comenzaba a recular, dudaba y terminaba dispuesto a tragarme el orgullo para salir a buscarla, incluso para saber qué mismo había sucedido la noche anterior.

Al tercer día la llamé. Se excusó un par de veces con el pretexto de unas compras de última hora, el equipaje de las hijas y hasta un permiso de la universidad. Finalmente accedió a que nos viéramos en su casa.

Cuando llegué, Sofía arreglaba unas maletas en el dormitorio rosado *barbie* de su hija menor. Me dio un beso seco, casi sin mirarme.

—¿Estás enojada?

—Un poco asustada con tu escenita del otro día, estabas muy borracho y te pusiste como loco.

—Más que borracho, me descompuso verte con ese idiota y, sobre todo, saber que te vas de viaje con tu esposo.

—Ignacio, tú sabías desde el principio que yo vivía una situación muy difícil —dejó su quehacer para encararme— yo no te obligué a estar conmigo —completó.

—Es que, de un momento a otro, te siento muy lejos —susurré lastimero— parece que me esquivaras.

Suspiró con cierta pena y se me acercó.

—Ten paciencia... a veces las cosas no son lo que parecen —repitió, pero el teléfono la interrumpió.

—Aló... ah, hola... sí, estoy en eso... —se alejó de mí— ¿en serio? ¡qué bueno!... sí, es mucho mejor... déjame anotar —salió de la habitación hasta el pasillo, escribió algo y bajó la voz— gracias, yo sé... no digas eso —me acerqué hasta el umbral a escuchar— ajá, ya vamos a conversar, tranquilo ¿sí?... en una media hora... *okey*... yo a ti... *bye*.

—¿Te vas a reconciliar con tu marido? —pregunté sin ambages apenas estuvo de regreso.

—¿Por qué dices eso? —se hizo la desentendida— el Jonás solo quiere que hablemos con calma sobre lo nuestro.

—¿Lo suyo o lo nuestro? —dije señalándonos en pleno *deja vu*.

—Sobre toda esta situación.

—¿Ya se aburrió de su romance? —quise punzar.

Me miró como si la hubiera descubierto en falta.

—¿Ahora sí tiene miedo de que lo abandones? —insistí.

—Supongo que sí.

—Pero ese era el riesgo que él quiso asumir, fue su idea...

—A veces las cosas son más complicadas de lo que uno cree —justificó.

—¿Y dónde quedó toda su seguridad, su petulancia?

Bajó los ojos.

—Yo tampoco sé bien lo que sucede, pero no puedo negarle la posibilidad de hablar, de conversar sobre lo que nos está pasando... hay cosas que tú no entiendes —repitió.

Sonreí con tristeza. Ella me miró, lanzó un resoplido —con un vahído de culpa— y se acercó.

—Tú sabes cuánto me gustas —cerró la puerta y puso seguro. Me ofreció sus manos, me incorporó hacia ella y me encajó a su cintura— hemos pasado cosas muy buenas juntos, Ignacio...

Se estiró hasta mi cuello, lo olisqueó perruna, subió al mentón, a mis orejas y rozó su boca con mis mejillas rasposas de barba; parecía contenida hasta que se emparejó a mis labios y su lengua se abrió paso ansiosa, choque seco de dientes, su saliva dulce se tiñó con gotitas de mi sangre salobre, se encaramó y me tumbó sobre la camita de cuento de hadas, esquivó grosera los peluches y vestiditos apilados, me desabotonó, me rasgó, me bajó los pantalones, me desnudó a empellones mientras murmuraba alguna grosería y pedía que la tomara, que me dejara llevar, que me había extrañado, que me deseaba, que me quería, que me amaba; me arrancó el bóxer a tirones y se enchufó a mí como un infante hambriento, incansable, me sujetaba exacerbada como si quisiera succionarme entero, masticarme, engullirme si le fuera posible. Después volvió con rapidez a mi pecho mientras se desabrochaba el sostén, me puso los senos en el rostro y me pidió mordiscos, parecía haber perdido la razón pacata que antes la frenaba, suelta de prejuicios embonaba mi vientre con el suyo en busca de su propio fondo, en medio de un abrazo estrujante de euforia que exprimía mi cuerpo hasta su última gota.

Apenas terminó con una suerte de aullido, se levantó y se vistió al apuro. Recogió la ropa que desperdigamos y desapareció hacia el baño.

—Estuvo delicioso —sopló sin mirarme a su regreso— pero ahora debes irte, por fis, que el Jonás está por venir con mis gordas y prefiero evitar problemas.

Me puse a buscar mi camisa.

—Yo te llamo en la noche para despedirnos... ¿bueno? —abrió la puerta, me lanzó un beso y me apuró a salir.

los artistas no nacen, se hacen

parte II

Menos de dos años después de su debut editorial, Germán consiguió una beca y se fue a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma de Madrid, en donde publicó, luego de tres años de incesante estudio y dedicación, la que sería su puerta a la fama: *Poemas desde el exilio*, un libro de doscientos veintinueve poemas “que reviven los sucesivos resquebrajamientos del hombre andino a través de siglos de esclavitud, imposición y dominio cultural, religioso, económico y social, concebidos desde la voz de un hablante que asume para sí el dolor de los pueblos devastados a los que solo les han quedado fantasmas y ruinas”, como lo describió un reconocido crítico neozelandés en la contratapa de la edición europea del libro. El poemario en cuestión “pretende abarcar los últimos quinientos años de historia de Indoamérica, [...] es una elegía que se inicia con el descubrimiento y la conquista españolas, [...] recrea la explotación más inhumana sobre los pueblos originarios [...] y termina con la corrupción mestiza [...] y la migración masiva de fines del siglo XX, [...] la degradación [...] del ser, [...] el dolor de distancias físicas [...] y simbólicas infranqueables, [...] todo con un tinte épico. [¿?] Es un canto a la resistencia, una apología a la [¡!] lucha por la libertad y la justicia [...]” como señaló uno de los principales diarios de Madrid.

En Ecuador el libro causó furor, se agotaron sucesivas ediciones, cinco mil, diez mil, veinte mil ejemplares vendidos en menos de seis meses en un país en el que nadie lee; sin saberlo se convirtió en bandera de batalla de un descarado partido político de inclinación maoísta, dueño de los más enquistados sindicatos del país; incluso un diputado dado a libertario citó algunos versos del poema CXXIV, con la voz temblorosa y entrecortada, en medio del juicio político en contra de un ministro de Educación por peculado en la compra de pupitres y uniformes escolares. Los legisladores guardaron silencio formal luego de la

lectura, quizá reflexionando sobre el alto contenido social de los versos o tal vez tratando de encontrar la relación entre un exilio de Juan Montalvo y la llorosa defensa del funcionario corrupto. A la semana siguiente entenderían que se trataba, más bien, de un texto profético, cuando el exministro fugó del país, a vista y paciencia de los más honorables.

Cuando Germán Sevilla volvió a Ecuador, a los veintisiete años, fue recibido como héroe nacional, más que por el valor de sus versos —que muy pocos habrán leído y menos comprendido— por esa novelería generalizada en la idiosincrasia nacional de hacerse eco, sin mayores averiguaciones, de lo que se venda fuera. Le hicieron homenajes y le dieron reconocimientos, no le alcanzaba ya el pecho para tantas medallas y condecoraciones, placas, diplomas y llaves ilustres; resultó ser hijo predilecto de ciudades en las que no había nacido, apadrinó causas, fue prioste de fiestas populares con poncho y aguardiente, y hasta fungió de juez en una elección local de reina de belleza; aparecía cada cinco minutos en la TV como opinólogo generalista, promocionaba teléfonos celulares lo mismo que comía encantado margarina, bebía refrescante y natural jugo en polvo y nunca transpiraba gracias al desodorante de moda; hasta le propusieron un cargo en el Municipio de Quito, que rechazó molesto con el argumento de que no quería mezclarse en cosas tan banales. Era, sin lugar a dudas, el intelectual de vitrina que todos buscaban desde el *boom* latinoamericano.

Antes de que se le pasara el cuarto de hora de saltimbanqui, y siempre ávido de notoriedad, resolvió casarse con una modelo colombiana que le llevaba media cabeza y de la que se enamoró a primera vista en una discoteca, aunque ella lo tenía ubicado desde un par de meses antes en un desfile de lencería en donde lo reconoció casi sin ayuda y de inmediato se imaginó llegando a alguna gala del brazo del poeta, entre flashazos y fanáticas envidiosas. Se propuso conquistarlo a como diera lugar y, después de varios intentos fallidos, logró pescarlo cuando Germán salía del baño de La Bunga; fue ahí donde se tropezaron, se sonrieron y se enamoraron; él, de su descomunal belleza: piel tostada, piernas largas, cabello lacio, ojos verdes y almendrados; y ella, del genio y el dinero que le

atribuía con tanta exposición mediática. Conversaron por dos horas sin entenderse por el estruendo de la música, escaparon a un fantasmal café en el casco colonial, caminaron con la neblina hasta los talones, se abrigaron abrazados, recorrieron plazoletas yermas y esquivaron estruchantes, se imaginaron dos siglos atrás por esas mismas calles, aupados por versos clásicos que el vate declamaba con los ojos entrecerrados; apuraron el paso cerca de las putas viejas de la calle Loja y se divirtieron con un beodo que canturreaba “Volver, volver, volver” mientras seducía a un poste de alumbrado público.

Amanecieron en el auto, contemplando cómo la ciudad vieja se levantaba con el griterío de los vendedores ambulantes, la estridente pestilencia de los buses y el tránsito perpetuo de la gente, que parecía nunca llegar a ningún sitio, entre iglesias monumentales —con sus cruces y sus mendigos—, fachadas deslucidas de portones entreabiertos y cables de luz enmarañados por doquier.

A las once de la mañana del mismo día, él le pedía matrimonio y ella aceptaba desconsolada, incrédula ante tanta perfección.

La boda se celebró en la Catedral con más de cuatrocientos invitados, entre familiares, políticos, prensa rosa, farándula y una soprano chilena que mantuvo despiertos a los menos interesados con sus alaridos, durante las dos horas de apoteósica ceremonia.

Sin embargo, el matrimonio duró apenas seis meses, ya que su nuevo estilo de vida resultó carísimo y la romántica genialidad de Germán se tornó en un regurgitar de frases hechas, poses y finalmente silencios. Los desfiles y sesiones fotográficas de la esposa eran interminables, las ausencias se prolongaban y desembocaban en reclamos y resentimientos; las noches no eran más que pretextos para recordar un pasado escondido que ambos anhelaban y no podían compartir. Hasta que, en uno de sus viajes, la modelito conoció en Bogotá a un pintor parisino, altísimo, rubio y de ojos ámbar que la deslumbró con su acento, sus desnudos y su departamento en el Barrio Latino. Ella regresó a Quito con la decisión de ir tras el franchute e insistió en trasladar el matrimonio a Europa, pero el poeta universal no accedió porque estaba a la mitad de un nuevo libro sobre Quito

a través del tiempo. “Me quedo porque me quedo”, se dijo, y fue lo último que dijo antes de que la esbelta esposa desapareciera de su vida para siempre. “Ya ha de volver”, pensó Germán luego del azote de la puerta, “ya ha de volver”.

Un mes después recibió la demanda de divorcio.

Entre tanto, el éxito desbocado le pasó factura, por primera vez, en menos de un año de vedetismo; y es que había explotado con tanta premura y descaro su imagen que se volvió un lugar común del que todos preferían huir, y más todavía con la noticia de su separación tan apresurada y los desnudos acrobáticos que se dejó hacer la modelito-exesposa apenas se instaló con su nuevo galán frente al Sena. Pasó de ser novedad y se tornó, de un día para otro, en una figura patética; ya ni siquiera lo llamaban de los programas de farándula criolla porque era más divertido burlarse de él a sus espaldas, mostrar fotografías tomadas al descuido en las que aparecía con muecas o de brazos caídos, intercaladas con imágenes de la ex abierta en compás de Eva. En menos de un año de su propio *boom* literario, el vate volvió a la sombra de sus retruécanos.

Otra vez solo y con el ego lacerado, Germán se dedicó a escribir con su compulsión habitual y al año siguiente publicó *Quito: en la vida y en la muerte*, “con más de cien poemas repetitivos y cansones sobre cómo la ciudad colonial se convirtió en una metrópoli de cartón”, señaló un avezado periodista cuencano nacido en Azogues. Vendió apenas dos mil ejemplares y ninguna editorial quiso publicarlo en otros países. “Eso ya no es interesante, eso ya lo sabe todo el mundo” le dijeron en España.

Se deprimió tanto que volvió a casarse. Esta vez, la novia fue una mulata de caderas inverosímiles y labios carnosos que alquilaba un dormitorio de estudiante dos pisos debajo de su departamento. Paradójicamente, no estudiaba más que la forma de ganarse la vida sin tener que volver al anejo. Y había aprendido cómo. Germán se enamoró de ella por su sensualidad animal, su desparpajo pueril y un nivel de irresponsabilidad que, aunque aparentaba candidez, rayaba en lo delictivo. Daisy María de Jesús Jaramillo Valencia, como le habían puesto sus padres, no había leído nada en su vida —es muy probable que no

supiera leer— pero conocía con pelos y señales la zona rosa de Quito, se paseaba como propietaria por las salsotecas más sórdidas de la ciudad y, cuando el hambre apretaba, intermediaba en la venta de marihuana y basuco, o se conseguía novios de corbata para el fin de semana. El rimador universal la buscó por contraste con la anterior, por dárselas de maloso y, desde que se la encontró en la puerta del edificio que habitaban, se dejó conducir —amén de su nuevo anonimato y más por esos lares— a las fiestas más alocadas, en las que asaltaban cualquier dormitorio-cocina-baño-armario-bodega para comerse a mordiscos más que a besos y fornicar como adictos, con los rasguños amorosos de ella y los empellones de él para zafarse, alguna bofetada que él recibía dignísimo o un jalón de zambos que se desbocaba en manotazos, siempre a punto de sangrar entre puteadas que ella pedía y él murmuraba forzado —siempre tan correctito—, para terminar lamiéndose las heridas como perros.

Se pasaron el escaso matrimonio acostados fumando marihuana y escuchando merengues dominicanos. Ella se encaramaba en la cama a bailotear, desnudísima, restregaba su cuerpo bien torneado contra la piel de gallina del marido, frotaba sus pechos contra el rostro adusto del ñoño, cuyas facciones se distorsionaban como si se derritiera con cada embiste, con cada contorsión; la libido insaciable de Daisy sobrepasaba con creces las prestaciones líricas del poeta, que debía valerse de todos sus apéndices para frotarla hasta el hastío. Y cuando la cosa se ponía más seria, aparecía un consolador negroide a pilas, una botella de-lo-que-fuere bebida a pico y las bolsitas de base de coca que se apuraba en preparar para fumar en seguidilla, aunque él se rindiera a la segunda, tosigoso de humo y espanto moral.

La afición desmedida que Daisy tenía por el sexo, aderezado con adminículos y psicotrópicos, la llevó apresuradamente a hartarse del obtuso rimador y la fidelidad jurada ante un burócrata se le esfumó por entre las piernas antes de cumplir las bodas de papel higiénico. A pesar de que las fiestas se hicieron menos frecuentes con el paso de las semanas y Germán llegó a pensar —aliviado— que los ímpetus conyugales se iban apaciguando con

la rutina, al poco tiempo comenzó a sospechar que no había tal, porque la frenética esposa desaparecía cada vez por más tiempo: una semana para pasar con la abuelita que la crio; otra semana con las primas migrantes que volvían de visita al terruño; quince días más con las mismas primas en su nuevo país de residencia; dos días por aquí, un fin de semana por allá; un cafecito con una tía, dos cervecitas con la vecina de la adolescencia, unos tragos con unos amigos nuevos; las nueve, las once, las tres de la mañana, hasta que finalmente ya no volvió a dormir. Pero tozudo y ensimismado como era, Germán no vio su cornamenta hasta la noche de cumpleaños de Daisy, en la que una veintena de “parientes” malencarados coparon el departamento de la calle Carvajal, ante la mirada sobrecogida del literato mundial que, extraño en su propia casa, se fue a dormir temprano y fruncido. Pero a las cinco de la mañana, cuando la fiesta se había amortiguado con hierba, basuco y una guitarra rasgada con desconsuelo, Daisy y sus primas comenzaron a repartir cariños a los invitados, en el baño, en la cocina y después en la sala, con uno, dos, con todos los “parientes”. En menos de treinta minutos, el departamento se convirtió en el escenario de una orgía de proporciones romanas: gemidos, risas y jadeos, piernas entremezcladas, confundidas en múltiples abrazos, en poses imposibles como si los cuerpos fueran de plastilina, se estiraban y contraían, se hundían, desaparecían y reaparecían de la nada, chocaban, sudaban enrojecidos con embestidas interminables. Muebles patas arriba, sillas descuartizadas, ventanas rotas, platos, vasos estrellados contra las paredes en los afanes del comunal sexo; habrían volteado el edificio entero entre carcajadas y groserías, con berridos suficientes como para resucitar muertos, como para que Germán se asomara, el único vestido y somnoliento, y encontrara a su mujer atravesada por más miembros de los que podía contar. Los miró con cierta intriga y regresó a su cuarto a seguir durmiendo.

A la una de la tarde, cuando se despertó, solo, encontró aquello en lo que se había convertido su matrimonio: la alfombra salpicada de vómito, ceniza y colillas de cigarrillos, el parqué cubierto de fragmentos de vidrio, papel higiénico embarrado, preservativos

jugosos, restos de comida, la puerta entreabierta y el olor inconfundible del sexo macerado en pasta base, que lo impregnaba todo.

Nunca más la volvió a ver.

A las tres semanas del abandono, cuando intentaba regresar a su vida monacal, recibió una carta maltrecha en la que Daisy se disculpaba por los daños causados en el departamento y le pedía enviar su ropa y sus casetes tropicales a una dirección en Borbón. Germán no tuvo valor para negarse a la petición hasta que descubrió que, aparte de todo, su mujer le había dejado un último obsequio, algo llamado linfogranuloma venéreo.

La supuración primero y después las úlceras que le adornaban el sexo se hicieron intolerables; parecía que el miembro se le podría, impregnando su fetidez en todo lo que rozaba; y cada roce era una tortura de la que no conseguía escapar, como si se incendiara irremediablemente. Quemó las pertenencias de la esposa y su propia ropa en un ritual de pánico y rabia, imaginando que la quemaba a ella por partes; maldijo su suerte a gritos, se untó alcohol con más gritos y lloró a solas el secreto que estaba obligado a guardar, por eso del “qué dirán de una figura pública tan querida como yo, un ejemplo para los niños”. Contuvo el sentido común, el escozor y el dolor a cambio de no visitar médicos que pudieran delatarlo, despotricó hasta que se le terminaron los improperios y, como quien huye de un demonio, decidió marcharse lo más lejos que su dignidad y su dinero, menguado al extremo, le permitieron: regresó a Madrid.

Antes siquiera de instalarse, acudió a los servicios médicos de un hospital benéfico de donde salió cargado de medicamentos y cojeando por la penicilina. Se sentía inmundo y humillado —sus dos móviles más efectivos— y estaba convencido de que era hora de

comenzar de nuevo. Rentó un departamento en Lavapiés e inmediatamente volvió a escribir; consiguió un empleo de profesor de Literatura Griega que le permitía sobrevivir y pasar tardes enteras entre los miles de libros de la biblioteca.

A los pocos meses se propuso publicar otro poemario, al que tituló *Fiesta de máscaras* y que hablaba de una ciudad sumergida en los excesos mundanos, la lujuria, los vicios y los engaños. Era, sin duda alguna, la manera más disimulada que encontró para expiar sus experiencias con la segunda exesposa, la Negra, como la llamaba repetidamente en sus versos más ardidos. Pidió cita con una decena de editores, pero parecía que ya nadie se acordaba de su existencia: le hacían esperar horas, no lo recibían o de plano le devolvían sus escritos por correo, con cartas de aliento a su vocación literaria y ciertas recomendaciones para sus futuros trabajos.

Cuando escarbaba el fango de su depresión más profunda, recibió la noticia de que su hermana había conseguido que una editorial ecuatoriana publicara su libro, “solo mil ejemplares, pero peor es nada”, le habían dicho. Con una resignación con gusto a resabio, Germán llegó al Ecuador en una visita relámpago, asistió al lanzamiento del libro, se negó a un par de radios que quisieron entrevistarle —tenía miedo de una pregunta incómoda—, saludó muy por encima a su familia y firmó los papeles de divorcio pendientes.

Regresó a su refugio madrileño a rumiar maldiciones en contra de todas las editoriales españolas, “tartosos maricones, no saben la oportunidad que han dejado pasar”. Sin embargo, el consuelo que otras ocasiones había encontrado en matrimonios apresurados, esta vez llegó del cielo como un heraldo divino que una mañana se sentó a su lado en la banqueta de una plaza y le dijo todo lo que su corazón y su espíritu necesitaban para ser felices: el amor y el perdón de Dios. ¡Aleluya!

**todos los diablos,
un filósofo barato
y un ángel**

Apenas salí de la casa de Sofía sentí ganas de llorar, de comprar una botella y borrarle de la cabeza cualquier recuerdo de lo que había sucedido. Era como si, de pronto, las reglas del juego hubieran cambiado, como si algo se hubiera destruido entre los dos. Quizá solo fue que el espejismo se desvaneció, un espejismo que solo yo quise ver. ¡Qué porquería!

Llegué al departamento intentando descifrar qué ganaría ella haciéndome gastar mis escasos ahorros en un departamento en el que no pensaba vivir, ¿para qué?, si hubiera sido más sencillo continuar de amantes y no andar de enamoraditos. Me resultaba increíble aceptar que la niñita de familia, víctima de las circunstancias —sufrida como virgencita de pan de oro— había tenido sexo conmigo casi-casi con cronómetro, con el marido a punto de llegar. Si nuestra relación hubiera sido así desde el principio, desinhibida y riesgosa, no me habría resignado a reemplazar el sexo con ganas por las caricias tiernas del amor de adolescente, “me da vergüenza desnudarme frente a ti”, me dijo la muy desgraciada la primera vez y ahora hizo la del macho, sació sus ganas conmigo con dos palabras melosas para atraerme y una despedida brusca de negociante; solo le faltó darme dinero... al menos así habría tenido con qué emborracharme.

A momentos quería pensar que ella también luchaba entre dos aguas, que el esposo la presionaba con llantos, que las hijas iban a perder a su padre, los papás al yerno, me repetía que la situación entera era complicada y ella era también una víctima de la situación. Trataba de no juzgar sus decisiones, o más bien sus dudas, aunque, fueran cuales fueran sus razones, el resultado era el mismo: ella en los Estados Unidos con el marido feliz y yo aquí, solo, lastimero y recurrente. Y ahí era cuando regurgitaba el recuerdo de su cara de lascivia,

de su cuerpo experto y descarado, de sus prisas, y volvía a convencerme de que era una mojigata mentirosa.

Esa noche me dediqué a beber como si el mundo fuera a acabarse. Como era de esperar, no se acabó y Sofía tampoco llamó para despedirse, al menos hasta que el sueño y la borrachera me doblegaron.

Los siguientes días transcurrieron idénticos, oscilando entre puta y santa, entre sorbos de anisado que tragaba como si fuera mi propia saliva; quería que el tiempo se llevara esos días de incertidumbres convenientes y certezas inconvenientes lo más pronto posible, que Sofía volviera y me aclarara sus motivos, me abrazara y —en mi cabeza macerada en alcohol— me contara divertida las pretensiones ridículas del tal Jonás, pelirrojo de un cuerno, bueno, de dos...

Al cuarto día de purgatorio, cuando la gastritis galopaba rampante y yo desvariaba entre la modorra y la angustia —por turnos—, viéndome vencido y convencido de mi fiasco, llorón como doncella engañada, harto de maldecirme por incauto y farfulla en una suerte de exorcismo ineficaz, le propiné una patada a una de las cajas aún intactas de la mudanza, que me devolvió la pierna en resorte como si contuviera un bloque de cemento; amortigué el dolor con más rabia ante mi estupidez, agarré un lápiz y apuñalé sus paredes corrugadas hasta que el lápiz se quebró; vengué su contundencia destripándola, vaciándola a manotazos ciegos, llorando por todos los dolores que ese momento sentía. La punzada en el pie derecho me obligó a enroscarme y contener la respiración; así permanecí un largo rato, inmóvil, hasta que encontré, medio oculto entre las vísceras de la caja, un ejemplar intacto de *Vida del ahorcado* que devoré ahí mismo, con escamas y espinas, a dentelladas secas y calientes, casi lascivas, reviviendo ese ejercicio de disfrute y sufrimiento que olvidé a cambio del estúpido amor. “Amor burgués”, habría balbuceado Camilo entre dos sorbos. ¡Snif, snif!

Y es que cuando las letras se entonan armónicas, contundentes, queda claro que las coincidencias solo existen para esos mediocres que se favorecen de críticos fraternos y

exacerbados, que sobreviven apenas por la bondad del tiempo, ese espectro que convierte las canas estériles de cualquier rimador o cuentero en un referente de aquella literatura que no existe. Tanto respeto apergaminado como homenaje a la tozudez de publicar bosta por años, sin más lectores que sus allegados.

Sentí una posesión diabólica en cada articulación, volví (o creí volver) en mí, al fin, ¡sí!, famélico, rabioso, como si Legión hubiera abandonado este osario con pellejo y liberara — con su partida momentánea a la piara— al ente que siempre fui o que terminé siendo.

En esos libros perfectos, que son los menos entre tanta página suelta que se vende con artilugios, todo calza con naturalidad, todo fluye, flota y *sordo retumbando se dilata*; sí, ¡sí!, porque, a pesar de haberme traído tanta frustración por mi incapacidad crónica para escribir, la literatura ha sido siempre un catalizador de esta realidad anodina de la que he tratado de escapar una y otra vez, entre libros viejos y encierros. Ese era mi real oficio, *esas mis facciones en el retrato sin tiempo* de mis propias palabras.

Volví en mi memoria envilecida a los catorce años, cuando encontré en la lectura la forma perfecta para huir de la beatitud familiar y de mi incapacidad crónica para hacer amistades; escribía poemas cursilones inspirados en Becquer y Neruda; después comencé a leer al buen García Márquez y al lúdico Monterroso. A los diecinueve conocí a Wilde y a Poe, a Fuentes, a Vargas Llosa y a Bryce Echenique, y empecé a escribir cuentos, a descubrir la posibilidad de camuflar mi vida en la ficción; con ellos desperdiqué dos universidades y aprendí a beber a tragos largos. A los veintiuno visité los pueblos olvidados de Faulkner y Rulfo, me acurruqué con la parsimonia de Flaubert, la música de Darío, Vallejo y Whitman, la ironía de Chejov, la crudeza de Dostoievski y la angustia contenida de Kafka, la obscenidad de Miller o Rimbaud; con ellos palié el hecho de sentirme sobrante en cualquier lugar, de fracasar en todo y comprendí que el hombre suele ser el mayor demonio de sí mismo. Y escribí, sí, como un poseso, decenas de páginas llenas de rabia. Luego me sorprendí con las cadencias de Cortázar, la minuciosidad de Borges y la decadencia de Onetti, y me propuse releer todo lo que había escrito con nuevos raseros, me obligué a dudar y a corregir entre

adjetivos, adverbios, tiempos verbales y comas mal puestos; me dediqué a tachar y a romper. Pero a los veinticinco, cuando había acabado por aceptar mi condición de principiante, me encontré entre la confusión y el asombro de un Proust inmenso, y caminé por las calles de Dublín a dos pasos de Joyce; con ellos me olvidé del tiempo y del orden, de la norma; con ellos también dejé de escribir, por ellos me sentí incapaz de imaginar, deslumbrado ante su cegadora perfección. Después vinieron el noble Sabato y el gran Camus, también Sartre, y terminaron por enfrentarme a ese mundo del que me había escondido, como una constatación de mi minúscula existencia, de esa inmundicia que raya en lo absurdo pero que nos gobierna, nos seduce y nos enfrenta.

Me acurruqué con la memoria titilante y logré dormir.

El departamento se mantuvo encajonado en un silencio luctuoso, nadie me vino a buscar, nadie me llamó por teléfono. No era nuevo para mí nadar en medio de la nada, pero esta vez, después de tantas semanas de convencerme del amor de telenovela, me parecía una soledad diferente, más dolorosa. Se puede dormir sobre una tabla toda la vida sin siquiera sospechar de la existencia de los colchones, pero una vez que se ha acostumbrado a dormir sobre uno, es muy difícil volver a la madera; en mi caso, el colchón había sido matrimonial. Sin más en el horizonte que mi propia lástima, salí de nuevo a conseguir una botella y a anclarme al recuerdo dolido y reciente de Sofía a secas.

Cuando apenas había sufrido un par de sorbos, sonó el teléfono. Era Diego Ramírez, a los años.

—¿Te acuerdas del loco del Camilo Zambrano? —espetó como si continuara una conversación inconclusa.

—¿Qué ha sido de usted, joven? —me sorprendí de que tuviera mi número— ¿te refieres al líder de la Comunidad de Irresponsables Antipiojosos?

—¡Ya apareció!

—¿Estaba desaparecido?

—A vos sí que el amor te ha puesto bien cojudo...

—Algo me acuerdo, es que...

—Bueno, la cosa es que ya apareció, es más, está frente a mí y nos quiere invitar unas copillas de vodka con una sonrisa macabra —completó.

—Ustedes ya no me invitan a las reuniones de la Logia, ¿no? —fingí.

—¿Y para qué crees que te llamo?

—¿A dónde piensan ir?

—El Mario, que se ha vuelto un experto trasnochador, quiere ir al Mayo del 68 pero el Camilo dice que eso es como emborracharse en el trolebús en hora pico y que mejor vayamos a su taller.

—¿Por qué no me acompañan a tomar un anisadito de confianza, así conocen mi dep...

—¿Ya te habrá botado la adúltera? —alzó la voz para que escucharan los otros.

—Parece que estamos en eso. ¿Quieres que te dé la dirección?

Una hora después llegaron con una botella de vodka a medias, otra intacta, los ojos a media asta y un “Fatalidad” cantado a trío con dedicatoria cínica.

—Esto está más triste que mi taller —comenzó Camilo frente a los bultos arrumados en el piso, la caja desjarretada y el vacío de muebles. Llevaba un brazo vendado, un bastón y mordía las palabras al hablar.

—Solo tengo esta mesita que vino con el departamento —señalé una desvencijada mesa de vidrio— así que recibo donaciones de buena voluntad.

—Yo tengo unos sillones y una cama que sobrevivieron a las pesquisas y que parece que ya no voy a usar —ofreció el pintor magullado.

Pusimos música chichera para remojar las penas como se debe y nos instalamos entre los escombros a brindar...

—¿Tú estabas desaparecido, cierto? —empecé— ¿no se supone que te había matado la Policía? Incluso iban a hacer una marcha o algo así.

—No te hagas el gil que yo mismo te conté... —interrumpió Diego.

—Lo que pasó fue que me seguían agentes de la Policía, habían intervenido mis teléfonos y vigilaban todo lo que hacía, supongo que por una exposición que tenía lista y que incomodaba a alguien de mucho poder —hizo una mueca, saludo de visera y acomodó la pierna derecha hacia un lado—, cuando me di cuenta de lo que sucedía, en lugar de huir, como ellos esperaban, decidí enfrentarlos... con inteligencia, con ingenio —se tocó la sien con el índice— así que me atrincheré en el chalecito de la Floresta a escribir unas cartas en las que relataba el espionaje y responsabilizaba a la Policía por cualquier cosa que me ocurriera; pero cuando salía de la oficina de correos, apareció un auto de la nada y me embistió...

—¿Un auto de la Policía? —preguntó Mario.

—Claro, sino ¿de quién más? —respondió con un dejo de enfado—. Pero eso no es lo peor de todo, me raptaron medio muerto y me escondieron por dos meses en un cuarto de hospital; ahí recuperé la conciencia, momificado, indefenso —se sobó el brazo vendado— imagina el dolor de mis hijas que creyeron que estaba muerto, de mi mujer... —alzó la mirada al techo— menos mal alcancé a mandar las cartas, porque esa fue la única pista que tuvieron mi hermano y la gente de organizaciones de derechos humanos para investigar, y en menos de dos semanas comenzaron a caer los desgraciados —continuó.

—Pero desapareciste más de dos meses... —replicó Mario.

—¡Ah!, es que no querían confesar dónde me tenían —bebió un sorbo— de seguro seguían órdenes de bien arriba para callarse.

—¿Y entonces?

—Cuando recuperé la conciencia y algo de movilidad, logré convencer a una enfermera de que avisara a mi hermano Pablo...

—Y ahora, ¿qué les va a pasar a esos chapas hijueputas? —insistió Mario— deberían hacerles lo mismo que a ti —se alzó el vaso entero.

—Hay tres que están presos porque también espiaban a otra gente —respondió— los demás irán cayendo de a poco.

—Menos mal estás bien... —dijo Diego festivo— bueno, estás como antes, o casi, tú sabes, por las magulladuras, los rasponcitos, digamos que bien-bien tampoco, o sea... —con picardía.

Todos nos quedamos en silencio, entre risueños y espantados, como imaginando. Luego brindamos con espaldarazos de alivio hasta casi las doce de la noche, canturreamos melancolías, gritamos alguna consigna burlona y compramos más vodka, patrocinado por las ventas del presunto muerto.

—A ver señoritas, les invito una línea para que no se duerman en los laureles —sonrió.

Sacó del monedero del pantalón una bolsita plástica, de la billetera su cédula —con foto de melenudo malgenio— y un billete de cien dólares; hizo una lomita blanca sobre el vidrio de la mesucha, la repartió con el filo de la cédula en cuatro caminitos de unos cinco centímetros y enroscó el billete a lo ancho como un sorbete.

—Papá dólar —se solazó sardónico.

Se arrodilló frente a la mesa y aspiró desde un extremo del billete hasta que el polvo blanco desapareció. Sorbió con envidia y lanzó el rostro hacia atrás. Me percaté de cómo mis contertulios de la Sociedad de Insignes Miserables se relamían como yo, a la espera de su turno.

—¡Cómo hemos crecido! —rio Camilo ante la avidez descarada y se puso a preparar más líneas.

—Si es así como vuelves del más allá, deberías desaparecer más seguido —lanzó una carcajada Diego.

—Ante la duda, el dedo en la llaga —se justificó Mario.

—Ahora ya eres miembro pleno de nuestra organización —le extendió la mano el resurrecto.

—Lo que pasa es que el niño anda deprimido —se entrometió Diego burlón— porque los papás no lo quieren —carcajeó de nuevo.

—Ten cuidado, que el despecho hace que la gente se vuelva estúpida —advirtió Camilo divertido mientras repartía el polvillo.

—Ahí te hablan —se volvió Diego hacia mí.

—¿Tan pronto y te va mal con esa señora que no es tu señora? —lamió el filo de la cédula— no entiendo, si estos cuervos dicen que hasta el esposo les ha dado su bendición...

—¡Qué te diré, compadre! —me alcé un trago— yo de mujeres entiendo menos que de Antropología.

—Cuenta, cuenta, que el público está ansioso de melodramas —pidió.

—Al principio todo iba bien, parecía que ella estaba enamorada de mí y decidida a todo sin que yo se lo hubiese pedido, tanto así que hace unas semanas arrendamos este departamento para vivir juntos...

—¿Con todo y la prole? —preguntó el nuevo mártir.

—O sea...

—¿Al menos conoces a sus hijos? —se entrometió Mario.

—Tiene dos hijas, creo —dijo Diego.

—La idea era que las hijas puedan venir y quedarse en ese cuarto —señalé la habitación pequeña de la entrada— aunque yo pensé que se quedarían también con su papá y sus abuelos, al menos hasta que nos conociéramos...

—¿Pensabas acomodar a dos niñas, sus hijas, a las que por cierto no conoces, en esa bodega? —reclamó el pintor.

—El amor te ha puesto más imbécil de lo que yo pensaba —soltó Diego.

—Con razón la *man* se abrió del negocio... —completó Mario.

—No se peleen por darme apoyo, tranquilos, ni que fuéramos amigos —rezongué.

—Bueno-bueno, y ¿qué pasó al final? —condujo Camilo.

—Todo fluía, más que por mí, por ella, por su deseo, por su insistencia... eso es lo que más me come mierda, y de pronto la estantería se me vino abajo, empezó a recular hasta que, por último, se fue de paseo familiar a Miami.

Explosión de carcajadas.

—Tengo la impresión de que el esposo está arrepentido de haberle dado recreo y ahora le ruega que no lo abandone —contesté con fastidio a las risas.

—Vos que dices que eres escritor y sufres porque no tienes de qué escribir, ahí tienes una historia cojonuda como para que hagas un cuento. No todos los cachudos son tan amigables, verás —sugirió Diego.

—No es mala idea —respondí.

—Déjame ver si entiendo —dijo Camilo, masajeándose la mandíbula con picardía— tú te fuiste de tu casa, en donde tenías todos los gastos pagados, para vivir aquí con ella; te feriate un montón de plata en arrendar este departamentito que, como vemos, está vacío; tienes un trabajo esporádico, dejaste la universidad y ahora te la pasas borracho porque las cosas no funcionan con ella que, por cierto, está desde hace ocho días en gringolandia con el marido y las hijas, de vacaciones —resumió.

—¡Qué oportuno! —comentó Mario, a la vez que pedía otra línea.

—Ahí está, por andar destruyendo hogares, ¿ves cómo Diosito castiga? —interrumpió Diego con sorna.

—¿Qué te duele más, querido pequebú, el ego o el departamento vacío? —me inquirió con la sonrisa constreñida.

—¿Pequebú?, Pikachú ha de ser —murmuró Diego.

—No entiendo por qué me ha hecho todo esto —protesté.

—Querido y cándido amigo, la cosa está clarísima —se acomodó Camilo sobre su chaqueta— lo que pasa es que esta chica, Sofía, ¿cierto?, ve primero por ella y no por ti o

por ustedes como pareja, ni siquiera se ve como pareja del esposo; si ella hubiera querido separarse del marido, ya lo habría hecho, al menos habría conseguido trabajo, pero si no lo hizo, quizá lo único que quería era darle celos al tipo para que se arrepintiera de ponerle los cuernos y, encima de todo, haberla entregado tan fácilmente a un desconocido —sentenció como si nada, a la vez que prendía un cigarrillo y tomaba un largo sorbo de su vaso.

—Pero ¿por qué haría eso?

—Porque le vales tres atados de verga, pana, así de simple... ¿o prefieres la versión con dibujitos? —sorbió.

—O sea...

—Por la misma razón por la que hacemos todo en la vida, *brother*, no es que ella sea mala o se haya vuelto mala, esas cantaletas valen solo para maniqueístas simplones; mira, la razón por la que te fuiste de tu casa, por la que el marido te la prestó, por la que ella se metió contigo y luego te botó, es la misma razón que mueve al mundo: el egoísmo, el más común y silvestre egoísmo.

—Ya se nos chumó el compañero —lamentó Diego.

Camilo se levantó. Se acercó a la botella, sirvió a los demás vasos llenos y se sentó con ella en sus manos. Tomó un gran bocado a pico.

—¿Entiendes a lo que me refiero?

—Tal vez...

—¡Putá madre, loco! solo di sí con la cabecita! —protestó Mario previendo la monserga.

—¡Pero si ya hablamos de esto! —se quejó Camilo— te lo voy a poner en palabras sencillas para que esta vez sí me entiendas y no tengamos que romperte el carné del Club de Inservibles Antimotines —amenazó mientras los otros dos rezongaban contra el inicio de la perorata.

—El egoísmo es, digamos, la quinta esencia de este universo de pendejos —fingió solemnidad— el amor, la justicia, la ambición, la codicia, el odio y todas esas mierdas que pueblan el corazón humano son lo mismo solo que con diferente disfraz —se ayudaba con

las manos— todos somos egoístas, aunque lo ocultemos con polvorete: hay unos, los de más baja calaña, que no les da el seso sino para apropiarse de cosas, buscan dinero y poder, ¡vulgares mercachifles de corbatín y zapatos de charol! —impostó un berrido; a su espalda, Mario y Diego se miraban trompudos— ¿vos crees que en esta pinche sociedad todos queremos estar al mismo nivel que los demás?; si no es cosa de tener el mismo carro, el mismo sueldo, la misma casa, lo que importa es estar por encima del resto —sorbió rabioso y se quedó en silencio un par de segundos que parecieron cien.

—El Ignacio sí quería tener la misma esposa que ese señor— interrumpió Diego— ¿verdad? —me instó a que asintiera.

—Pero esos no son los más peligrosos sino los otros, esos macabros hijos de puta que no se conforman con lujos y chucherías, y quieren más, quieren poseer personas, sentimientos, necesitan tener a un montón de idiotas enajenados lamiéndoles las criadillas, ¡malditos esbirros del poder! —bebió tres bocados al tiro y sacó la fundita de perica para repetir el proceso— aliméntense, criaturas del Señor, que este banquete lo paga la Policía Nacional —relamió la cédula como si fuera un clítoris.

—No hay en dónde perderse, todos los inventos, la idea de progreso, la propiedad privada, los ejércitos, las fronteras, las religiones, eso, las religiones... —salimos del patetismo y rodeamos la mesa para repetir el ritual.

—No nos vayamos muy lejos —siguió como si nada— fijense en la madre que cree que los hijos son más suyos que del padre y los usa como venganza o chantaje, igual que antes usaba su propio cuerpo para retenerlo, ¡moneda de cambio en Sodoma! —golpeó la mesa y esparció a medias una línea que yo intentaba aspirar— así no más se negocia por estos barrios mundanos, sino, miren a su alrededor, todos los juegos, tan maquillados de esa confraternidad de pacotilla, supuran egoísmo más que sudor con esteroides, ¿quién dice que lo que importa es ganar?, ¡huevadas para los huevones! —quiso golpear de nuevo la mesa pero lo detuve con un gesto antes de que deshiciera el caminito que yo había vuelto a juntar— lo que importa es derrotar al oponente, demostrar superioridad y sumirlo, es un

asesinato simbólico; lo mismo que el torturador que atormenta y mata para sentirse victorioso... —volvió a sobarse la quijada.

Buscó en su chaqueta una cajetilla y encendió un tabaco. Diego se acercó a mí y me susurró divertido —y después se pregunta por qué lo querían desaparecer... hasta yo les habría ayudado con tal de que se calle.

—Tomarán, tomarán, que es gratis —cambió de tono y me miró— eso mismo pasa con el amor, querido pequebú, porque no solo somos capaces de dar, sino también, y sobre todo, de quitar, de arrebatarse a dentelladas... necesitamos ser amados más que amar, necesitamos sentir que le importamos tanto a alguien que lo podríamos lastimar como nadie; el amor es un vil juego de manipulación —bufó— siempre manipulamos a quien nos ama, para poder controlarlo... bendito Nietzsche, a su pesar.

—Ya ves, de gana preguntaste —me golpeó en el hombro Diego.

—Anda a servirte un trago y deja a los adultos conversar —lo conminó Camilo— ¿por qué crees que existe el arte? —continuó hacia mí— ¿crees que los artistas piensan en el bien común, en la sociedad, en la vida de sus semejantes?, si somos los entes más egoístas y miserables de todos —lanzó una carcajada como un hipo— no ves que somos dioses cada vez que hacemos algo, siempre superiores a los otros, esos simplones sin cerebro, insensibles, incapaces...

—¡Qué vivan las indirectas! —vitreó Mario.

—Y vos no te salvas, pocomú, que no escribes desde hace años —rezongó Diego.

—Todos los artistas nos creemos demasiado buenos para el común de la gente —siguió como si nada— nos sentimos una raza escogida, una raza superior, ¡ija!, y lo peor de todo es que esta caterva de estúpidos se ha encargado de glorificarnos y de venerar nuestros monumentos al egoísmo en cada museo, biblioteca, sala de teatro o galería de este puerco mundo... —volvió a sentenciar y se trastornó un bocadazo—. Ya ves, el arte es el acto más egoísta del hombre porque intenta recrear su propia esencia.

—¿Por qué creen —se inclinó hacia los otros dos— que el Ignacio se metió con una mujer casada?, para demostrarse que es mejor que todos esos que babeaban por ella en la universidad, para sentirse mejor que el marido.

—¡Ah, qué interesante idea! —se burló Diego.

—Henry Wotton —susurré más para mí que para el resto. Todos me miraron a la espera de que repitiera el nombre o les explicara lo que había dicho. Seguramente no habrían comprendido. Sonreí vanidoso.

El pintor se sentó, se tomó un último trago y cerró los ojos. Nosotros nos quedamos callados, desubicados, como si hubiéramos presenciado un exorcismo.

El resto de la semana fue perdido. Aunque estaba seguro de que Sofía ya había regresado —llamé a su casa dos o tres veces y colgué— esperaba que ella llamara, era lógico, la que volvía, la que traía noticias y decisiones era ella no yo. Descargué la ansiedad contra el teléfono, que recibió jornadas patéticas de maldiciones y golpes, y escuchó mis lamentos con su invariable silencio.

Hasta que por fin sonó.

—¡Aló! —susurré en vilo.

—Buenos días, por favor con el señor Arellano —dijo una mujer.

—Sí, dígame —no era Sofía a secas, ni siquiera la otra Sofía, la que se había ido con el marido de vacaciones.

—¿Cómo le va? Llamo de la Editorial Nuevo Ecuador... quería avisarle que el director le dejó aquí una guía de yogures para que revise la ortografía. Me dijo el señor Geovanni que hay que entrar a la imprenta mañana mismo, así que necesita que venga de una vez...

Sentí un dejo de alivio; esa llamada, que me ofrecía el calvario habitual de corregir letanías, era la postergación de una mala noticia y la promesa de un poco de dinero para enfrentar la vida. Luego de dubitar en el chapoteo de la fatuidad de que Sofía llamara, decidí salir a ventilar la modorra, caminar, respirar, distraer la obsesión y hacerme de ese legajo de porquería sin más. Después de caminar como un vagabundo con el piquete de la inflamación del pie burlándose a cada paso, me volvió la angustia de la llamada pendiente; apuré el drama, recogí la mercancía y me encaminé de regreso a la ermita. El pie hinchado me obligó a esperar un bus.

Me senté en una parada, sin atreverme todavía a hojear la tarea. Ahí mismo, en el más exquisito anonimato, mi vida se resumió en una imagen más corriente que común: un hombre ojeroso y mal vestido que espera sin prisa un autobús.

A diez metros de la parada frenó un armatoste azul entre bufidos. Abrió sus puertas-rendijas, excretó pasajeros como estiércol de chivo sobre la calzada y engulló otros tantos, grises, sobre todo uno. Recorrí su tracto hasta el fondo en busca de un lugar junto a la ventana, un asiento que no tuviera que compartir con esos otros que invariablemente terminarían por arrinconarme —sean quienes fueren: una doña rebosante que devora frituras o un escuincle lleno de mocos y helado— y me confinarían a recibir codazos, eructos o salpicaduras. Al menos podría abrir la ventana para que una ola de viento nos lavara de su hedor a mugre, sudor y comida, de su vocinglería habitual.

Volvía a ser el testigo silente de la vida del resto, de las estampas costumbristas que se repiten a rabiar por estas calles, hacinadas —tal y como sus cuerpos entre esas latas con pupos y tubos pasamanos— en un ayer invariable y estático: retazos de conversaciones masculladas, alaridos de algún crío famélico, el chasquido de besos abundantes de lenguas, dientes y babas, agujereados de promesas domésticas, risas cojudas, resoplidos y carrasperas para disimular manos que subían y bajaban, que buscaban una teta sudada o una raja barbosa de orines. Yo cerraba los ojos, respiraba por la boca, me enroscaba sin empacho y me refundía al son de bachatas lloronas amenizadas por un locutorcillo hecho el bacán, expelidas desde un parlante camuflado entre borlas de lana, estampitas piadosas, lluchas —supongo que para compensar— y blasones deportivos.

Apenas llegué al departamento volvió a sonar el teléfono. Sin darme la oportunidad a sufrir o a temblar más, contesté. Era ella.

—¿Cómo estás? —balbucí.

—Bien.

—¿Cuándo volviste?

—Hace unos días, pero he pasado súper ocupada y no tuve tiempo de llamarte... no he tenido tiempo de nada —se justificó— tú, ¿cómo estás?

—Más o menos... con mucho trabajo —disimulé— me llamaron de la editorial por unos textos.

—Qué bueno —dijo sin interés mientras yo me remordía al otro lado del teléfono para no declararle mi tragedia. Tenía ganas de decirle que no habían sido así las cosas, que había pasado lleno de angustia, que la incertidumbre, que la soledad...

—La verdad es que me has hecho mucha falta, Sofía —quise comenzar.

—Ignacio, yo...

—No, no digas nada, deja que te cuente el desastre que soy sin ti —continué.

—Ignacio espera, tenemos que hablar...

—Pero es lo que estamos haciendo, después de tantos días, de tanto silencio —la interrumpí para que no dijera lo que parecía ya tan claro.

—En persona, Ignacio, en persona... ¿podemos vernos mañana a las seis en el CaféArte?

Pasé lo que quedaba de ese día y del siguiente pensando en lo que Sofía querría decirme, en su rostro inexpresivo, su mirada baja, en las palabras que usaría, en cómo esquivaría mis ojos, cómo evitaría que yo hablara, que le pidiera, que le recordara.

Llegué al café con media hora de anticipación para asegurarme de que mi mesa de siempre no estuviera ocupada y que no hubiera encuentros accidentados con algún apestoso de la pandilla del “poeta de las calles”.

Sofía llegó con cuarto de hora de retraso, arregladísima, apurada.

Me levanté para recibirla; quería tanto abrazarla, besarla suavemente, oler su cuello, palpar su calor de nuevo. Pero interpuso un carterón de vieja, una mueca y se sentó.

—Cuánta gente, ¿no?, tuve que dejar el auto a media cuadra —se quejó mientras llamaba a un mesero.

—Un *capuccino*.

—Te noto diferente.

—Debe ser por el pelo —hizo un ademán— o la ropa, ¿te gustan?

—Parece que te fue muy bien.

—Mis gordas disfrutaron mucho.

—¿Y tú?

—Estoy más tranquila, el Jonás y yo nos dimos tiempo para conversar.

—¿Y?

—Le conté que arrendaste un departamentito con la idea de mudarnos...

—Mi departamentito —mascullé.

—Me dijo que no está de acuerdo y me pidió que no me fuera, al menos no todavía; le asusta tener que separarse de mis gordas... porque a pesar de todo somos una familia.

—Una familia... —repetí bajito— ¿y tú qué piensas?

—La verdad es que tú y yo no nos conocemos lo suficiente como para lanzarnos a vivir juntos. Mira, es cierto que la pasamos bien pero de ahí al amor hay mucha distancia...

—Ésas son palabras de tu marido.

—Tal vez, pero son ciertas. Por ejemplo, ¿te imaginas a mis gordas viviendo contigo?, ¿dónde?, ¿en ese departamentito?, si ni sus nombres sabes, si de nosotros mismos sabemos tan poco. ¿O piensas que dejarán de ser mis hijas cuando me separe de su papá?

—¿Y qué se supone que haga con “mi departamentito”? —modulé.

—No sé, vivir ahí hasta ver qué pasa. Pensarlo todo mejor...

—¿Y no me podías decir esto hace tres semanas?

—No te pongas así, Ignacio, no entiendes lo que pasa, para mí también ha sido una revelación este viaje, como abrir los ojos a la realidad que debo enfrentar.

—Claro que entiendo lo que pasa, pero soy tan idiota que quería oírlo de tu boca.

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad, Sofía, para variar un poco.

—¿Me estás diciendo mentirosa?

—Solo digo que estás cambiada...

—Así he sido siempre, lo que pasa es que tú no me conoces bien.

—Ahora vienes con otra actitud, con otro corte de pelo, con ropa nueva, a reclamarme que no soy bueno para tus hijas... que no soy suficiente para ti... ¿qué más te compró para demostrarte que él es mejor que yo y que ustedes son una familia? —escupí.

—¿Qué es lo que insinúas?

—Que yo no puedo retenerte a mi lado comprándote cosas...

“La cagué”, pensé ni bien lo dije, le di la oportunidad de sentirse ofendida y esquivar las confesiones. Sofía agrió más su rictus, pero debió trabar su respuesta a los pies del mesero; nos quedamos callados hasta que se fue. El Santa María parecía un mercadillo de brujas.

—¿Cómo un sitio lleno de espantajos cómo éste se puede llamar CaféArte? —quise distraer su reacción— ¿te das cuenta por qué debería llamarse Santa María? —ella me miró sin tapujos— como el puerto —completé.

—Las cosas no son como te imaginas, Ignacio, y yo no soy una puta para dejarme comprar, si eso es lo que tratas de decirme —se levantó iracunda.

—Al menos termina tu café —intenté pueril.

—El Jonás me pidió que deje de verte hasta que aclaremos las cosas... —dejó caer un billete de cinco dólares, volteó y salió con un portazo.

Adentro, en el vientre del Santa María, hacia más frío que afuera. El bullicio y sus carcajadas habituales morían al borde de mi mesa, desolada. Habría querido desaparecerlos, gritarles la rabia, la envidia de no saber cómo reírme, aunque fuera con sus mismos gestos desencajados y sus risas de hiena. Pero ellos no se enteraban del odio de este espectro y seguían con su rutina circense. Habría querido verlos atrancarse con un bocado, asfixiados, morados, envenenados incluso, sí, cayendo uno por uno sobre sus platos, con los ojos entornados y las lenguas negras, víctimas de un Jorge de Burgos para borricos.

Afuera, Sofía se habría sacado los guantes ensangrentados y arrojado en cualquier basurero; se habría retocado el labial en el retrovisor del BMW del marido y conducido con los vidrios arriba, añiñada, esterilizada de toda inmundicia, hasta su hogar restablecido con promesas de amor eterno.

Esa noche no dormí. Ni la oscuridad me libró de escuchar indefinidamente la voz de mi papá con su “ojalá que valga la pena”, el llanto culposo de mi mamá, la risa del Colorado sobre el torso húmedo de su mujer, la casada infiel.

A eso de las tres de la tarde salí del departamento en busca de algún “amigo sin derechos” que se emborrachara conmigo sin hacer preguntas. Pasé por la universidad pero no encontré a los compinches de la Federación de Estetas Desalineados; en su lugar, volví a sentir esa aversión por la realidad de la que había huido, que persistía como un gran botadero, lleno de ecos trasnochados, poblado por especímenes repugnantes en su porquería, sobrevivientes de algún debate inútil, probablemente el mismo, todos los debates en uno solo; al parecer, allí no había transcurrido ni un segundo desde hace más de un mes, *hoy es siempre todavía*, pensé, a pesar de que afuera los segundos se persiguieran para aniquilarse; *el tiempo es materia deleznable*, me rebatí. Qué contradictoria puede ser la realidad cuando apenas se le interpone una idea.

Afuera llovía. Con la derrota a cuestas y el escozor del mundillo universitario, decidí salir. Escapar de nuevo. Era preferible lavarse de tanta mierda en la calle, entre extraños. Compré una botella de Caña y caminé empapado un buen rato hasta que una voz conocida me llamó.

—¿A dónde, a dónde? —gritó Mario desde el portón de una tienda: el Bar Carrión.

Me acerqué aliviado. Me abrazó con estruendo de palmadas, me alborotó el pelo como a un niño, con una sonrisa seca, las mandíbulas apretadas, los ojos fijos y vidriosos.

—¿Desde cuándo estás tomando? —pregunté incrédulo.

—¡Uhh! Ya ni me acuerdo —se rió en cámara lenta.

—¿Desde cuándo te convertiste en Camilo Zambrano?, ¿ahora también pintas o solo hablas pendejadas cuando te emborrachas?

—Vos eres mi hermano del alma, ¿sabes?, mi *broder*, mi yunta; el tonto ese del Diego con sus chistes agrios, el viejo Camilo con su filosofía de cantina y vos con tu casada infiel, son más para mí que mi propia familia, me conocen más que esa *man* que me trajo al mundo... y que quién sabe en dónde estará... Nosotros, nuestro Sindicato de Expertos en Camisetas Mojadas es lo mejor de lo mejor, Ignacio, somos como los *cowboys* de las películas, las balas, los botellazos y los trompones ni siquiera nos rozan porque somos indestructibles, ¿si me cachas?, somos invencibles... —me abrazó cabeceando.

—¿Invencibles?, ¿te parece?, ¿no será imbéciles? —me atraganté de mi botella para no desentonar.

Se quedó congelado en su sonrisa somnolienta de ojos gachos.

—¿Quieres un polvillo mágico? —me jaloneó hacia la trastienda.

—¿De dónde sacaste? —me pasó una fundida plástica.

—Por ahí, mi pana, en la “esquina maldita de la zona”, ya soy cliente fijo —contestó sacando prosa.

—¡Qué bestia compadre!, somos tal para cual.

—Sí, ando bien cargado, *broder*, parezco visitador médico con mi maletincito de sustancias... —gesticuló— tengo de todo, como en botica, ¡usted no más pida, mijo! —con acento colombiano— pero vamos a otro lado, que aquí nos están viendo feo esos zarrapastrosos —se irguió agresivo a dos metros de unos quinceañeros que no se daban por enterados.

—¿Vamos a mi jacal?

—Muy lejos está eso, mejor aquí no más al Parque del Arbolito, que es territorio aliado.

En el camino —unas tres cuabras bajo la llovizna—, Mario me embutió una pastillita celeste y se refugió de improviso bajo el techo de un garaje para fumar un cigarrillo dulzón

con bazuco que compartimos tiritando. ¿Cuántas pistolas alcanza uno a fumarse en tres putas cuadras?

El parque deslucía bajo el rezago de la lluvia; era un lodazal cercado por luces borrosas como los ojos inyectados de mil bestias, persiguiéndose, rugiendo, aullando con lengüetazos; a un lado, gusanos, cucarachas por los bordillos, todos pugnando por treparse a la poza, a sus piedras esculpidas, una oruga tornasol, los senderos corredizos bajo la arbolada, muros truncos, taludes, ribazos, las mesetas y sus cascadas, altares paganos para adorar mojones de perro, escarabajos patas arriba, pencos como barricadas para ratas y palomas piojosas, castillos horribles, puntones, altas palmas de aspas caídas, y allá, ahumado en el aliento gris de la *ciudad de invierno*, el nido diamantino, brillosito en la bruma que resguarda la jaula, el cascarón ovoide que, una tarde como esta —tal vez esta, sí, ojalá esta— eclosionará y dejará de contener la furia del crío, gallinazo malgenio que se tragará a todos estos hijueputas como a lombrices, antes de volar hacia el Pichincha a cagar en las antenas, ¡maldita sea, qué fuerte esa huevada!

Cerré los ojos, aguanté las arcadas, las punzadas en la cabeza, el frío metido en la ropa mojada, la noche sólida como un cuenco agujereado.

—¿Estás bien? —preguntó alguien desde algún lugar.

No podía responder.

—¿Estás bien? —repitió.

Moví la cabeza, en señal de negación.

—¿Por qué no tratas de incorporarte?, no vaya a ser que te asalten...

Era una voz suave con un eco que parecía hacerse interminable en mi cabeza. Quise abrir los ojos.

Todo parecía recubierto de una luz mansa.

—¿Puedes hablar?

Alcé la cabeza y lo vi. Un resplandor delineaba su silueta, como una aparición, intangible, dispuesta a unos metros con las manos cruzadas sobre el vientre y una túnica que cubría a

medias sus pies, inmaculados en medio del lodo. En su rostro sobresalían unos ojos enormes, con pestañas rizadas y cejas rectas. Parecía flotar a unos centímetros del suelo. Dejé de sentir frío.

—¿Quién eres tú?

—Y eso qué importa —contestó con sonrisa fosforescente.

Me encegueció como si hubieran encendido un foco en mi cara. Bajé la mirada.

—¿Qué eres? —insistí exhausto de psicodelia.

—Nadie.

—¿Eres algo así como un ángel?

—¡Mmm!, no precisamente... pero tengo mi magia.

—Y ¿qué haces aquí?

—Te cuido...

—Entonces sí eres un ángel —intenté incorporarme en vano.

—Tranquilo-tranquilo, si eso te hace sentir mejor, entonces sí soy un ángel.

—¿Y por qué me cuidas?

—Porque eso es lo que hacen los ángeles —sonrió de nuevo.

—¿Me voy a morir? —pregunté aterrado.

—No todavía.

—¿Estás seguro?

—Confía en mí...

—Y si eres un ángel, ¿por qué no tienes alas?

—Son muy pesadas, supongo; además, esas cosas ya no se usan —se excusó.

—¿Por qué?

—Se ensucian a cada rato y se llenan de pulgas. Son un estorbo —terminó con una risa musical.

Quise aclarar la vista para convencerme de lo que sucedía, y en eso lanzó un profundo bostezo, arqueó la espalda, abrió los brazos y dejó ver sobre sus hombros unas finísimas alas blancas.

Antonia tenía el cabello corto y rizado, unos ojos negros incandescentes, temerarios, que eclipsaban los demás rasgos de su rostro. Hasta hoy, no consigo recordar sus otras facciones, su nariz, su boca, su quijada, solo la imagen intimidante de su mirada resumía el semblante moreno, eso sí, como sus manos, cobrizas y finas.

Había vivido sus cuarenta y tres años en una pensión de la calle Venezuela, que le dejó como herencia involuntaria su abuela cuando murió, una doña obesa y malhumorada de nombre Regina que la acogió cuando la madre de Antonia se accidentó y el padre desapareció entre el trago y los burdeles.

Doña Reginita, como la llamaban en el barrio, se dedicó a martirizar a Antonia desde los diez años: al inicio mantuvo algo de recelo y se limitaba a jalonearla y a gritarle groserías; ya después agarró confianza y le hacía barrer, encerar, abrillantar, sacar polvos, cocinarle mondongos y hasta cargar macetas, mesas y repisas, a cambio del techo y el pan, un techo con goteras y un pan rancio, por cierto.

La niña aceptaba su (mala)suerte como si con ese sacrificio se redimiera de algún pecado mayor. Y en efecto. Una tarde, a los nueve años, tuvo un sueño que cambió su vida: se soñó jugando a las escondidas en el cementerio de San Diego con uno de los niños que vivía en la pensión; corrían por pasadizos escoltados de nichos en busca de un sitio para ocultarse entre sí, se detenían en los mausoleos más tétricos o monumentales y se acercaban despacito para husmear en su interior. Habían visto ángeles guardianes, vírgenes piadosas, cristos ascendiendo entre nubes, crucifijos y grabados de la Última Cena que velaban los promontorios, altares y celdas que los creyentes construían para que los espíritus no se salieran —según ella— y asustaran a los transeúntes.

Antonia se había quedado hipnotizada frente a una paloma de mármol que picaba una ramita de olivo y amenazaba con volar, cuando un alarido la sacó del trance. Sintió un escalofrío que le hizo crujir la dentadura, como si solo en ese momento se hubiese dado cuenta en dónde estaba; se creyó perdida entre tanto muerto y lloró agazapada durante minutos eternos hasta que asoció el grito con su amigo y se armó de valor para buscarlo. Lo llamó a voz en cuello hasta la afonía, avanzó y recogió los pasos, se perdió entre lápidas vestidas de fichas de dominó, en medio de una explanada verde que poblaba la colina de calaveras, tibias y escápulas. La búsqueda, que parecía interminable, se terminó de buenas a primeras a los pies de un hoyo reciente que se le atravesó como un presagio. Se asomó de puntillas al hueco y constató aquello que el pavor le gritaba: el vecinito de juegos y travesuras yacía de bruces con una aureola de sangre espesa alrededor de la cabeza.

Despertó empapada de miedo, se refrescó la cara y el cuello, bajó las escaleras de dos en dos, cruzó el patio interior, atravesó el último pasillo y salió al patio trasero; sorteó las jardineras, la huerta, los corrales y encontró al niño jugando al borde del pozo tapiado. Lo miró con alivio. “Solo fue un sueño”, pensó mientras barría su cuarto, unas horas más tarde.

Dos días después, sin embargo, sintió otro escalofrío cuando escuchó que la madre del niño lo buscaba. Desde la cocina siguió la voz hasta que un gemido sordo la paralizó: el cadáver del niño yacía al fondo del pozo seco, sobre los restos de la losa quebrada.

Antonia se creyó culpable de esa muerte y comprendió que su sueño había sido una premonición, un aviso de alerta que ella no supo aprovechar; si tan solo hubiera hecho algo...

Desde entonces intentaba permanecer en vigilia hasta las dos o tres de la mañana, hasta que el cansancio la venciera, y entonces caía en un sueño pesado, lejos de cualquier visión tenebrosa. Tenía pavor de soñar con alguien más, presenciar su muerte y ser incapaz de alertarlo en la siguiente vigilia. De seguro era un castigo de Dios por los pecados del padre, una culpa que ella tenía que aceptar como un destino inexorable, perpetuo, que la perseguiría hasta el día de su muerte, y quién sabe más.

Cuando llegó a los quince años había soñado la muerte de dos tíos, cuatro vecinos, su profesor de Literatura y el zapatero de la esquina, y acertó con creciente exactitud las circunstancias y los lugares de los decesos, sin la entereza de avisar a ninguno. Después de cada sueño, se encerraba en su habitación y encendía, como árbol de navidad, un altarcito habitado por santos de toda estirpe y materia, figuras de cerámica, tallas en madera, medallas y estampas, bonachones y cariacontecidos, que servían como testigos de sus rezos y súplicas.

Ésa era la razón por la que aceptaba cualquier maltrato como penitencia, con la esperanza de que Diosito se compadeciera de ella y le quitara de encima semejante calvario. Pero eso tampoco ocurrió. Las premoniciones seguían llegando, aun cuando se hubiera desvelado tres días seguidos.

Al cumplir veinte años decidió internarse en la pensión como si fuera un claustro, no pronunciaba palabra, agachaba la cabeza cada vez que se cruzaba con alguien, rehuía al contacto visual, no tocaba ni se dejaba tocar por nadie, no leía el periódico ni veía televisión, no hacía nada que la pudiera relacionar con el mundo. Por eso no sintió mayor preocupación cuando soñó a un político de lentes y voz llorona que era abucheado por una multitud y después se estrellaba en un avión en las montañas.

Doña Regina la creyó desquiciada y le infligía cruentos castigos para sacarle la locura, a punta de golpes, baños helados y azotes que Antonia recibía con una resignación que terminó por librarla de las flagelaciones, cuando a la vieja se le cansó la mano y se le metió en la sesera que la muchacha había tomado gusto por el martirio. Entonces le permitió encerrarse todo el tiempo que quisiera, siempre y cuando cumpliera con sus labores domésticas, aunque fuera a tientas, a gatas o a moco tendido. Antonia aceptó el trato, como aceptaba todo lo que le pasaba, y vivió en su encierro durante diez años más.

Una mañana, sin embargo, el amor le cayó del cielo.

José Aparicio Lavayén Klinger era un cuarentón de rasgos gruesos y risa suave, investido las más veces con una levita de lana, camisas impolutas de puño doble y gemelos,

pantalones de pinzas, sombrero fedora y un maletín que alguna vez fue negro, rebosante de libros con pastas de cuero y páginas gastadas de tanta saliva y tanto dedo.

Caminaba a diario desde el departamentito de la calle Sucre, que compartía con su madre anciana, hasta el Colegio Experimental de Señoritas 17 de Junio, cerca de El Tejar, en donde enseñaba Filosofía. El hábito por la lectura se lo debía a su mamá, una mulata que gastó su vida en una casa burguesa y lo escondía en la biblioteca del patrón para que se entretuviera con alguno de sus miles de libros. Ahí empezó su afición por las ideas, en un ambiente de silencio y oscuridad. Se pasaba metido entre estantes medio-podridos y publicaciones enmohecidas, tosiendo y estornudando, rascándose las alergias, aspirando el aire viejo de un lugar que nadie visitaba. Y era desde entonces que le venían unos ataques de asma como torbellinos, que lo dejaban agotado, lívido, tendido en el piso.

José Aparicio no tuvo padre o, mejor dicho, sí lo tuvo pero no lo conoció. El militar cruceño que lo engendró de paso por Quinindé, y del que solo le quedó el apellido, murió de disentería una mala noche de agosto, según contaba doña Erminda, aunque el huérfano sospechaba que era una mentira piadosa que disimulaba un abandono como cualquier otro. Sea como fuere, el eterno estudiante de Filosofía había hecho girar su vida en torno a la madre, a cuyos sacrificios y humillaciones él debía todo su ser. Por eso, cuando la señora murió, José Aparicio no tuvo más remedio que empezar a vivir por su cuenta, viejo y solo. Su mundo se resumía en una repisa atestada de libros, tres ternos cansados, un reverbero, un somier crujiente y un tocadiscos con cuatro o cinco acetatos de tangos de su madre, que escuchaba hecho un mar de lágrimas a la vuelta de clases. No podía cargar con el recuerdo de la muerta viviendo entre esas mismas paredes, acostumbrado a verla en la sillita en la que se sentaba por las tardes junto a la ventana a esperarlo mientras le tejía una bufanda o escogía el arroz para la merienda, envuelta en una chalina rosada. Así que, a la semana del entierro, desocupó el departamento y alquiló una habitación en una casona de la calle Venezuela. Colocó sus pertrechos en igual disposición y dormía al filo izquierdo de la cama,

como cuando era niño, para que la madre se acostara a su lado a media noche, luego de cumplir con su trabajo de esclava con suelducho.

Cuando apenas habían pasado unos días desde la mudanza, el sufrido pensador puso uno de los discos de la difunta y, mientras escuchaba “Yira, Yira”, se sentó en la sillita —que ahora daba a la ventana del corredor— en un ritual que repetía desde la mañana misma en que la veterana dio su último aliento. Tarareaba al borde del llanto *“la indiferencia del mundo, que es sordo y es mudo, recién sentirás”*, cuando se fijó en la capa de polvo que cubría los marcos de la ventana y decidió limpiarlos en homenaje a la difunta y su oficio. Consiguió una escalerilla y, plumero en mano, se encaramó para retirar la suciedad desde lo más alto, acartonado en su traje, aguantando los accesos de tos y la carraspera. Después, y con bufidos de por medio, colocó la escalera en el corredor, para limpiar la ventana desde fuera y, cuando estuvo bien trepado, le sobrevino un ataque de asma que le hizo temblar sobre el último peldaño, trastabillar, resbalar y caer con estrépito encima de Antonia, que salía de la cocina, cabizbaja como siempre. El golpe la tumbó al piso y la dejó atrapada bajo el cuerpo jadeante del filósofo, que se retorció ya sin fuerzas para llegar al inhalador guardado junto a la cama.

Luego de las curaciones, los reclamos y las explicaciones del caso, José Aparicio Lavayén Klinger se disculpó con tanto afán e insistencia que terminó por enamorarse de Antonia. Le llevaba ramos de crisantemos amarillos todos los días al volver del colegio, le dejaba pequeños poemas en sobres lacrados, escritos en hojas perfumadas, con una caligrafía de antaño, cada letra dibujada con precisión, con la cantidad exacta de tinta, el pulso firme y el corazón postrado; cada verso era una evocación de metáforas mitológicas, cada poema era un cántico que ensalzaba sus virtudes y encantos, una oda, una apología, un salmo, una declaración virtuosa e hiperbólica de amor soñoliento. Antonia no tuvo más remedio que aceptar el cortejo galante y anacrónico, y como no podía huir de su escondite ni recluirse más, se resignó a que el enamorado hiciera méritos; respondía a regañadientes sus saludos ceremoniosos, las venias, los suspiros, las reverencias, aceptaba sus obsequios con gesto

inmutable hasta que se quedaba sola, y entonces se sentaba al pie del catre a leer las cartas cinco o seis veces antes de guardarlas; secaba las flores para conservarlas de recuerdo y se permitía sonreír con una ilusión que desconocía. Ya luego le tocaba el turno al rezo frente al altarcito, al miedo de dejarse llevar por el amor, de pensarlo día y noche, de soñar al pretendiente y condenarlo a muerte.

Pero el amor no escuchó sus ruegos y se le plantó entre ceja y ceja, se le clavó en el pecho sin remedio, haciendo aflorar en ella de una sola vez todo lo que había guardado durante los años de encierro.

Una noche de martes, cuando José Aparicio se acercó a la puerta del claustro para dejar el habitual sobre sellado con un poema, Antonia salió a su encuentro, lo miró de soslayo, le pidió que no se fuera con un murmullo apenas audible y le insinuó que se lo leyera él mismo. José declamó emocionado verso a verso y terminó de rodillas con un beso en la mano de su doncella, mientras ella enjugaba lágrimas de felicidad. El galante la cargó en brazos y la llevó a su habitación, en donde la desnudó con timidez, sollozó sobre su vientre, se abrazaron aferrados y se descubrieron vírgenes, torpes en los avatares del amor.

En menos de dos meses, el recuerdo doloroso de la madre se había evaporado casi por completo, los muebles cambiaron de posición en la pequeña pieza de solterón, aparecieron floreros coloridos en cada velador, el puesto vacío de la cama fue ocupado y los discos de tangos sirvieron de preludio y telón de fondo para su romance. Con los ojos cerrados, se imaginaban elegantísimos en medio de un salón aristocrático en el que bailaban cadenciosamente, elegantes, dando vueltas al compás de un bandoneón:

*“Bésame otra vez, por favor te lo pido
¡ay! bésame alma mía lo mismo que ayer,
mirando tus labios, cariñito mío
mirando tus labios me muero de sed...”*

Él le contó su vida con la misma parsimonia con la que la había vivido, el destino incierto del padre, la tenacidad de la madre, los trabajos que había debido pasar para graduarse del colegio y la universidad, la enfermedad que lo atormentaba y el refugio que había hallado en la Filosofía. Ella sintió una deuda de confianza y decidió contarle los abusos de la abuela obesa y su mayor secreto, sus sueños, la razón de su encierro, su maldición y el temor que la abrazaba noche tras noche, soñarlo muerto, a él, que era lo único que le había sucedido en más de treinta años.

La siguiente década fue una recompensa de la vida ante tanto sufrimiento anterior. Se casaron con una bendición sacada a regañadientes a la abuela —que creía perder una empleada—, y engendraron cuatro hijas, menudas y bulliciosas, que se convirtieron en su norte definitivo.

Pero un mal día, el filósofo enamorado se fue.

Sin más rastro que una carta de dos líneas en la que pedía perdón por su abandono y aseguraba que volvería en cuanto pudiera, José Aparicio Lavayén Klinger desapareció una mañana de octubre sin que nadie supiera más de él.

Doña Reginita para entonces se había convertido en un bulto enorme que parecía podrirse en vida, con un ojo natoso, verrugas y lunares, postrada en la cama, imposibilitada incluso para ir al baño; se le caía el pelo a mechones, respiraba con trancazos, devoraba la comida hasta lamer el plato, cuatro, cinco bandejas repletas al día que le llevaban las bisnietas, inmunes en su puerilidad a los carajazos de la vieja, y que reemplazaban a Antonia, recluida en la pena del abandono. Así, cuando el príncipe azul —como se burlaba ella— se esfumó, la doña recuperó la osadía y volvió a comandar la vida en la casona a grito pelado desde su cuarto. Parecía que todo había vuelto a ser como antes, cuando ella era la matrona, la que decidía y castigaba.

No habían pasado ni seis meses del abandono, cuando Antonia soñó que la abuela la llamaba a voz en cuello desde su habitación. El dormitorio se había convertido en una sala de banquetes, con mesas dispuestas y vestidas sobre las que reposaban succulentos platos,

aves rostizadas, estofados, frituras, dulces y golosinas que la anciana comía desde la cama, asistida por sus pequeñas meseras en la labor incansable de deglutir; se atragantaba de papas, escupía huesos, eructaba y regurgitaba sobre sí misma entre burlas a la nieta por no haber retenido al marido, insultos, reproches y risas que la ahogaban. De repente, la vieja comenzó a golpearse el pecho, tosía, se agarraba la garganta, se asfixiaba, se metía los dedos a la boca, enrojecía, sacaba los ojos, daba patadas bajo las cobijas y emitía un gorgoteo desde la tráquea que se iba apagando, se apagaba, se apagaba, hasta que finalmente se apagó.

Antonia se despertó sobresaltada y corrió a socorrer a su abuela, pero cuando llegó a la habitación la encontró dormida, roncando y babeándose a sus anchas. No la despertó sino que se quedó a velar su sueño por más de dos horas.

A la siguiente noche, y como era de esperarse, la vieja se moría atrancada con un hueso de pavo, sin que nadie estuviera a su lado para ayudarla, para echarle una bendición o para cerrarle los ojos.

Sin pena ni gloria, doña Reginita fue enterrada y olvidada por todos, menos por Antonia que, domingo a domingo, la visitaba en el cementerio, ponía flores en su tumba y le hablaba de todas esas penas que la doña se había negado a escuchar en vida. Era como ponerla al día con los asuntos de la pensión, los inquilinos, los alquileres.

Una tarde, meses después, Antonia recibió una notificación para que se acercara a firmar unos papeles de la pensión, ya que su abuela, la obesa y abusiva anciana, le había heredado todos sus bienes. “Habrà sido en un momento de locura”, pensó sorprendida, “al menos ha servido de algo tanto sacrificio y tanta humillación”.

**confusiones,
explicaciones,
precipitaciones**

Desperté en el cuarto desnudo del departamento. Una toalla me enroscaba las piernas como si fuera un bebé y un saco de lana me servía de almohada; no era mío. Me levanté extrañado, con el martilleo pertinaz de la resaca y un sabor a viejo en la boca. No entendía lo que había pasado. Saqué de un bolsillo del pantalón un cigarrillo doblado y lo encendí. Me levanté en busca de un vaso con agua de la cocina. En la salita desparramada de libros, una mujer morena, cuarentona, de blusa bordada y faldón con pliegues, leía. Me miró; cerró el libro, *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*, y sonrió.

—Ignacio, ¿cómo estás? —preguntó con dulzura.

—Bien, ¿y tú? —dije sin saber quién era.

—No me reconoces, ¿verdad?

—Estoy un poco confundido —pretexté.

—Soy Antonia, te conocí anoche —explicó.

—¡Ahhhh! —intenté una sonrisa— ¿me puedes contar qué fue lo que pasó?

—Yo salía de una notaría cuando te encontré tirado en una banca del parque de El Arbolito, temblando, empapado, y me dio mucha pena. Después de descifrar en dónde vivías, vinimos en un taxi y en el camino me contaste que, aparte de la borrachera, te habías zampado una pepa de nisequé y estabas enamorado de una mujer casada, que eran amantes pero que ella te mentía y te engañaba con el marido... hasta te pusiste a llorar.

—No lo había visto de esa forma —me reí con ganas de llorar.

Conversamos durante toda la tarde, ahí mismo, en el piso, con varias tazas de café soluble, que era lo único que tenía sin alcohol; le conté sobre Sofía a secas, sobre la relación rosada de la que me había aficionado y de la que ahora solo quedaban las paredes vacías, burbujeantes de humedad y moho. Ella asentía, sonreía, preguntaba una y otra vez qué me había llevado a caer en una relación así. También me habló de sus hijas, de la abuela malvada, del marido perdido, de la cárcel de sueños que la agobiaba, del espanto con el que dormía cada noche, suplicándole a Dios que no le hiciera soñar al esposo, que al menos le dejara la esperanza de su regreso.

—Eres un tonto —se incorporó para ponerse el saco— tienes el mundo a tus pies y no te importa, entretenido en que una arpía te saque las tripas a diario...

—El mundo no está a mis pies, eso te lo aseguro —respondí hecho el interesante.

—¿No está?, puedes hacer lo que quieras cuando quieras, en cambio yo qué, me he puesto vieja, me siento abandonada, soy como las flores secas que guardo, resignada a esperar en un encierro, a vivir de recuerdos —sacudió las pelusas con la mano— deberías deshacerte de esa mujer y empezar a vivir de una vez.

—No es tan sencillo.

—Tampoco es tan complicado... —se abotonó el saco.

—Qué bueno que nos hayamos encontrado anoche —dije mientras abría la puerta.

—Llámame si te sientes solo, a ver si acompañamos ambas soledades.

Me dio un abrazo que me recordó a mi mamá.

No habían pasado ni veinte minutos, cuando llamaron a la puerta. Eran los cabecillas de la Cooperativa de Intolerantes a la La(c)tosa, trepados en el balde de una camioneta, saltando y bailando entre los muebles que Camilo me había ofrecido para poblar el departamento. Y, por supuesto, venían a tomarse un trago.

El departamento está vacío. Por un momento me pregunto qué ha pasado con los muebles que Camilo y los otros acaban de subir y acomodar. No hay nadie. Miro por una ventana y la calle duerme con sus luces tenues. A lo lejos escucho una puerta que se cierra, rumores de música y unos tacones que golpean el tablado. Camino por el corredor, que me parece más largo de lo usual. Entro al dormitorio y encuentro velas encendidas y desperdigadas. La luz amarillenta se agita y juega con las sombras. Me acerco a la cama y me siento. En el velador hay un cigarrillo que se consume en un cenicero. Instintivamente fumo. Descubro la botella de vodka a un lado. Está casi llena. La destapo y bebo un gran bocado. Después otro. Recuerdo los planes que hicimos con Sofía para nuestra primera noche. Quisiera llorar pero estoy demasiado cansado. Empiezo a hartarme de mi culebrón autoimpuesto. Sigo bebiendo. No entiendo lo que sucede.

—Teníamos pendiente este encuentro —dice Sofía desde la puerta del cuarto. Sonríe.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a despedirme —camina hacia mí y se detiene a un metro de la cama. Lleva un vestido púrpura que titila con la luz. Se ve muy elegante.

—¿Y esa ropa? Parece que te vas de fiesta.

—Vine a una despedida —se moja los labios— ¿te gusto?

—Eh, sí, claro, te queda muy bien.

—Me lo compró el Jonás en Miami —suelta una risilla.

—Veo que negociaste muy bien tu reconciliación.

—No soy tan tonta como creías, ¿viste?

—¿Viniste a burlarte de mí?

—No vine a discutir. Se me ocurrió que al menos podríamos ser amigos —susurra y se suelta el pelo.

—No sé si sea buena idea —bebo un trago y enciendo otro tabaco.

—Tenía muchas ganas de verte —se acerca— aunque sea por última vez.

—¿Para qué?

—Para abrazarte, para besarte, tú sabes cuánto me gustas, con tus palabras raras, tus crisis de poeta maldito, tus pucheros de huérfano —se ríe.

—Pensé que me querías.

—Claro que te quiero, tú lo sabes, Nachito... —saborea la ch.

—Parece que el amor no es suficiente para arreglar esto —me incorporo un poco.

—¿Te acuerdas que hay cosas en la vida que no tienen remedio?

—No uses mis palabras en mi contra.

—Todo lo que has dicho será usado en tu contra...

Bebo otro bocado, toso, me acomodo en la cama.

—No pienses en eso ahora, que esta noche somos solo los dos —se sienta frente a mí y se acerca hasta rozar una de sus mejillas contra mi rostro, dejándome percibir el olor de su piel, de su cabello.

Cedo a su juego como el imbécil que soy y comienzo a besarla, primero con suavidad y después con desesperación; se posa sobre mí con la misma dulzura que recordaba tanto, deshaciéndose de esas ropas y esas joyas que la hacen extraña a mis ojos; mis manos no se dan abasto, mi boca no avanza en sus peripecias, no quiero desperdiciar ni un segundo del aroma de su cuerpo ajeno, de su sexo bendito, vertiente del fockin' averno (habría dicho el pinche Colorado).

—Esto me hacía tanta falta —susurra.

—Tú me has hecho falta —busco su mirada.

Sofía cierra los ojos con fuerza, como si de pronto algo extraño le sucediera. Mueve la cabeza hacia los lados.

—No sabes cuánto he esperado este momento —suspiro asiéndome a su pecho.

—No digas nada —pide incómoda.

—Es que creo que te amo —levanto su rostro para que me vea pero ella calla, huye de mis palabras, busca mi boca con sus manos.

—¡Sí!, ¡te amo tanto! —repito casi a gritos mientras ella me besa para que no se lo diga. Siento que se estremece.

—No quiero que te separes de mí, no soportaría otra noche... —y ella sigue incómoda, quiere alejarse, tapa mi boca.

—No hables más, solo siente...

—Por eso, siento que...

—¡Ya cállate!

—Pero entonces, ¿para qué viniste?

—No lo arruines, pequebú —repite con fastidio.

—Es que...

—¡Shhh! si no te callas me voy.

—No digas eso, yo sé que me amas...

—¡Mierda! tenías que arruinarlo. Tengo que irme, nunca debí venir —retira mis brazos de su pecho aunque su vientre no deja de contonearse, no se resigna a obedecer su voluntad.

—No me toques —y yo no entiendo qué pasa, mis manos vuelven a su cuerpo y ella me retira, forcejea para que no la toque mientras cabalga sobre mi vientre.

—Te digo que no me toques.

—Pero cómo si...

—¡Déjame, déjame! —cada vez más alto— ¡déjame! —a gritos, con sus manos anulando a las mías— no me toques —me lanza una bofetada bíblica y se mueve con más fuerza— ¡estúpido! —me cimbra la oreja, me arde la mejilla, el ojo lagrimea; me clava las uñas en los

brazos, cierra los ojos de nuevo, se frunce y termina con un aullido gutural encima de mi pecho.

En menos de diez segundos se levanta y se viste.

—No entiendo qué pasa.

—Te pedí mil veces que te callaras —reclama aireada.

—Pero, ¿por qué?

—Hasta el final te pasas de ingenuo, Ignacio. Tú sabes cómo son las cosas, yo no quiero que te ilusiones ni que malentiendas otra vez.

—Ahora resulta que soy ingenuo y que todo fue un malentendido.

—Mira Ignacio, desde el principio tú sabías que yo estaba casada y que solo quería un entretenimiento, digamos, un anzuelo —se acerca nuevamente, sus ojos destilan odio— soy súper feliz con mi marido, tú sabes, él tiene todo y me da todo lo que le pido... —hace un ademán— ¡ah!, y me coge como una locomotora —se agarra las tetas recién cubiertas—. Yo no necesito niñitos llorones, llamadas misteriosas ni estupideces de ese estilo que pongan en peligro mi matrimonio.

—Pero...

—Entiende bien que todo esto ha pasado únicamente en tu cabeza enferma, en tus deseos maltrechos —me frena con el índice puntón.

—Tan loco no estoy —intento.

—¿No querías experimentar la vida, sabiondito de biblioteca? ¿Dónde quedó tu puta literatura, tus cuentitos copiados, tus poemitas cursis?

—...

—Hasta decirte escritorsucho te queda grande, mi canita al aire con ínfulas... chiquito...

—Y entonces, ¿por qué viniste?

—No sé, supongo que no tenía nada mejor que hacer —se da vuelta y se va lanzando la puerta.

Me despierto espantado.

Eso fue todo. Ya no cabía espacio para dudas, ánimos ni esperanzas.

Me acurruqué en la cama, con una botella de anisado que me brindaba bocados cada tanto. Estaba solo. No tenía a quién recurrir. Me avergonzaba llorar por una mujer frente a mis amigos, después de tantas advertencias; no tenía valor para llamar a mis papás y recibir su consuelo, para torturarlos, darles la razón y regresar al regazo materno-elesial con el rabo entre las patas. No tenía valor ni para enfrentarme al espejo, no había vuelta atrás porque nosotros, los de entonces, ya no éramos los mismos.

—Aló, ¿está Antonia?

—¿Sí, con ella?

—Soy Ignacio, ¿te acuerdas?

—Hola, espero que ya estés mejor.

—Es que...

—Dime, ¿ahora qué pasó?

—Es solo este vacío que me agobia.

—¿Ya te pusiste dramático?

—Como abandonada de cuento de hadas.

—¿Estás bebiendo de nuevo?

—Un poco...

—¿Otra vez?

—Creo que es la misma...

—¿Por qué no me llamaste enseguida?

—Supongo que quería estar solo.

—¿Con una botella?

—Algo así, pero ya ni eso funciona.

—¿Por qué?

—Porque es una obsesión estúpida de la que no logro escapar; y por más que me rebusco y me rebusco ya no encuentro razones para quererla... pero...

—Más fácil todavía.

—No. Ése es el problema justamente, que mi cabeza la detesta, aborrece cada recuerdo, la desprecio por mentirosa, por bruja, pero no puedo dejar de pensarla, es como una astilla enterrada hasta el fondo de la carne.

—¿Si escuchas lo melodramático que te has puesto?

—...

—¿No te das cuenta que tienes miedo de quedarte solo y prefieres conformarte con sus sobras de cariño?

—Es tan corto el amor y es tan largo el olvido... —imposté.

—Ya deja las cursilerías y no te ahogues en un vaso o, en tu caso, en una botella.

—Siempre tienes la razón.

—Yo le llamo sentido común.

—Ya no quiero hablar más de Sofía.

—Deberías enterrarla —recomendó.

—¿No es una decisión muy drástica? —traté de burlarme.

—Simbólicamente, digo, deberías hacer algo, un ritual de desapego, una especie de exorcismo que le ponga fin.

—¿Y si me emborracho hasta la inconsciencia?

—Tiene que ser algo que no hagas a diario, digamos irrepetible —explicó— ¿por qué no le escribes algo?

—¡Gran idea! Podría escribirle una carta anónima de amenaza, con letras recortadas del periódico.

—Me refiero a una declaración de olvido.

—¿Y eso?

—Quiero decir que escribas en un papel lo que sientes por ella, que le digas todo lo que quieras, lo que no le hayas podido decir, después lo pones en un sobre, lo quemas en el fuego purificador y esparces sus cenizas —impostó un tono lírico.

—A ver si entendí: le escribo insultos en una servilleta, me limpio la nariz con ella y por último la boto por el escusado... no es tan poético pero va más conmigo.

—Mira que después de eso ya no puedes llamarla ni hablarle ni pensar en ella.

—¿Ni un polvito de despedida? —pregunté divertido.

—Te estoy hablando en serio, Ignacio, es el olvido total.

—Eso va a estar difícil...

El rostro irreconocible sobre el velo de la noche. Las manos pálidas, tiemblan en un súbito intento por alcanzar la luna.

Un aullido. No, un grito de mujer. No sé.

Alguien llama, alguien busca ardorosamente y acecha detrás de los árboles, haciendo que las hojas murmuren en la oscuridad.

Espían su ritual.

Ahora inclina la cabeza y queda más anónimo aún; el cabello revuelto le cubre las ganas de llorar.

Sigue temblando.

Sabe que no se callará ese gemido que le carcome los oídos y le obliga a suplicar de rodillas, a rogar con las manos extendidas para que se detenga.

La luna.

La luna canta desde su altar de virgen, desde lo más alto del cielo. Lo contempla con lástima y ríe.

Ahora él llora; ya no le importa que vean sus lágrimas ni que escuchen su voz entrecortada.

Ellos saben de su sufrimiento pero callan y más la tierra, que lo absorbe todo y lo calla.

Mira exhausto la sombra de su propia cara, inmóvil, que, como un escaso reflejo, dormita sobre las rocas gélidas de la llanura. Cierra las manos hasta sentir el crujido de sus huesos, un estruendo seco.

Ella no quiere mirarlo más y prefiere envolverse en nubes grises vestidas de tiempo, para llevarse los recuerdos, dando tumbos de risco en risco.

Él la llama, luna. Luna ven. Haz que mis pasos no caigan y mueran en solitario; deja que me ponga sobre tu regazo y sueñe que estoy vivo y me amas; haz que ría con tu risa marina, con tus brazos de brisa breve, con tu nombre de cáliz ardiente...

Ella ha dejado de cantar y suspira y empieza a esconderse en el horizonte, sin saber qué sentir; antes de irse decide darle una mirada pero no lo consigue, ya es tarde, el alba bosteza otro final.

La sillita de la madre de José Aparicio Lavayén Klinger volvió a la ventana, en donde Antonia se sentaba a esperar su regreso, con la esperanza de verlo entrar y saludarla sombrero en mano, entre reverencias, una razón infalible, un ramo de crisantemos amarillos y un sobre lacrado. Antonia se convirtió en la Penélope desolada que deshace su vida cada noche, que ha decidido dejar de vivir hasta el regreso del marido, convencida de que en cualquier momento cruzaría el umbral.

Mantén la certeza de su retorno, de que existía algo que le impedía volver, algún noble propósito, un encargo de muerte, un compromiso o una promesa que lo ataba. Estaba segura, era solo cuestión de saber esperar, de renovar con cada amanecer la devoción que se profesaban, escuchar sus discos de tangos, dejar intacto su lado de la cama, su velador, su armario, leer sus cartas una y otra vez, segura de que nada malo le había ocurrido en el tiempo de ausencia, porque si estuviera en peligro de muerte, ella lo soñaría como inequívoca premonición del fin.

Y así fue.

Una tarde ventosa de verano, mientras Antonia tejía un saco para su hija menor, un sol empalagoso la envolvió en la vieja silla de la suegra y la acurrucó en un profundo sueño, el peor, del que había huido durante años.

Se despertó sobresaltada, temblando, queriendo borrar de su cabeza cualquier recuerdo de lo que acababa de presenciar. Pero no era posible, las imágenes eran demasiado claras, estremecedoras y la memoria le devolvía con insistencia la misma historia, como un golpe prolongado, más bien una paliza. Se encerró en la habitación para evitar que sus hijas la vieran y escondió el llanto en el volumen altísimo de un acetato. Atinó a tomar el teléfono y a hacer una llamada.

—Aló.

—¿Ignacio?

—Sí, ¿con quién? —casi no podía escuchar. Había un ruido de música en el fondo, alguien que cantaba con fuerza.

—Con Antonia —soltó un gemido.

—¿Cómo estás?, ingrata, me has abandonado casi una semana. ¿Te sucede algo? — pregunté en un intento por distinguir entre la voz de Antonia y la del cantante, que parecían montarse, mezclarse, unirse.

—Acabo de despertar de un sueño horrible, Ignacio, y estoy desesperada —hipaba.

—Tranquila, dime lo que pasó.

—Es mi marido —susurró ahogándose.

—Tranquila, cuéntame lo que soñaste.

—Es horrible...

—Vamos, respira un poco, cuéntame —insistí.

—Mi José dormía en el cajón de un camioneta llena de gente —la voz del disco se confundía con la suya— y yo lo miraba desde un lado, callada, resentida, a la espera de que despertara y me viera, *todo es efímero en la vida*, pero seguía durmiendo sin hacerme caso; la camioneta paraba a recoger más gente que se amontonaba como ovejas en un corral, todos hablaban, se reían a carcajadas, *fui feliz porque tenía tu cariño*, golpeaban las paredes del cajón para que el chofer fuera más rápido y la camioneta se movía, temblaba con un ruido de bisagras, hasta que una llanta explotó y la camioneta comenzó a dar vueltas, a golpearse contra una ladera, contra el guardarraíl, la cuneta, tantos árboles, *casi enloquecí cuando morías*, latas estrujándose, cuerpos despedidos por el aire, aplastados entre alaridos, *no era libre y no podía ir a verte*, y yo trataba de llegar hasta donde estaba él, pero no podía, mucha sangre, gritos, *abrazarte y besarte*, *no, no podía*, y el impacto, un aullido de latas, vidrios, muerte por todos lados, *pero sé que pronto he de tenerte...*

Después todo se quedó callado, negro, *allá en el cielo*, solo cuerpos mutilados, retazos, charcos de sangre, eran tantos, *frente a Dios eternamente volveremos a encontrarnos*, y yo intentaba hallar a mi marido, revisaba los cadáveres, los restos, *para nunca separarnos más*, hasta que al fin lo encontré, botado en medio de unas matas con la nuca aplastada, *libres, no tendremos que escondernos*, el cráneo reventado, con una maza blancuzca brotando de cada corte, le salía sangre por las orejas, por la nariz, la cara llena de polvo, *como antes para vernos por temor al qué dirán*, estaba muerto con los ojos abiertos, con una expresión de culpa, de remordimiento, como si estuviera a punto de llorar, *creo, allá no valen papeles ni prejuicios ni más leyes que el amor y la verdad*, podía sentir su dolor, su tristeza y avancé a cerrarle los ojos y a perdonar su abandono, aunque nunca sepa por qué se fue... *seremos felices, en el cielo, allá en la eternidad...*

El disco se calló y Antonia soltó un sollozo. Se hizo un silencio como un abismo.

—Se va a morir, Ignacio, mi marido se va a morir, estoy segura, y no puedo hacer nada, ¡no sé en dónde está...!

—Trata de calmarte, por favor.

—Yo sabía que esto iba a suceder; he pasado toda mi vida temiendo que llegara este momento, suplicándole a Dios que no suceda nunca y ahora mi marido se va a morir por mi culpa y no puedo hacer nada; yo sabía que no debía salir del cuarto, que no debía aceptar

sus cartas, que no debía enamorarme, porque terminaría por hacerle daño como a todo el mundo.

—No es tu culpa, Antonia, sabes que no es tu culpa.

—No quiero salir nunca más de aquí, no quiero conocer a nadie, no quiero sufrir por nadie más... me voy a encerrar hasta que me llegue la hora, voy a dedicarme a mis hijas — gimió— a rogarle a Dios que no permita que las sueñe, que me dé la certeza de morir antes que ellas —sorbió— tengo que despedirme, Ignacio, no quiero hacerte daño también a ti, no sería justo —colgó.

—¡Espera!

No volví a saber de Antonia. Nunca más me llamó ni me buscó, y yo no volví a llamarla para no quebrantar su intención de encierro. Era su derecho. Suponía, y hasta ahora, que me llamaría si, algún día, me viera morir en sus sueños. Sé que, solo entonces, se atrevería a romper su silencio.

A los tres días de su despedida, supe de un accidente de tránsito en Murcia, en donde habían muerto varios inmigrantes ecuatorianos que viajaban en un camión.

Te levantarás cada mañana a eso de las cinco, cuando el sol todavía duerme y la ciudad apenas es visible desde tu ventana. Abrirás la cortina y te quedarás mirando las casas y las callejuelas que para ti representan Quito, que serán, con el paso del tiempo, tu único recuerdo de ella. Esperarás a que abran la abacería de enfrente, que llegue el camión con las cajas de pan y las fundas de leche. Sabrás el momento preciso en que el voceador de diarios aparecerá y escucharás complacida su voz nasal al doblar la esquina; mirarás fijamente la casa de la viuda de Enríquez hasta que el portón se abra y salga, con el cabello relamido, ese muchacho que la consuela por las noches y que aspira, conjeturarás, a quedarse con los bienes de la anciana. Lo verás escabullirse nervioso, con la ropa del muerto, con el sombrero y el chaleco que le quedan grandes. La lavandera de la casa contigua comenzará a llamar a gritos a sus hijos, dos escuálidos negros que se resisten, día tras día, a levantarse tan temprano. Oirás el chorro de agua de la piedra de lavar que llena el tanque, el golpe de la ropa contra la roca, el ronronear de la espuma; a lo lejos, y eso ya a las seis, verás cómo se iza la bandera nacional en un retén de Policía y sentirás despecho de tu suerte. Te preguntarás, indefectiblemente, qué habrá sido de tu marido, en dónde estará enterrado y por qué nadie buscó algún familiar para darle la noticia; pensarás que nunca te avisaron, que, tal vez, ni siquiera pudieron reconocer su cuerpo mutilado, que no quisieron hacerlo. Entonces, alzarás la vista hasta el cielo, todavía plomizo, y comenzarás a rezar entre dientes, con una mezcla de sentimientos en el pecho; te darás cuenta de que aún sientes rabia por tu destino, por el sino maldito que te ha tocado vivir, pero también sentirás miedo y ese temor te obligará a comerte la ira y a suplicar a Dios por tus hijas, para que no permita jamás que las sueñes y las sentencias.

Te retirarás de la ventana con la carga de tu existencia a cuestas, con pesar, y avanzarás hasta el altarcito de figuras religiosas que levantaste desde pequeña, que has nutrido desde

entonces con medallones, escapularios y estampitas. Encenderás cinco o seis velas y volverás a rezar, con más fe y resignación que antes, durante quince o veinte minutos. Las dejarás prendidas mientras te quitas la bata floreada con la que duermes y te colocas mecánicamente una blusa negra, un saco de lana y un faldón gris. Intentarás no verte en el espejo cuando te laves la cara y te coloques ese pañuelo en el pelo. Tenderás la cama, barrerás la habitación y limpiarás el polvo del velador y la cómoda antes de apagar las velas con un apretón húmedo del índice y el pulgar.

Entrarás al cuarto de tus hijas mayores, abrirás la cortina y las instarás a que se levanten, primero con besos y después con aplausos, con llamados más firmes. Les dejarás la ropa al pie de las camas y te llevarás la del día anterior para lavarla. Harás lo mismo en el otro dormitorio y luego bajarás a preparar el desayuno. Verás con una sonrisa superficial a dos o tres inquilinos que salen a trabajar y te saludan agenciosos. Ellos casi no te conocen, pensarás a la vez que cortas unas naranjas para el jugo, y te sentirás conforme por ello, porque habrás conseguido limitar tu mundo a esa ventana, a la pensión avejentada de la que nunca saldrás y en la que esperarás tu muerte antes que la de cualquiera de tus hijas.

Las despedirás en el portón de la casa con besos sonoros en las frentes cuando vayan a la escuela, al colegio, al instituto, cuando se marchen a sus propias casas y solo vengán de visita con sus maridos y sus hijos, y te quedes más sola, viendo pasar la vida de los demás y la tuya desde la misma silla que una vez ocupó tu suegra y después tu marido, ese hombre cuyo semblante casi no recuerdas y que jamás volvió a tu puerta.

Te sentarás a recibir el sol de la tarde, a la espera de que alguno de tus nietos entre a abrazarte, que te llame desde la puerta y te busqué, te bese las manos y te pida que le regales uno de esos dulces que tanto les gusta. Le pedirás que te acompañe a dar una vuelta por el patio de atrás, en donde habrás sembrado cientos de plantas coloridas, flores, matas de uvillas y árboles con limones e higos tiernos. Pero llegará una tarde en la que nadie vendrá a visitarte y el sol te acurrucará suavemente, te adormilará sin percatarte y te llevará

a ese sueño que habrás esperado desde hace años y que nunca, menos ahora, has temido que llegue.

Te verás subir las escaleras hasta el corredor en el que te has quedado dormida y te sentarás a recibir el sol, a la espera, como siempre, y contemplarás desde tu silla las paredes descascaradas de la pensión, su color opacado por la lluvia, la pileta enmohecida, las rejas de hierro oxidadas, los tablones partidos, y pensarás que te has pasado toda una vida ahí, envejeciendo, esperando, que no has hecho más que eso durante tus setenta y ocho años, desde que eras la niña asustada de sí misma hasta ese momento que serás una anciana, sentada... esperando.

Escucharás a alguien abrir el portón de la casa y entrar, pero no oirás las voces de tus nietos ni de tus hijas y permanecerás en silencio, extrañada, aguardando algún ruido, cualquier indicio de una presencia conocida; sentirás el quejido de las escaleras con el peso y percibirás, entonces, una figura que sube, se aproxima e intuirás su presencia con inusitada emoción en el pecho, cerrarás los ojos, enjugarás lágrimas y los abrirás enseguida para verlo acercarse, después de casi cuarenta años; lo contemplarás caminar con su misma calma, quitándose el sombrero para saludarte, con felicidad en el rostro y un ramo de crisantemos amarillos entre las manos. Se arrodillará ante ti y te dirá que lo perdones por abandonarte, por no contarte lo que sucedía, que debió llevarte con él hace tanto tiempo, que han sido una eternidad esos años de distancia pero que ahora volverán a estar juntos, que esta vez te llevará consigo. Sonreirás y te incorporarás para abrazarlo, para recibir ese beso que has ansiado durante décadas y verás cómo las paredes, las rejas, la pileta, los tablones y toda la casa recobran su color original, se renuevan y se iluminan con un sol que acaricia, que empapa con su luz. Se abrazarán y olvidarán el tiempo, el dolor y la espera, y escucharás, como un rumor distante, una vieja melodía que cobra significado en cada palabra y que los envolverá poco a poco, los juntará y los unirá definitivamente...

*“Linda es mi agonía vuelvo a verte
a pesar que estás ausente de la vida.*

*Lloro de alegría por mi suerte
hasta el cielo iré enseguida
para amarte, adorarte y tenerte,
sí, siempre, siempre,
corazón, te quiero más que antes.*

Allá en el cielo..."

"En el cielo", E. Alessio-Larry (en la voz de Argentino Ledesma)

Me quedé sin consejera. Escuchar la voz de Antonia desconsolada me produjo una sensación extraña que rebasaba la pena. Me hacía sentir fuerte, como si presenciar tanto dolor me devolviera a una realidad más afortunada de la que creía tener.

Consciente de mi ridículo drama, volví al intento de exorcismo, debía convencerme de soltarla, de que no valía la pena gastar más cabeza en Sofía, así que tenía que excretarla a cómo diera lugar, “pero ¿qué más puedo hacer?”, le reclamaba al espejo con cierto recelo, ¿qué más?, casi todo, podía deformarla en mi memoria, sí, ridiculizar sus palabrejas dulces, recordarla con el rostro enrojecido de ira, con su voz estridente de añorada odiosa. Ya no me bastaba la realidad, ya no importaba la veracidad más que la farsa, inventar la más ácida parodia que me la sacara de encima, aunque tuviera que imaginarla cagando enrojecida en un baño pestilente.

breve acercamiento a lo que pudo ser

Sofía no nació... a Sofía la parieron.

Hasta que cumplió los cinco años, la niña no dio más señales de vida que respirar, no lloraba, no comía si no le exigían y no habló bien hasta que completó su dentadura definitiva. Su madre disfrutaba vistiéndola, le arreglaba el cabello con pequeñas binchas y lazos de colores, le probaba vestidos de seda carísimos, con cientos de encajes, a sabiendas de que al final del día estarían intactos, sin arrugas y sin manchas, porque Sofía no hacía nada si no se lo pedían.

Sus padres la llenaban de todos los juguetes imaginables para compensar su falta de habilidades sociales, tanto así que a los diez años tenía ya amoblada la habitación con refrigeradora, cocina, lavadora, secadora, horno pastelero, una vajilla de treinta y seis piezas, un juego de comedor, de sala, de dormitorio, de baño, cincuenta y tres peluches y todas las muñecas del mundo. Pero ella no se inmutaba, veía los paquetes que atiborraban su habitación como si no supiera qué hacer y se sentaba en el piso hasta que su mamá los abriera; entonces los revisaba con desdén, con desilusión, y los dejaba en el mismo lugar para ir al cuarto de su hermano mayor a verlo jugar con sus soldaditos de plástico.

Sofía odiaba sus muñecas porque se veía en ellas, mejor dicho, veía en ellas lo que su madre le hacía a diario: disfrazarla con ropas rarísimas y peinados horribles. Mientras la arreglaba, le decía todo lo que quería que su niña fuera, cómo esperaba que se portara, — es una bendición tener una mujercita en la casa, qué haría yo solo con hombres, quién sería mi compañía, a quién le compraría esta ropa tan linda, ¿ves qué lindo está tu vestido?, mi muñequita preciosa, te amo porque eres incapaz de hurgarte la nariz o jugar en el lodo; si fueras hombre, andarías como tu hermano, arrastrándose, haciendo ruidos, rompiendo sus juguetes como cualquier salvaje.

Imbuida por las telenovelas y aunque no lograba tener amigos, a los once años consiguió un novio, un escuálido pelirrojo de diez años que la acompañaba hasta su casa después del colegio —claro que vivía en la misma cuadra— y le brindaba la mitad de su *lunch* —antes de conocerla lo tiraba a la basura—. Sea como fuere, Jonás, como le habían llamado desventuradamente sus padres, era su noviecito y Sofía se lo creyó tanto, que le obligaba a tomar su mano y a decirle palabrejas dulzonas como había visto en la televisión; pretendía que el maltrecho muchacho, que no lograba comprender en qué se había metido, se pasara tardes enteras con ella viendo sus culebrones o, peor todavía, de testigos de los juegos de guerra del hermano mayor.

Jonás cambió tanto a partir de su noviazgo, que incluso su maestra se rompía la cabeza sin poder explicar cómo uno de sus peores alumnos se había convertido en el niño modelo. Sus tareas eran impecables y su comportamiento en el aula era digno de un monje tibetano; permanecía como paralizado, con la vista puesta en el pizarrón y, a ningún momento ni por accidente, regresaba a ver a sus compañeros. En verdad, lo único que Jonás quería era evitar el bochorno de los besos volados y las sonrisas enamoradas que le lanzaba la novia en medio de las burlas de sus compañeros.

El primer romance de Sofía duró solamente un mes; era muy alto el precio que Jonás debía pagar por las tareas bien hechas, para lo poco que le importaban. La ruptura se dio durante un paseo por el parque con la idea, según Sofía, de ver a los otros niños ensuciarse en el fútbol, subir a peligrosas escaleras chinas o lanzarse desde un columpio. El macilento novio miraba con cara larga cómo los demás se divertían, cómo reían mientras él iba de manito sudada con su muñeca de trapo, sorteando el vejamen de sus pares ante su idilio tan altisonante. El infeliz colorado aguantó todo lo que pudo hasta que se le cruzó una pelota, ahí mismo a sus pies, que ya no quiso esquivar; soltó la mano de la doncella y se incorporó al juego por el resto de su infancia.

Desde ese momento no volvieron a hablar, ni siquiera para dar explicación, ya que el malencarado exnovio, cada vez que la veía acercarse, emprendía veloz carrera detrás de la

primera pelota que encontraba. Ella no supo nada más de él, excepto por sus bajísimas calificaciones, que la maestra reclamaba airosa en medio del aula, y el apodo de "Pasabolas" que le habían puesto sus compañeros.

Cuando cumplió doce años sin conseguir un solo amigo, la madre de Sofía decidió que si los niños eran tan estúpidos como para perderse el florecimiento de una criatura así de hermosa y dulce, los animales eran lo bastante sabios como para regocijarse con su ternura y dejarse querer, con esos besos pegajosos y abrazos estranguladores con los que la niña evitaba nuevas deserciones, "es que tiene tanto amor para dar", decía infaltablemente la señora mientras acompañaba al desconcertado marido a enterrar las tortugas, gatos, perros, pollos, conejos y canarios que habían convertido al jardín trasero de la casa en un cementerio. Cada vez que le regalaban una mascota, la niña la apretaba con tal insistencia romántica que, al poco tiempo —dependiendo de la resistencia del animal— fallecía en sus brazos, con estertores o convulsiones. La niña lloraba a mares junto a la tierra fresca de las tumbas y no entendía por qué hasta los sapos y las lombrices aceleraban el paso ante su presencia.

Cierta noche se despertó con un ruido, se acercó a la ventana y observó aterrada una pelea entre la gata de la vecina y una rata, con zarpazos, mordiscos y chillidos que terminaron con cena en vivo. La pobrecita rata, como recordaría la niña, no había alcanzado siquiera a llorar del dolor, porque de un segundo a otro ya tenía las tripas en la vereda, en las fauces de la gata y, como era lógico —decía frunciendo el entrecejo— en la barriga de la bestia, que sacudía los restos de la ingenua ratita —así, como las de los cuentos— y los engullía gustosísima, una patita, otra patita, la cabecita y el rabito pobrecito, rosadito, indefenso, y se relamía y se limpiaba y se reía y se burlaba. Gata mala.

Al día siguiente, mientras contaba entre sollozos la masacre, su madre la abrazaba, la consolaba, trataba de explicarle —¿te acuerdas de ese programa de televisión que vimos el otro día?, ¿te acuerdas cómo los animalitos sobreviven en la selva? ¿los leones y los venados? —pero Sofía no quería escuchar, qué Bambi ni fábula de Esopo, los gatos eran

malísimos y los pobrecitos pericotes solo corrían y corrían— mami, cuando sea grande quiero recoger a todos los ratoncitos de la calle y llevarlos a mi casa para que los gatos no se los coman... y si algún gato se atreve a entrar, ¡pum! un balazo en la cabeza.

Los padres de Sofía no llegaron a comprender la magnitud de la “caridad y buen corazón” de su hija hasta que la encontraron en el jardín-cementerio velando a una rata que había recogido de la calle, con las velitas rosadas-felices que adornaran su pastel de cumpleaños meses atrás. Sentada a pocos centímetros del cadáver cerdoso, rezaba en un ininteligible murmullo a la vez que cavaba un huequito junto a sus demás víctimas para darle cristiana sepultura. La madre se espantó al punto de gritarle a su caramelito de fresa —¡deja esa porquería guambra de mierda! —y no paró de aullar hasta asegurarse de que Sofía no guardara ni el menor resquicio de caridad en el cuerpo; quemó —el vestidito celeste que te compré con tanto cariño en Navidad y los zapatitos nuevos que te regaló la abuelita... y ahora cómo se va a sentir la pobre señora si se entera lo que hiciste con su regalito y peor que te pasas jugando con ratas podridas, ¡juy no!, su nieta adorada metida en la inmundicia, y con lo difícil que es la veterana, ¿y si le da un soponcio y se nos muere?, que Dios no quiera, so-bre-tu-con-cien-cia hijita, no ves que ya está mayor, ¿no has visto cómo se pone cuando le vienen esos vahídos?, ojalá no tome a mal la noticia, porque esto no es algo que se pueda ocultar, no, ella lo tiene que saber, está en su derecho...

Entonces la madre de Sofía decidió que lo que necesitaba su niña era otra mascota —las tortugas no porque son lerdas y parecen momias, los perros se ensucian en todo lado y le pueden morder otra vez la manito, los conejos son pornográficos, los pájaros hacen demasiado ruido y de los gatos ni hablar, animales del demonio.

La solución era, pensó la señora, regalarle un hámster, pariente directo de las ratas pero aseado, enjaulado y silencioso, perfecto para Sofía.

El hámster se llamó Pelusa aunque era macho, un animal de color café al que la madre hizo colocar un lazo rosado en el pescuezo antes de introducirlo en una jaula-casa-de-*barbie* que diseñó especialmente, con muebles y hasta muñecas. Pelusa se pasaba acurrucado/a

en un rincón de su jaula, inmóvil, dormido/a; ni siquiera le interesaba comer, beber agua o jugar en la rueda, y solo se despertaba cuando Sofía movía su jaula para llevarlo/a al jardín a que tomara sol; entonces sí, el travestido animalito corría en círculos, se daba volteretas y parecía un torbellino dentro de su cárcel. Diez minutos después volvía a entumecerse por una semana más, en el mismo rincón en el que luego de seis meses lo/a hallaron con más de dos días de muerto/a.

Cuando la enésima mascota feneció, Sofía corrió a ocultarse debajo de su cama para llorar sin que su madre tratara de consolarla. Ahí renegó, pataleó y hasta se quedó dormida cuando la tristeza se hubo disipado. A partir de entonces, ese se convirtió en su refugio, ahí hacía sus tareas del colegio, ahí jugaba con los soldaditos que su hermano creía perdidos en acción o se acurrucaba a la espera de que alguien creyera que la habitación estaba vacía.

Fue así como descubrió su cuerpo, de manera incidental; se había pasado más de media hora descifrando un problema de Matemáticas, golpeteando con los pies los tablones de la cama, moviendo los muslos y las caderas como si reptara, dibujando círculos imperceptibles, adelante-atrás, adelante-atrás, aflojando y contrayendo músculos, la respiración contenida, los ojos apretados, hasta que olvidó los números en pos del vaivén de su pubis contra la alfombra.

Con este descubrimiento en ciernes, aprovechó la ausencia de sus padres en la casa, en vísperas de su cumpleaños número catorce, para encerrarse en su habitación y descifrar tan singular sensación. Cerró las cortinas, se recostó sobre la cama y empezó a tocarse hasta que localizó la zona con exactitud; entonces se frotó lentamente con los dedos, sintiendo su propia humedad, su calor íntimo. Para la noche, cuando su mamá golpeó la puerta con un cargamento de regalos infantiles, Sofía estaba desnuda, dormitando con una mano sobre el naciente pecho de pezones ámbar y la otra aferrada a su sexo enrojecido. Escuchó los llamados y los golpes como un eco distante que la obligaba a descender a su mundo de eterna niña, aunque su cuerpo ya había descubierto el más sublime de los placeres.

A los quince años fue a su primera fiesta, y no porque la hubieran invitado, sino porque fue en su casa: su cumpleaños rosa. Su mamá decidió que era el momento para presentarla a la sociedad y que, de una vez, todos la amaran tanto como se merecía. Mandó a hacer doscientas cincuenta tarjetas con manuscrita dorada rimbombante, letras con colitas de cerdo, lazos cargados por pajaritos y corazones rebosantes de alegría; el vestido que llevó esa noche —a esa edad ya no se vestía con sufrimiento, sino con resignación— tenía diez mil quinientas veintitrés lentejuelas, cuatro mil novecientos cincuenta y cuatro mullos, setecientas noventa y seis flores bordadas, treinta y cinco pliegues, catorce metros de encaje y ocho lazos, sin contar los del peinado; todo confeccionado en una extraña mezcla de seda rosada, hilo blanco y tul crema pálido. La casa fue decorada con orquídeas, globos y serpentinas multicolores, contrataron un conjunto de viento, un mariachi y un discomóvil, además de meseros elegantísimos y cocineras diligentes.

La concurrencia se limitó a su parentela y algunos despistados del colegio que, aunque no conocían a Sofía, se decidieron por la comida gratis y el show. La cumpleañera pasó sentada toda la noche, no bailó, no conversó sino con su madre, a quien presentaba a sus supuestos amigos a la distancia mientras ellos bailaban o asaltaban a algún mesero para atragantarse golosinas. Entre los despistados comilones estaba el “Pasabolas”, que ya no era su compañero desde hace tres años, había crecido sorprendentemente —con seguridad de tanto correr— y le empezaban a salir unos bigotes en la comisura de los labios que se halaba encantado hecho el interesante.

Cuando la fiesta terminó, Sofía se levantó, amortiguado el culo incipiente, y salió al jardín para ver a sus invitados irse. Se quedó parada por un cuarto de hora detrás de unos arbustos hasta que escuchó murmullos. Caminó en puntillas, se acercó en silencio y descubrió la que sería su verdadera fiesta de cumpleaños, su mejor regalo: el angurriente Jonás aprisionaba con ferocidad a alguna impúber que no lograba distinguir, le quitaba el cabello de la cara, la tomaba de las mejillas y abría la boca de tal forma que Sofía habría podido contar sus dientes; la empujaba contra la pared y la abrazaba con las manos abiertas en una suerte de

cacheo policial, la frotaba contra sus caderas, contra todas las partes de su cuerpo esmirriado. Sofía miraba, entre asustada y complacida, un espectáculo que revolotearía entre su cabeza y su pubis durante el resto de la noche bajo su cama, y viviría en su memoria por muchos años.

Ese hecho marcó el inicio de una nueva obsesión con Jonás, que ya no era el pecosito de palmas sudadas y colmillos puntones, sino el amante furtivo y bigotudo que imaginaba tocándose, exhibiendo su sexo de pelusas descoloridas, estrujándolo como si pretendiera escurrirlo. Lo imaginaba bailando frente a ella, enseñándole sus glúteos planos, flexionando músculos que no brotaban, sonreído orgulloso, despeinado, rojo encendido, insípido de pellejos y ojos celestes, todo un espécimen.

Sofía pasó su adolescencia a puerta cerrada, metida bajo la cama de princesita disney incitando a su cuerpo a excitarse con el contrahecho galán, cuya imagen hizo parte de su intimidad. Cuando sus compañeras de colegio escondían novios en el armario y contaban entre risas la envergadura de los pretendientes, ella paraba la oreja mojjigata y corría a su encierro autoerótico, a escuchar canciones de amor y a inventarse historias cursilonas con el colorado adolescente, que luchaba incansablemente por su amor.

Tanto ansiaba vivir un romance de telenovela que cuando conoció a Nicolás, a los diecinueve años, sintió que comenzaba a desleírse, con sudores fríos y calenturas de menopáusica.

Nicolás Hidalgo era un compañero de su hermano; estudiaba Derecho y hacía dos horas diarias de gimnasio, lo que le había traído, después de un año, un cuerpo lleno de músculos, de la cabeza a los pies. Cuando se vieron por primera vez, Nicolás tuvo que contener la risa ante los sonrojos de Sofía, que no dejaba de observarlo con la boca abierta; cada vez que él regresaba a ver, ella estaba devorándolo con la mirada.

Instantáneamente, las fantasías de alcoba borraron al flacuchento bachiller y lo reemplazaron con el corpulento leguleyo. Se obsesionó con la idea de seducirlo, de llevarlo a su habitación y desnudarlo con lentitud para sentir las formas de su cuerpo recio; se

estremecía pensando en sus carnes firmes, duras, el abrazo varonil, las caricias toscas, sintiendo su descomunal virilidad abrirse paso entre sus delicados muslos y rugir al cielo como una bestia.

Pero Nicolás ni siquiera la miraba y Sofía ya no se contentaba con imaginarlo en esa rutina onánica que se le hacía tan falsa. Así que decidió embellecerse para él, con pinturas y ropas que compró a escondidas de la madre, y que se ponía cuando él llegaba, para acercársele, saludarlo cerquita, impregnarle su perfume y restregarle los pechitos con un apretón.

Pronto Nicolás cayó en cuenta de las pretensiones de Sofía y aprovechó una tarde que el hermano rendía exámenes para visitarla y dejar que lo saludara como gata en celo, arqueando la espalda, ronroneando. Ese día, la virginal señorita recibió su agasajo en la camita rosa de su cuarto, en las escaleras del segundo piso y en la cocina; para cuando llegó el hermano, Sofía canturreaba alguna canción de Arjona, una de esas cantaletas repetitivas y abominables, con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella tan púdica, tan inmaculada, que no conocía de erecciones, sangrados o poses, acababa de descubrir un nuevo sentido a la vida, ahí mismo ante sus ojos, o entre sus piernas; más allá de recordar cada detalle, cada forma, olor, sabor y sonido de sus caderas en chacota, vio el estrépito del amante encorvado y desvanecido, indefenso e inútil, postrado a su voluntad.

Fue con él que Sofía aprendió el poder que guardaba en su cuerpo, lo tentaba, lo alejaba y lo atraía, le hacía tener corajes para luego ablandarlo con un pezón travieso o una felación desaforada. Pero cuando los trucos fueron develados, ambos comenzaron a aburrirse del otro. Ella no conseguía del tinterillo lo que sus propias manos lograban, se hartó de las muecas y los ruidos del precoz amante, y él se enamoró de una muchacha menos deschavetada que le ofrecía un romance relajado.

Una mañana de abril y luego de algunos meses a punta de autogestión, Sofía iba abstraída camino a la universidad, cuando casi la atropella un motociclista que esquivaba el

tráfico por las veredas. Se quedó pasmada con el frenazo y la llanta a menos de un metro de su falda plisada, y solo después de interminables segundos comenzó a llorar. El conductor se acercó a pedirle disculpas, a ayudarle a recoger las carpetas que había dejado caer; fue entonces, entre lágrimas y sustos, que se reconocieron. Era Jonás, el niño pelirrojo de la escuela, el adolescente de los arbustos, su primer novio, el único de sus fantasías. Se sonrieron de inmediato y se enamoraron al día siguiente.

Jonás había regresado un par de meses antes de los Estados Unidos, en donde vivió el último año en algún pueblo fantasma cerca de Denver, Colorado. A su regreso al Ecuador, se convirtió en un chico popular entre sus compañeros y, sobre todo, entre sus compañeras, por sus maneras agringadas, una fulgurante melena, su dentadura de ortodoncista, un arete brillante en el lóbulo izquierdo, gafas Oakley, jeans rasgados, botas con hebillas y una chaqueta de cuero con broches y *spikes*, trepado serísimo en una Harley Davidson verde aceituna, que hacía rugir al menos cinco minutos después de llegar y antes de irse de cualquier lugar. Era todo un renegado.

A pesar de que las chicas más bonitas de la universidad se lanzaban a los pies del colorado-delicioso, él las dejó a un lado, al menos oficialmente, para dedicarse a Sofía. Sus amigos más cercanos, cuatro más o menos como él, sabían que ese romance desabrido era uno más de sus caprichos, de esas cantaleas con las que él jugaba a ser diferente. Para Sofía, que se había convertido en una chica de ojos tristes, esclava de su casa y los designios maternos, la presencia de Jonás significó un cambio que pintaba definitivo: él le traspasó, con cada beso y cada revolcón, su vida social, sus amistades de autos lujosos, de clubes exclusivos y discotecas, que ella aceptaba gustosísima, con la misma disposición con la que lo aceptaba en su cama, en el asiento del Mercedes Benz del papá, en cualquier sofá de la casa y, de vez en cuando, en la piscina.

Dos años más tarde, la madre de Sofía lloraba a gritos mientras su hija le contaba de su embarazo y un mes después, se casaba con Jonás en la iglesia de Nuestra Señora de la Piedad ante más de doscientos invitados de alcurnia, fotógrafos de revistas y coro celestial

de colegio de monjas, que la escucharon aceptarlo con la voz entrecortada de tanta felicidad y prometer que viviría con él por el resto de su vida. Dicho y hecho.

Sabato, el insomnio y esta perenne inutilidad

La falta de costumbre y la mente que se dispersaba y se perdía en cualquier sitio, me devolvieron a la frustración de siempre: no puedo escribir, no quiero escribir, no sé cómo escribir. Las palabras seguían siendo extrañas en mis manos, redundantes en mi cabeza y la historia que quería contar quizá era muy reciente como para desligarme de ella y dejarla en un papel, incapaz de hacerme daño. Debía comenzar por escribir algo que no tuviera relación con Sofía, para olvidarla un poco, para enterrarla por completo sin dejar en el intento mi cordura.

A esas alturas de mi irresponsabilidad, ya ni siquiera podía presumir de ser un subempleado, el oficio de corrige-bodrios se me había escurrido entre olvidos y dramas, una llamada telefónica con un reclamo aireado y un portazo simbólico en la espalda de mi desazón. De seguro me habrán reemplazado con un chimpancé.

No tenía dinero, no podía tenerlo si no trabajaba, y no tenía intención de hacerlo, así que no quedaba más que encerrarse a entretener la mente entre libros y pócimas de embriaguez y olvido. Qué elegante.

Quito, mediados de 2005

Estimado señor Sabato:

Bastará decir que soy Ignacio Arellano, el escritor al que abandonó Sofía Guarderas; supongo que estos datos no le traen ningún recuerdo y que se necesitan mayores explicaciones sobre mi persona, aunque lo que soy en este momento se resume en la primera línea y eso con letra grande.

Confieso que, antes de decidir escribirle a usted, me he reventado la cabeza barajando nombres y libros, buscando el autor más idóneo para hacerle destinatario de mi correo. Sería de mal gusto revelar los nombres de los escritores en los que pensé o decirle por qué resultó usted el (des)afortunado. Sería de tan mal gusto como innecesario es contarle que nunca le voy a enviar esta carta.

Solo quiero que me escuche, que me mire en silencio como si fuera uno de los personajes de sus libros, esos seres que aparecen de la nada, que tienen una vida propia más allá de sus letras. Así como ellos se encuentran con usted en cualquier cafetería y se miran y se esconden, así hubiera querido yo encontrarlo para plantarme frente a su taza de café y soltarle esta retahíla de ideas y sentimientos que me confunden. Solo le pido que me escuche y, si después quiere hablarme, que lo haga, se acomode los lentes, se pase la mano por la frente y me aconseje, me ayude a vislumbrar un poco de luz en medio de este mundo de ciegos en el que parece que estoy viviendo.

Buenos Aires, mediados de 1972

Querido y remoto muchacho:

Me pedís consejos, pero no te los puedo dar en una simple carta, ni siquiera con las ideas de mis ensayos, que no corresponden tanto a lo que verdaderamente soy sino a lo que querría ser, si no estuviera encarnado en esta carroña podrida o a punto de podrirse que es mi cuerpo. Más bien podría ayudarte (y quizá lo he hecho) con esa mezcla de ideas con fantasmas vociferantes o silenciosos que salieron de mi interior en las novelas, que se odian o se aman, se apoyan o se destruyen, apoyándome y destruyéndome a mí mismo. No rehúyo darte la mano que desde tan lejos me pedís. Pero lo que puedo decirte en una carta vale muy poco, a veces menos que lo que podría animarte con una mirada, con un café que tomáramos juntos, con alguna caminata en este laberinto de Buenos Aires.

Hay veces en las que uno toma decisiones sin detenerse sobre lo que se está haciendo, sin sopesar cuánto cambiaría la vida a partir de eso. El problema es que no sé cuál de todas las decisiones que he tomado ha sido la responsable de mi situación actual. Tal vez no ha sido solo una. Sería fabuloso atisbar aquellos actos con los que el destino, si hubiese uno, va enhebrando nuestra vida, poder distinguirlos de los otros, que aparecen solamente para encubrir o abundar. Ahora me pregunto qué habría pasado si hubiera estudiado Derecho como querían mis papás, si en verdad lo hubiera intentado; qué habría pasado si no conocía a Sofía, si no hacía caso a sus insinuaciones y no me metía en su cama. No sé si tenía más opciones que las que tomé o si necesitaba ser otro para no hacer lo que he hecho. Su idea del destino inevitable me espanta, señor Sabato. ¿Qué habría pasado si María Iribarne no se detenía a mirar aquella ventana dentro del cuadro?, ¿si

Martín nunca hubiera regresado a ver en aquel parque? ¿Qué historia se podría contar?, ¿habría alguna? Si Castel no se obsesionaba con ella, ¿habría dejado de ser él?, ¿tenía la opción de no hacerlo? Si Alejandra abandonaba su pasado y se dejaba amar, ¿sería otra?, ¿estaría en su potestad no matar a su padre y después inmolarse? Ahora comienzo a jugar en su terreno, con sus reglas, con los fantasmas que, como ese Bruno que solo observa, vagan por el mundo retaceado que construimos para poder existir. Yo también encontré a esa mujer casada, yo también sufrí con sus intrigas y sus miedos; yo también la he amado tanto como para asesinarla mil veces, para llorar por su muerte y confesar a gritos mi desgracia. ¿Es que acaso podía yo tomar otras decisiones?, ¿dependía eso de mí?

He pasado por la vida dando tumbos, me harté de todo, de la beatitud ingenua de mis padres y de las universidades en las que me obligué a estudiar, me cansé de mi propia envidia y tedio, me convencí de mi inutilidad tanto como de mi vocación inexorable por la literatura, que ha sido la última nave por quemar, la última puerta que quiero abrir, porque ya estoy harto de abrir y cerrar puertas por las que nunca entro. ¿De qué me ha servido crearme escritor?, ¿de qué me ha servido gastar media vida entre libros?, si soy yo mismo quien montó esta farsa como pretexto para no salir al mundo. Me siento perdido, señor Sabato, y estoy seguro de que alguien como usted puede ayudarme, porque habrá pasado por ese camino cuando era joven y comprenderá por qué no termino de asumir el estúpido rol que me ha asignado el mundo.

Me decís que estás perdido, vacilante, que no sabés qué hacer, que yo tengo la obligación de decirte una palabra. ¡Una palabra! Tendría que callarme o hablarte durante días, o vivir con vos durante años. Solo el arte de los otros artistas te salva en esos momentos, te consuela, te ayuda. Solo te es útil (¡qué espanto!) el padecimiento de los seres grandes que te han precedido en ese calvario.

Le decía que intento dedicarme a este oficio desde hace años, en los cuales he aprendido, más que a escribir, a quejarme y a criticar a todo el que pasa delante de mí, a saber qué zapatos tengo que lamer y qué libros debo alabar para quedar bien con el grupejo de intelectuales de la comarca, incapaces de ver más allá de su letra deforme y su séquito incondicional. Pero quiero que comprenda bien, señor Sabato, yo no aspiro a ser parte de su culto, me resisto a espulgar entre líneas sin virtud y fingir fascinación por un texto insípido escrito por tal o cual, ese que gana todos los premios y publica cada seis meses; no pretendo reconocimiento público ni aplauso, solo aspiro a un ápice de justicia, poética, divina, mundana, la que fuere.

Te desanimás porque no sé quién te dijo no sé qué. Tendrás infinidad de veces que perdonar ese género de insolencia. La verdadera justicia solo la recibirás de seres excepcionales, dotados de modestia y sensibilidad, de lucidez y generosa comprensión. Es que para admirar se necesita grandeza, aunque parezca paradójico. Y por eso tan pocas veces el creador es reconocido por sus contemporáneos: lo hace casi siempre la posteridad, o al menos esa especie de posteridad contemporánea que es el extranjero.

Como resultado de este enmierdamiento solamente he sacado una depresión crónica, una ira espumante y un desempleo perenne. Me he convertido en un amargado profesional, un simulacro de escritor que no escribe; las ideas se me acabaron y no

encuentro historias para contar. Es que no puedo escoger un tema al azar y sacar de él un cuento, como el conejo sale del sombrero del mago. Por eso me siento tan inútil, he puesto mi voluntad y mis consecutivos fracasos a los pies de esta estatua de sal, he abandonado ese futuro supuestamente auspicioso, me he peleado con el dios de mi infancia y he sufrido el rechazo de la incomprensión, los silencios interminables, las dudas como único arrullo, esos estúpidos fantasmas que me corroen, me persiguen y me recuerdan que no he escrito una sola línea en meses, que todo ha sido apenas un pretexto para no hacer nada.

Que no seas capaz, como me decís, de escribir sobre "cualquier tema" es un buen indicio, no un motivo de desaliento. No creas en los que escriben sobre cualquier cosa, en los "fecundos" fabricantes de best-sellers a medida, esas prostitutas del arte. Ellos sí pueden elegir el tema. Cuando se escribe en serio es al revés: es el tema que lo elige a uno. Y no debés escribir una sola línea que no sea sobre la obsesión que te acosa. Resistí, esperá, poné a prueba esta tentación. Escribí cuando no soportés más, cuando comprendás que te podés volver loco.

A veces me imagino como el personaje de un cuento de otro, ejecutante de una farsa impuesta, del invento absurdo de un escritor. Imagino que mis incertidumbres y mis yerros son el resultado de una voluntad superior, del juego macabro de un intelectual mediocre, de esos que tanto repudio. ¿No es usted también uno de sus personajes? ¿No son ellos parte de usted, como sus brazos o su cabeza? ¿No es la soledad de Martín su propia soledad?, ¿las manías de Castel, las suyas?, ¿el temor a lo inevitable que persigue a Alejandra o a María?, ¿la fijación de Vidal Olmos con los ciegos no es también la de usted?

¿Y esos cuestionamientos metafísicos que abundan en sus novelas no le son propios?, ¿no es su paranoia, no son sus obsesiones, con las que tiene que vivir día a día?

Las obsesiones tienen sus raíces muy profundas, y cuanto más profundas menos numerosas son. Y la más profunda de todas es quizá la más oscura pero también la única y todopoderosa raíz de las demás, la que reaparece a lo largo de todas las obras de un creador verdadero. Y no te preocupés por lo que puedan decir los astutos, los que se pasan de inteligentes: que siempre escribís sobre lo mismo. Es lo que hicieron Van Gogh y Kafka y todos los que deben importar. Si estás dispuesto a sufrir, a desgarrarte, a soportar la mezquindad y la malevolencia, la incomprensión y la estupidez, el resentimiento y la infinita soledad, entonces sí estás preparado para dar tu testimonio.

¿Alguna vez pensó usted que alguien como yo llegaría a decirle todo esto? A lo mejor no somos tan diferentes, señor Sabato, aunque la comparación me favorezca tanto. Yo sí me he puesto a imaginar que un día alguien tan estúpido como yo se sentará a leer mis cuentos, entenderá mis motivos, se estremecerá y me imaginará, a su vez.

Ignacio

(Todas las citas de Sabato han sido tomadas de *Abaddón el exterminador*, del apartado "Querido y remoto muchacho")

Terminé la carta, la ensobré y la quemé. Entrega inmediata. Sentí una especie de alivio. Esa tarde no quería beber, necesitaba volver al papel en blanco, una taza de café, un cigarrillo al borde de ese precipicio urbano que era la ventana, a salvo de sus criaturas, perros tras su propia cola, autómatas en un mundo para autómatas. Afuera nadie esperaba, a nadie le importaba el marasmo del que creía salir; no hay peor infamia que levantarse después de que el mundo se ha venido sobre uno y cerciorarse de que nadie se ha percatado siquiera.

Sea como fuere, esa tarde no quería beber, sino respirar un poco de aire nuevo; tal vez podría enfrentarme a mis propios ciegos, para no dejar que sus ojos nublados y sus intrigas me acorralaran, me enloquecieran y destruyeran. Por un instante me sentí a gusto, libre de mi propia crueldad, quizá más como resultado del agotamiento que de una esperanza. Pero a los cinco minutos de haber tomado esa decisión llegó Mario, con una botella de whisky y una botica ambulante en su mochila.

A eso de las tres de la mañana desperté con la lengua pegada al paladar. La cabeza parecía reventarse desde las órbitas, con un ardor insoportable en el tabique. Fui hasta el baño y encontré a Mario tiritando en medio del corredor. Lo cubrí con su propia chaqueta. Intenté limpiarme la nariz y apenas hice presión con el papel sentí en la boca un sabor a sangre. Me cubrí para no ensuciar y, pensando en una hemorragia aparatosa, me miré en el espejo contrariado. Apenas un par de gotas. Me lavé la cara y bebí. Me taponé un orificio nasal y volví a la habitación. Mario aún temblaba con una queja inaudible. Le hablé pero no respondió; parecía sufrir una pesadilla, allá en su cabeza maltrecha de químicos. Lo palmoteé de paso a mi cuarto.

Entré a la cama después de quitarme los zapatos y traté de dormir. Recordé mi sueño con Sofía, nuestra última conversación. Recogí del velador un libro que releo con cierta compulsión: *Tantas veces Pedro*. Repasé sus páginas como si fueran naipes y me avergoncé de su aliento empolvado; cuántas veces quise escribir una historia así e inventé que andaba por medio mundo con una estatua y un pretexto envilecido por el tiempo. Tal vez si intentaba escribir algo...

El Cuaderno de Puteadas aguardaba.

—¿Y ahora?

La hoja en blanco era el abismo.

El cielo se aclaraba con más rapidez de la que yo era capaz de asimilar; me sorprendí peleando conmigo mismo, fumando y bebiendo otra vez con la idea de que solamente ebrio conseguiría dormir.

Me acerqué a la radio y la encendí; busqué una emisora al azar. Algo de Janis Joplin me ayudaría a aguantar hasta que la mañana se instalara, quizá hasta que volviera a caer la noche. Un noticiero. Cambié de estación; nunca he podido resistir tanta realidad en una sola bofetada. Divagué por el dial y me detuve al escuchar un nombre. Me quedé atontado, tratando de entender cómo aquellas dos palabras fueron a parar a la boca del locutor. Alcé el volumen:

—... le cuento amigo Ramiro que el cuatro, no, el cuarto, sí, el cuarto Simposio Internacional de Poesía Hispa... Poesía Hispanoamericana... —trastabilló entre aplausos grabados y una tonadilla clásica.

—Sí-sí, correcto, poesía hispanoamericana, querido Pavelito.

—Se llevará a cabo en los próximos días en Madrid...

—La capital de España, la madre patria, le dicen —completó el otro con tono promocional.

—... y contará con la participación de las más connotadas plumas de nuestra lengua...

—Habrá más plumas que en una almohada, dice usted —lanzó una carcajada.

—... y servirá como vitrina para los más ilustres talentos juveniles de la Región —siguió como si nada con la noticia...

—Oiga colega, eso me suena como que van a desplumar poetas —efecto de flatulencia, aplauso y nueva carcajada.

—... en el caso de nuestro país, a la cita acudirá el escritor Germán Sevilla, poeta quiteño de diecinueve años de edad que ya tiene a su haber la publicación *Elixir de sal...*

—¡Vaya pues, qué talentoso... o mejor dicho, qué salado el poeta! —lanzó un berrido, alguien silbó, platillo y *loop*.

—... que será presentada en la capital ibérica en uno de los actos solemnes de este magno, magnífico, magnificente evento cultural —reverberancia incluida, aplausos, música de concurso.

—Acuérdese de ese nombre, Pavelcito, grábeselo bien, Germán, ¿cómo dijo?, Sevilla, Germán Sevilla, ya va a ver lo lejos que llega este muchacho, ya va a ver, hasta a ministro puede que llegue.

—Parece que está naciendo una nueva figura de las letras en la mitad del mundo, ¿ah?, ¿no'cierto Ramirito?

—Sí-sí, como usted bien dice mismo es, que nazca no más el trovador en este país al que tanta falta le hacen nuevos talentos, aquí mismo en la emisora necesitamos alguien con esos dotes, que dé escribiendo unos versitos para los agasajos, por ejemplo, para los días patrios, para la mamacita, para el maestro; fíjese usted que todavía tenemos los que enamoram con palabras, esos “amantes a la antigua”, como dice Roberto Carlos, galantes, caballeros, elegantes...

Los artistas no nacen, se hacen

parte III

El padre Javier Céleri, un religioso treintón de ojos rasgados, solía caminar por las calles empobrecidas de Madrid vestido de civil en busca de almas perdidas y desconsoladas, con un aire de consejero y redentor atribuido por él mismo, alto, enjuto y delicado. Hablaba con las manos en oración y suspiraba con una sonrisa celestial, como en un constante vuelo de marihuana... lento... pausado... desesperante. Germán encontró en los labios místicos de este discípulo caído del paraíso una luz que le auguraba paz, era un ángel de espada y armadura, todo un personaje.

Desde su primer encuentro, el reverendo le habló de la ayuda espiritual que su comunidad prestaba a los desvalidos, a los enfermos y a los desolados; le contó decenas de historias sobre conversiones, maridos borrachos que se volvían fieles amantes de sus hogares, prostitutas que terminaban sus días como misioneras en África, drogadictos que ahora trabajaban vendiendo estampitas de la Virgen en los parques o hasta políticos corruptos que donaban sus propiedades a la congregación y denunciaban a sus antiguos compañeros de pecado; todo era, según él, gracias a la bondad del Señor, a la satisfacción de hacer el bien a los demás.

Céleri le enseñó tres libros que había escrito bajo la iluminación del Espíritu Santo, a quien escuchaba y veía en prolongados trances en los que recibía enseñanzas místicas. Decía que de un momento a otro sentía desvanecerse como si su alma abandonara su cuerpo y entrara a una dimensión de luz, paz y un amor que se respiraba y palpaba.

—Es como estar flotando en un mar de tranquilidad, sin tiempo, sin espacio, sin limitaciones, sin más anhelos que el pleno disfrute de la divinidad, siendo parte de ella —y cerraba los ojos, se tocaba los brazos, el pecho, movía la cabeza hacia los lados; percibía formas maravillosas, aromas exquisitos, sonidos delicados, voces que hablaban desde su

interior y lo llenaban de fuerza, lo abrazaban intensamente. Cuando las experiencias terminaban, quedaba exhausto, aturdido, inundado de tristeza por sus semejantes, por el dolor que le causaban a Dios con su egoísmo; entonces se sentaba a escribir lo que recordaba de esos encuentros y era como si alguien le dictara las reflexiones, las citas bíblicas, las oraciones de misericordia y arrepentimiento.

Germán quedó asombrado del convencimiento del religioso acerca de sus visiones, de la confianza y la paz que transmitía con sus maneras suaves y lo acertado que podía ser para aconsejar, siempre apoyado en episodios de la vida de Jesús, de alguno de sus apóstoles o de cualquier santo, aunque nadie los conociera. Hablaba con tanta naturalidad y sabiduría de los problemas mundanos, que Germán estuvo tentado a revelar sus dolencias genitales, a la espera de que sus palabras o sus oraciones sofocaran el infierno que cargaba en la entrepierna.

El padre Célleri lo llevaba a caminar entre prostitutas y drogadictos, le enseñaba dónde quedaban los burdeles, quiénes eran sus clientes más conocidos y cuáles eran las tarifas, los precios de las sustancias y los códigos para conseguirlas; era como si se pasara la vida por esos barrios, atendiendo espiritualmente a la escoria del mundo, “como lo hacía nuestro Señor en sus tiempos”, respondía sonreído a las primeras y últimas dudas del vate, justo antes de pedirle que lo esperara en la puerta de un prostíbulo mientras aconsejaba a los pecadores que saciaban su inmundicia con mujerzuelas. Era un primor de cura.

Pero cuando su relación se hizo más cercana y Germán se ganó el afecto y la confianza del sacerdote, no pudo obviar ciertas particularidades que darían inicio a una de las más conflictivas etapas en la vida del poeta, un cambio radical que lo marcaría hasta la noche de agosto en que su última esposa lo encontró estrangulado con su propio cinturón.

Javier Célleri llevaba una doble ¿o triple? vida: las visitas al bajo mundo no eran tan piadosas como presumía, prefería vestirse de seglar a tiempo completo y atesoraba una colección de joyas ostentosas; ya entrado en intimidades, blandía airoso una chequera y un abanico de tarjetas de crédito para pagar sus banquetes cotidianos en restaurantes de lujo;

manejaba un auto de ochenta mil dólares y la casa de la comunidad parecía más el palacio extravagante de un jeque que un santuario a la austeridad.

Sin embargo, las dudas que el venéreo poeta debió tragarse iban más allá: el religioso viajaba constantemente a los Estados Unidos, a Suiza, Holanda o Alemania, y lo único que traía de vuelta eran recuerdos banales y chucherías: cámaras de video, computadoras portátiles, cristalería fina, botellas de whisky o brandy, cajas de cigarrillos de sabores, pinturas, esculturas, catálogos de subastas, fotografías de suites presidenciales, casinos o clubes exclusivos; incluso una tarde apareció con un Rolex bañado en oro con incrustaciones de diamantes, que brillaba más que todos sus anillos, cadenas y pulseras juntas, más que todo el oro de una catedral colonial.

Pero la bondad que destilaba el santo era suficiente como para que Germán excusara su consciencia y se sentara feliz a comer langosta o escargots, a ver los videos de los paseos del cura; daba lo mismo si hacía los viajes para conseguir fondos o para malgastarlos, con una sonrisa y una frase del Evangelio todo estaba resuelto.

En menos de tres meses, Germán terminó de asimilar la farsa y se volvió chaperón de los viajes del cura, disfrutaba de fines de semana de piscina y masajes en algún *resort* del Caribe, camino a un seminario en Miami o Caracas; se había convertido en su asistente personal y confidente, le manejaba el Bentley, llevaba sus cuentas internacionales, el inventario de sus bienes y le ayudaba a vestirse antes de cada ceremonia como escudero fiel.

El acólito se acostumbró tanto a la vida religiosa, que dejó su trabajo y su departamento para vivir en la casa del iluminado, asesorarlo en cada discurso, arreglar sus citas, sus almuerzos de negocios y sus tours. Germán tardaría mucho tiempo en cuestionarse la integridad del padre Célleri como un conflicto ético, quizá porque estaba demasiado ocupado conociendo el mundo con el que había soñado y a un precio módico, pagado por cinco o seis grupos de benefactores obesos de monedas, viudas tosigosas que se aseguraban un puesto a la diestra de Dios Padre o empresas de papel que no pagaban

impuestos; nadie sufría porque eran apenas unas migajas de dinero mal habido las que servían para satisfacer la vida mundana del sacerdote.

Una noche, después de una copiosa comida, amo y esclavo se sentaron a ver grabaciones que el religioso había hecho en una de las más concurridas calles de Ámsterdam, con mujeres en vitrinas, prostitutas y travestis que, en vez de huir de la cámara, posaban, se manoseaban y mostraban impúdicas sus partes, mientras el padrecito los festejaba. Ya entrados en tragos, Javier le explicó lo excitante que le resultaba ver tanta carne, “considerando que mi voto de castidad ha aprisionado en mi ser tantos deseos; a veces me pregunto si Dios aprueba ese sacrificio, ¡vamos!, si él mismo nos ha dotado de un cuerpo, de sensaciones y pensamientos lascivos, de zonas erógenas, de partes hechas exclusivamente para dar y recibir placer, como la forma más íntima de unión, entrega y amor hacia el prójimo...”, justificaba.

A Germán le quedaba todavía un ápice de desconcierto, que terminó de esfumarse cuando sintió la mano del reverendo sobre la suya; no tuvo valor para negar que el cariño y el interés se convirtieran en lujuria; pensó que no era para tanto, que nunca había compartido tantas cosas con alguien, que el amor físico no era sucio, que él también lo amaba.

Se desnudaron uno al otro hasta descubrir sus cuerpos iguales, sus manos frías se encendieron con besos, con el roce impúdico de sus sexos como espadas en combate, en busca del anillo del sodomismo, el dolor de algún adminículo puntón que se abre paso, las ganas contenidas por tanto tiempo y después el placer del vientre que choca contra los glúteos, la fricción recia, incontenible, y la descarga seminal que muere entre mierda y sangre, oculta el abrazo masculino, robusto, que les impedía verse, avergonzados y absortos.

Luego de la brutal embestida, Germán sintió que el alma se le escurría por el recto, con líneas de sangre que corrían hacia sus pies y salpicaban la alfombra persa del cuarto. Como

la hemorragia no paraba y ya no podía mantenerse en pie y menos aún sentarse, el expoeta creyó morir de la peor forma posible... ¡cómo lo recordaría la historia!

La impresión, más que la pérdida de sangre, le hizo desmayar a la media hora del suceso y mientras el padre vociferaba y lo jaloneaba, el hijo se soñaba descansando en un campo de margaritas fragantes, con una brisa templada y un sol inofensivo que lo llenaba de sosiego. Con una sonrisa se incorporó para ver a los pajaritos revolotear, a las ardillas que jugueteaban a su alrededor y disfrutaban de ese paisaje perfecto que Dios les había regalado. Pero de pronto, los animales se esfumaron y Germán presintió que algo estaba por suceder; la incertidumbre le retumbó en el pecho. Un susurro a la distancia, apenas audible, más fuerte, un ruido que se convertía en estruendo, la tierra rugía, temblaba por la estampida mientras una sombra abría caminos en el campo hacia él; corre, corre, pero el cuerpo no le obedecía, seguía inmóvil, aterrado, llorando como un niño.

Ahora avanzaba con rapidez, dejaba las margaritas a su espalda, las pisoteaba, se adentraba en una llanura con sus perseguidores atrás, más cerca, y no se atrevía a mirarlos, tenía pavor de lo que encontraría, huye, y las piernas se entumecían, huye, necesitaba aire, el pecho parecía salirse por la boca, corre, más, más...

De repente se hizo un silencio total y Germán lo percibió como un peso que le quitaban de encima; se detuvo, respiró extenuado, incapaz de dar otro paso. Dio vuelta y se encontró

con una manada de toros salvajes que lo miraban a unos metros, inmutables, y le apuntaban con *los cuernos encorvados*; solo escuchaba sus respiraciones, bufaban, listos para embestirlo. Lloró con la boca cubierta con las manos, seguro de que en pocos segundos lo arrasarían. Quiso decir una oración, pero al primer murmullo los toros empezaron a sacar polvo con sus pezuñas. Siguió con su oración mental, pero ellos lo oyeron como si hubiera gritado cada palabra y arremetieron con ferocidad en un acto más circense que aterrador. Sintió todas y cada una de las cornadas atravesar sus órganos, romper sus costillas, sus huesos, lacerar la carne, alzarlo por los aires, pelearse por matarlo; su cabeza golpeaba contra sus cuerpos ennegrecidos de furia, parecía un muñeco de trapo que sentía todas las punzadas, sangrante, incapaz de defenderse y a pesar de que se sabía muerto, seguía vivo...

Se despertó boca-abajo en un cuarto de hospital. Afuera amanecía y el efecto de la anestesia se esfumaba con las últimas sombras, dejándole un rastro de agujones. Un semblante se hizo notar a su costado.

—¿Qué pasó?

—Que habéis tenido un desgarro y una hemorragia de la ostia —susurró el cura—. Pensé que os ibais a morir, perdisteis el conocimiento y tuve que traerlos al hospital; todos aquí piensan que sois puto o maricón, no sabía que teníais registro clínico, macho, dijeron que os han tratado de una enfermedad venérea hace seis meses.

—La puta de mi exesposa, ¡negra de mierda! —pujó con el rostro hundido en la almohada.

—No importa eso, ya estáis curado... vamos a salir de esto juntos, chaval.

A los dos días le dieron el alta y en menos de un mes de castidad, el sacerdote y su secretario volvieron a las andanzas.

Aunque pasaban todo el tiempo posible juntos, Germán nunca se atrevió a cuestionar en serio la parafernalia y los embustes con los que el amante encubría su vida; era como si el poeta hubiera asumido las culpas del otro y las llevara como suyas; le ayudaba a conseguir más donaciones, servía de coartada para sus engaños a la congregación y por último le escribió dos libros de reflexiones y mensajes divinos, con su toque de melosa erudición, que servían como carta de presentación en las colectas y reuniones de oración. Todo era por el bien del prójimo.

En menos de un año, Germán se convirtió en un iluminado más dentro de la congregación “María Madre de la Esperanza, la Solidaridad y el Amor en favor de los más necesitados, desvalidos, atormentados y pobres de espíritu” y, a pesar de que era todavía un seglar, todos lo llamaban Hermano Germán, el que dirigía las plegarias, los cánticos y, de vez en cuando, las bendiciones.

Luego de las sesiones de Biblia, el cura y su asistente se reunían a puerta cerrada para representar un ritual que conocían de memoria: hacían cuentas, tomaban unas copas de brandy y teorizaban sobre la naturaleza pecaminosa del hombre a partir de las confesiones de los devotos; las condenaban, las entendían y después las justificaban, en un ciclo que pretendía ocultar su secreto y terminaba por encender su lascivia. Todo se repetía: el padre de rodillas frente a su acólito, abrazado a su vientre con el bocado dentro, mientras el otro le acariciaba los rizos negros, la cara hacia el cielo y los ojos cerrados en trance; el poeta sentado a horcajadas sobre el religioso que lo sujetaba de las caderas, hundiéndolo en su cuerpo consagrado, estrujándolo hasta sacarle los pecados por la boca. Ni bien acababan los temblores y las palpitations viriles, se retiraban en silencio a sus habitaciones en donde amanecían solos, dispuestos a olvidarlo todo. Esa intención se desvanecía siempre durante el bufé del desayuno.

Germán había optado por desentenderse de la razón para no pensar en lo que hacía con su vida, huía de la idea de terminar sus días como el amante furtivo de un sacerdote corrupto y no como el poeta universal que había soñado ser; distraía la mente y prefería ver esta etapa como un descanso bien pagado y no como una transición.

Justo entonces, el destino le daría otro giro a contramano. Cuando Germán regresó al Ecuador por el entierro de su madre, lo hizo solo, con la idea de volver a sus raíces, reencontrarse con rostros de su pasado más glorioso, recorrer antiguas direcciones, visitar a sus amigos escritores y descansar de su agitada rutina madrileña. Creía que al enfrentar los miedos que lo ataban a Quito, podría regresar a España más tranquilo y conforme con su suerte. Pero apenas vio a su mamá en el féretro sintió que la había traicionado, que había olvidado todo lo que era, para lo que vino al mundo. Lloró escondido en un baño y no habló con ningún familiar, ni siquiera con su padre; apenas lo abrazó y se dejó traspasar el pecho cuando el anciano le pidió que no sufriera, porque su difunta madre de seguro lo veía desde el cielo y lo acompañaría siempre.

Se había acostumbrado tanto a mentir sobre su vida que ahora se sentía delatado. Su madre vería cada día de su vida, y lo que era peor, vería cada noche, y lloraría avergonzada como un alma en pena.

A pesar de que el viaje debía durar tres días, Germán se quedó tres meses, para confortar al viudo y ordenar los asuntos de la muerta; descubrió el álbum en el que su mamá guardaba todos los recortes de periódico en los que aparecía el hijo, fotos orgullosas, invitaciones a tertulias que Germán ni recordaba, las revistas que publicaban sus artículos, todas las ediciones de sus libros, con anotaciones en los márgenes de las páginas y versos subrayados: su madre era, sin duda, su mayor admiradora, como lo fue desde el principio, en aquella lejana tarde de su infancia. Entonces, un torrente de culpa acumulada lo invadió, se maldijo, se odió y se asqueó de sí mismo, decidió dejar la congregación para volver a sus poemas y a sus clases universitarias, al sueño que su madre creía real hasta el momento de su muerte.

Perdió todo contacto con el religioso español, lo sacó de su memoria con tanta facilidad que no dudó en calificarlo como “un consejero espiritual contradictorio y enigmático que pretendió envolverme con su misticismo, pero yo logré detectar a tiempo la inmundicia y falsedad que emanaban sus actos”, cuando lo interrogó la Policía a su regreso a España.

El padre Célleri estaba desesperado por la ausencia del secretario incondicional, las cuentas le quedaban incompletas y los enormes faltantes de dinero habían despertado sospechas en otros miembros de la congregación tan cuervos y más hambrientos que él, al punto de exigirle una auditoría que, a la postre, terminaría por demostrar el desfaldo del cura a su amada comunidad.

Lo expulsaron sin mayor trámite, le prohibieron el ingreso a cualquier instalación de la Iglesia y lo demandaron por estafa; sus libros de oraciones y reflexiones fueron retirados de las librerías, su nombre fue borrado de todos los registros existentes y las pertenencias que no logró sacar, en su vertiginosa huida, fueron incineradas. Nadie quiso volver a verlo.

El exreligioso se enclaustró en un motel en el centro de Madrid para purgar una culpa que consideraba ajena; su vida estaba destruida y el único culpable era el sudaka desertor. Si no se hubiera ido, nunca se habrían descubierto la doble contabilidad y los gastos suntuarios, no lo habrían humillado y despojado de su cargo, de su dignidad y sus donaciones.

Para colmo de males, las ganas reprimidas y una profunda depresión desembocaron en una orgía mortal de primera plana de los diarios locales. Se encerró en la habitación a beber sobrantes de jerez y brandy, a fumar habanos y escuchar canciones de Ella Fitzgerald mientras quemaba tiquetes viejos de avión y fotos del amante. Ya borracho, quiso recoger los pasos en su burdel preferido y gastó sus últimos euros con dos travestis bien emperifollados que no tuvieron empacho en devolverle los golpes cuando el iluminado se puso peleón. Antes de que pudiera asestar el primer manotazo, sus acompañantes lo dejaron boqueando sangre en la tina del baño, donde lo encontró al amanecer una mucama

y llamó a emergencias. Para cuando llegó la ambulancia, el siervo descarriado ya había descendido a los infiernos.

Amén.

Seis meses después de la muerte de la madre, Germán publicó su *Elegía nocturna*, que comprendía setenta poemas de estructuras y estilo clásicos sobre las virtudes humanas reflejadas en la vida de su mamá. Era, a todas luces, un dramón cansino que, como podía suponerse, alcanzó cinco ediciones nacionales de dos mil ejemplares cada una y una internacional de veinte mil, con lo cual enterró su etapa de putita de Lucifer y volvió a ser un poeta universal.

Se radicó en el sector quiteño de la Mariscal, en una casa que le prestó un primo. Allí vio la luz su obra más polémica y vendida, *Secretos y revelaciones de la Cruz*, que incluía cien poemas en los que “el autor reconstruye los hitos de la historia de la humanidad a través de preceptos religiosos mermados por una institucionalidad recalcitrante y la ignominia de líderes corruptos que han conducido a los pueblos a la ruina material y espiritual” (Johannes van der Maüssverstoffen, profesor de la Facultad de Letras de la Erasmus Universiteit Rotterdam). Vendió más de cien mil ejemplares en el primer año a pesar de las prohibiciones eclesiales, que desembocaron en cadenas de cartas reprobatorias, amenazantes, condenatorias e insultantes ante las evasivas del autor a disculparse y retirar todos los libracos de las perchas; un grupo de curuchupas rompió los vidrios de su casa y grafiteó las paredes del cerramiento, mientras otros organizaron una marcha-romería, con cucuruchos y disfrazados, rezos, golpes de pecho y cadenas a rastras.

Germán se limitó al silencio, esperó un tiempo prudencial para amainar los ánimos populares, restauró la casa, la devolvió con cierta vergüenza y se mudó en secreto a las afueras de la ciudad, a donde nadie lo fue a ver hasta la mañana de su muerte, cuando la crónica roja se agolpó en su puerta para sacarle fotos al cadáver.

La vida se le tornó aburrida de un momento a otro, la casa era demasiado grande incluso para su ego. Y aunque se sentía abandonado en su palacio, se propuso no buscar refugio en romances apresurados o amores retorcidos, quería ser la imagen del genio taciturno, de esos que inspiran una mezcla de lástima y ternura.

Pero el amor se rió en su cara una tarde de mayo, lo abofeteó con una quiteña de ojos redondos, morocha, cabello corto y risa de ratón. Era todo lo que él necesitaba. La conoció después de una charla universitaria a la que fue invitado; Milagros se le acercó con un libro de Lope de Vega, descolorido y viejo —el libro—, y se lo obsequió. Germán se quedó mudo y esbozó una sonrisa incómoda sin entender lo que sucedía, hasta una semana después, cuando lo hojeó por equivocación y descubrió marcados los poemas con los que inició su vocación literaria casi veinte años atrás. Lloró de la emoción —o al menos eso dijo— y corrió a buscarla. La encontró sentada y se casó con ella dos meses después.

El grandilocuente rimador y su definitiva esposa recorrieron Europa por tres meses, a propósito de una gira editorial, se hospedaron en los hoteles más costosos, acudieron de la mano a todas las entrevistas, caminaron del brazo por todas las plazas y se besaron sin rubor en todos los cafetines y teatros. Dejaron una huella de miel como baba por cada sitio que visitaron, tanto que al menos Italia y Francia terminaron empalagadas. Regresaron a la mansión del Rancho San Francisco, redecorada y con personal de servicio con uniforme y venia, y ahí mismo, en la primera noche del nuevo colchón, engendraron a Federico. Sin duda alguna, el desgraciado vate había conocido la felicidad.

El embarazo feliz y el alumbramiento más feliz le dieron piola para escribir más de doscientos poemas que exudaban suspiros y ensoñaciones. *Amanecer en el Edén* vendió miles de ejemplares en las primeras semanas, sobre todo la versión infantil que traía

ilustraciones. Y como era de esperarse, la casa editorial que lo tenía comprado, lo embarcó en una nueva gira, esta vez solo.

Desde la primera noche fue un suplicio desprenderse del hijo y la esposa enamorada. En su primer retorno le juró al vástago no dejar el nido por más de un mes seguido pero no lo llegó a cumplir, atareado con ponencias por preparar, una universidad en Pensilvania, otra en Nueva Orleans, México, Sevilla o Lisboa, la presentación del libro en Francia, la traducción al alemán, una compilación en Argentina, un simposio latinoamericano de escritores, un encuentro de poetas, más invitaciones, eventos, reediciones, homenajes como puntas del silicio que se colocaba a diario; vivía su sueño de fama con remordimiento, con altibajos de adicto que ocultaba bajo la máscara del éxito social.

Sin Germán en casa, Federico aprendía a vivir sin él: le salió su primer diente mientras el poeta recibía un premio en La Habana; balbuceó “papá” mientras él presentaba una edición de lujo en Roma; y dio sus primeros pasos mientras el poeta presidía un conversatorio en Brasilia. De a poco se acostumbró a ser un visitante en su hogar, casi un extraño, una ausencia con regalitos caros que ni siquiera veía abrir.

Cuando Federico cumplió un año y Germán llegó con obsequios extravagantes comprados en Milán luego de tres semanas de viaje, el hijo no lo reconoció y comenzó a berrear ni bien lo tomó en sus brazos; los pucheros, lagrimones y pataleos no cesaron hasta dos días después, que el poeta volvió a partir.

Esa misma tarde Milagros lo abandonó.

Germán no se enteró del asunto sino a los quince días que volvió a la mansión del Rancho con un cargamento de perdones con lazo. Antes de asustarse llamó a su mujer por teléfono pero no obtuvo respuesta, ni de la suegra o la cuñada. Nadie quería escuchar sus razones. Buscó hasta debajo de las camas, rebuscó los cajones, gritó en cada habitación y aventó cristalería fina contra los ventanales que lo reflejaban solo en medio de la sala fastuosa, pateó alguna silla de camino a su estudio y se encerró; se bebió media botella de brandy

con esquelas culposas a la esposa y al hijo, y, mientras escuchaba el Nocturno Nº 2 de Chopin, colgó una cuerda de una viga, la amarró a su cuello y se ahorcó.

llueve sobre mojado

Eran casi las cinco de la mañana y yo seguía en las mismas; después de dar mil vueltas en la cama, me levanté y encendí la luz.

Estaba harto de cavilar sobre mi horrible vida, de rumiar los errores que me condujeron a ser el anverso de lo que mis papás querían, esa imagen que los llenaba de orgullo frente a propios y extraños, sus hijos perfectos, siempre tan formales, tan educaditos. Ahora ellos me esconderían del mundo al que antes me ofertaban, evitarían las preguntas incómodas con nervios, se tragarían las caras de tristeza fingida, los comentarios hipócritas de alguna tía envidiosa que se regodea en cualquier desgracia ajena para olvidar la propia. Y si se me hubiera ocurrido volver con mis maletas llenas de fracasos, de seguro me habrían exigido desaparecer de su mundillo de devociones pagadas, al menos hasta recuperar la dignidad, esa decencia cristiana que extravié entre las piernas de una adúltera y los brazos de unos malvivientes.

Lo peor de todo es que sentía que aún sobrevivía, muy dentro de mí, aquella imagen prolija que solía ser y que me he empeñado en enterrar.

Me recosté otra vez a la espera de que el sueño me abstrajera de esta recurrencia infinita.

Intento fallido. Volví a la sala de libros desperdigados, al Cuaderno de Puteadas y sus líneas truncas. Como no podía distraer la mente obtusa, busqué el rostro de la casada infiel

en las ilustraciones de las portadas, quise suplantar su nombre en cada relato, volverla viva en esas páginas, aunque fuera en esas páginas solamente. La vi doblar la esquina por el lomo amarillo de un ejemplar estropeado de *Pulp*, esconderse en una solapa tras la foto de Kerouac, al final de un capítulo cualquiera de Burroughs, huir de mis manos por las puntadas del encuadernado, resbalar por sus hilos, saltar de libro a libro, difuminarse en una página muda, ocultarse tras un título, tropezar con los números de un índice y caer escaleras abajo sin la instrucción de un cronopio, sin el paracaídas de Altazor.

Matamoscas en mano la perseguí por las cortinas hasta que la atrapé entre una espada mocha y las paredes de cartón de mi departamento de poeta leproso, la aprisioné entre dos mujeres con carne de papel, flor seca, momificada, la tía Julia de Varguitas y la víbora de Parra.

Volví al Cuaderno de Puteadas y quise regurgitarla en mis palabras pero la casada infiel no daba para obras maestras sino solo para un libelo, un simulacro descarado, como yo mismo. Ellos ya la dibujaron, descubrieron su olor sin conocerla, delinearon sus senos tibios, su voz afinada. Todo lo que yo pudiera idear redundaba y lucía grotesco al contraste. La hoja seguía vacía, la cabeza revuelta, saturada, la memoria que volvía a enredarse...

Encendí un cigarrillo, abrí una botella de ron y me trastorné al menos un cuarto sin soltar aire. Respiré con el pecho ardido y comencé esta retahíla de eructos, como aguacero de clavos sobre mi cabeza: Emma y Rodolphe, Sonia y Roland, Sibila y Dorian, Inés y Martín, Aura, Raskólnikov, Mersault, Oliveira, Lucien, Grómov, Brausen, Dédalus, Dupin, Samsa, Rieux, Vincent Moon, Míster Taylor, Remedios la Bella, Macario, todos a la misma puta vez, trama sobre trama, bailoteando zancudas con su tonadilla de fiascos.

—¡Mierda! No puedo escribir ni una sola línea que no me pertenezca.

Cuando al fin logré escribir un par de líneas llegaron Camilo y Mario borrachos hasta las botas. Parecían pordioseros.

—Hermano del alma —balbució Mario— tú sí que eres mi amigo —me dio un abrazo con todo su peso.

—¿Desde cuándo están festejando? —pregunté mientras me lo quitaba de encima.

—¡Ya qué importa, *broder!* —gritó con aspaviento y se tambaleó hasta golpear la pared con el hombro—. Nosotros somos invencibles, ¿te acuerdas?, como Clint Eastwood o John Wayne —eructó con estruendo— no nos afecta nada —intentó abrazarme otra vez.

—Vamos, mi hermano, qué vas a estar escribiendo pendejadas, mejor pégate un trago con tus panas —me increpó Camilo.

Con una arcada de cachetes inflados, Mario se abrió paso al baño, casi a rastras y dio un portazo. Adentro, sonó el golpeteo de la tapa del sanitario y un ruido de cortinas arrancadas de sus raíles. A los diez minutos, luego de preguntar si estaba bien, de golpear la puerta y hasta forzar la cerradura, Mario salió lívido y se dejó caer en el sillón. Temblaba. Se estremecía con retorcijones, trataba de vomitar.

—No compadre, si vas a hacer cochinas te regresas al baño —le pedí mientras lo ayudaba a incorporarse.

Hizo un ademán de levantarse, pero no tenía fuerza y se derrumbó sobre el sillón. Movía apenas los labios, como si quisiera humedecerlos, los ojos entrecerrados.

—Levántate hombre, que me estás preocupando —le advirtió Camilo.

Pero no respondió. Lo sacudí de los brazos, le di un par de palmadas en una mejilla sin reacción. Estaba helado.

—Yo creo que no va a resucitar hasta mañana, Ignacio, si cuando me fue a buscar al taller, hace unas tres horas, ya estaba ebrio y dijo que andaba cargadísimo —le levantó el brazo y lo dejó caer sin resistencia— parece que ahora sí se le fue la mano, si hasta parece muerto...

—¿Qué no más se habrá mandado?, ¡mierda!

Con gesto de intriga, Camilo le subió la manga de la chaqueta para revisarle el brazo. Tenía un par de pinchazos en la sangradura, en medio de un moretón.

—¡Chugcha!

—¿Qué crees que se haya pinchado? ¿Heroína? ¿Hay alguna otra cosa que se pueda inyectar?

—Tiene que ser eso —le abrió los párpados como si supiera interpretar algún síntoma— ya nos jodimos, compadre —se tapó la boca con la mano y resopló.

—¿Qué se hace en estos casos?, nunca he visto un blanquero de esa porquería, ¿qué hacemos? —le grité chapoteando en la desesperación.

—No tengo idea qué hacer, ¡no tengo ni puta idea! —gritó de vuelta Camilo más asustado que agresivo.

—Vamos a una clínica, a un hospital, ¡maldita sea, se nos va a morir aquí! —intenté levantarlo en brazos. Pesaba demasiado. Quise arrastrarlo, Camilo daba vueltas alrededor de la mesa; la borrachera parecía haberse esfumado.

—Espérate-espérate, busca en los bolsillos esa mierda y mándala por el escusado, no necesitamos ir presos a estas alturas.

Lo dejé en el piso y rebusqué en sus bolsillos. Encontré una jeringuilla de insulina, una cuchara y una funda taponada con una liga.

—¡Un ratito!— se hincó a mi lado, tomó la billetera de un bolsillo del pantalón, la espulgó hasta dar con otra funda plástica que se abrió bruscamente y nos salpicó con su polvo blanco. Una nube alcaloide se posó en la salita, casi suspendida, y cayó ralentizada sobre el griterío.

Nos sacudimos lo mejor que pudimos, nos deshicimos de la evidencia y salimos con Mario a costas.

—Parece que quisieras ignorarme, que fingieras no saber que estoy aquí, que exageraras como siempre a cambio de un gramo de atención.

—¡Cuánto tiempo! —suspiré mientras acariciaba su mano inerte, rasgada por los pinchazos de las enfermeras—. No entiendo cómo te han podido dejar así los brazos, tanto agujero para nada... —quería pensar que en cualquier momento se levantaría con una sonrisa y se burlaría de mi credulidad.

—¿Te has puesto a pensar en el olor de los hospitales?, las personas como nosotros no tenemos más opción que curarnos o morirnos de una vez; si nos quedamos aquí de seguro nos volvemos locos con tanta limpieza y pulcritud. El olor de la salud es espeluznante, aunque los hospitales no huelen a salud, sino a enfermedad, a muerte; tanto blanco, tanto orden, así deben ser los manicomios, todo en orden menos las cabezas de los pacientes — intenté una ironía que me produjo un puchero.

—Tu mamá no soportó verte encima de esta mesa; la pobre se desmayó como tres veces hasta que le dieron un sedante. Creo que la vida se nos fue de las manos hace rato, pana — me contuve.

—Tu mamá me agradeció por haberte traído, ella cree que yo no tengo nada que ver con esto.

—Señor, disculpe, tiene que salir —susurró una enfermera— tenemos que preparar el cuerpo.

Le di un apretón en el brazo y salí. Quería morirme. Necesitaba un trago.

Camilo esperaba en la vereda, fumaba un cigarrillo. Me abrazó. Me acompañó al departamento en silencio y luego se fue. Necesitaba pasar la tarde con sus hijos.

Me acosté en posición fetal y me abracé a una almohada. Quería llorar pero estaba demasiado sobrio como para parecer un ser humano. Estaba solo.

—Tenías que dártelas de macho, para ver si tus papás se preocupaban por ti, para presumir que “me he fumado hasta lanas de perro y sigo vivo, soy invencible”, ¡pobre imbécil! ¡Cómo pudiste morirte, y en mi propia casa, qué clase de amigo eres!

Al fin una lágrima.

En la noche logré dormir un poco. Había sobrado casi media botella de ron. Me la tomé de un solo sentón. Sonó el teléfono. No pensaba contestar. Contesté.

Diego acababa de enterarse. Venía en camino.

En menos de quince minutos ya había llegado, me abrazó, lloró a mares mientras le conté los detalles. Me pidió que nos emborracháramos por el cofrade muerto.

El cementerio de El Batán parecía un hormiguero. Decenas de personas vestidas de negro arrastraban su pena hasta el hueco de la tumba. Camilo, Diego y yo nos manteníamos alejados del grupo.

—Es mejor no llamar la atención —sugirió Camilo— sería lamentable que se armara un escándalo con los familiares.

A la distancia se lograba distinguir a un cura que salpicaba agua a la caja y los papás divorciados, que se abrazaban como si hubieran olvidado los últimos años de malas caras. Pensé que Mario no podría creer esa escena; estaría feliz al ver a sus padres juntos, y gracias a él. Poco a poco los deudos se alejaron, unos deshechos, otros apenados y algunos más ansiosos por quitarse el luto social y volver al trabajo. Probablemente se preguntaban cómo un muchacho de veinticinco años podía morir de un infarto. Estarían dudando de todo y harían conjeturas burlonas mientras se aflojaban la corbata y miraban de reojo a los demás, en busca de muecas de dolor que les dieran alguna pista para amenizar su morbo.

Cuando por fin todos se fueron y solo quedaron dos peones para rellenar la tumba, impermeables al dolor ajeno, nos acercamos y lloramos, desolados, incapaces de darnos un abrazo. Después, el silencio se hizo intolerable. La vergüenza y el dolor nos obligaron a salir.

—Ya nos vemos —le ofrecí con cierto dramatismo antes de irnos.

Después del entierro no volví a ver a Diego; aunque al principio pensé que solo sería cuestión de tiempo para que volviéramos a encontrarnos y la Asociación de Huérfanos Insensibles se recompusiera, desapareció definitivamente, y solo un mes más tarde, recibí una carta desde España, en la que me contaba que luego de darle vueltas al asunto, se había dado cuenta de que ya no quería vivir en Ecuador.

Camilo, sumido en un estado terrible de nervios, se bebió una botella de vodka, solo, como siempre, y no salió de su taller hasta terminar el óleo desgarrador de un hombre demacrado que caía de espaldas sobre una multitud de demonios que lo agarraban para repartírselo.

Yo volví al claustro a batirme a duelo con mis sombras, la recurrencia del conventillo en que crecí, los burdeles en los que estudié y la calle en donde estaba. Debía excretar tanto resentimiento...

“aquí te esperan las ojeras del mar,

el recibo del gas,
la gorda de la esquina
y el Clarín
y el Prozac
y crecer y subir y bajar,
y el otoño, el café, la rutina
y Tom Waits
y Edith Piaf
y volver
a volver a empezar
a volver a empezar
a volver a empezar”

“Lázaro”, Joaquín Sabina

Otra vez la desazón.

Me veo en el espejo y descubro que no he envejecido ni un solo día. Es más, las ojeras han desaparecido, los labios han tomado un rojo intenso y las pocas arrugas que enmarcaban mis ojos se han esfumado. Creo que de tanto dormir mi cara ha quedado planchada, plana, sin ninguna gracia, como si fuera un maniquí. Me paso la mano por el cabello grasiento de dos días de cama y pienso que necesito un baño, un corte de pelo, un lavado de cerebro. *Esta tarde llueve, como nunca; y no tengo ganas de vivir*, susurro con un bostezo. Trato de hacer un gesto parecido a una sonrisa, pero me siento ridículo. Siempre me pasa. Soy un imbécil.

Decido seguir durmiendo. Me acuesto y me hundo en las cobijas aún calientes, las sábanas arrugadas, la almohada ha perdido su color blanco; huele a babas. No lo soporto más. Todo apesta.

Sin darme cuenta estoy frente al espejo nuevamente. Tengo los ojos negros, pienso. Me rasco el dorso de la mano con la barba rasposa del mentón. Se siente bien. Debo bañarme, afeitarme, lavarme los dientes, ponerme ropa limpia y salir a la calle. Debo ir a la editorial, a pretextar una tragedia como justificación a mis incumplimientos y pedir algún texto para corregir. Para comer. Para seguir bebiendo. Lo que sea.

Otra vez frente al espejo. Estoy listo para zambullirme en el lodo común que habita en el exterior de este cubil.

Salgo del departamento, entro al ascensor y una chica me mira desde el fondo. La puerta se cierra. Puedo percibir su perfume dulce, cualquiera podría notarlo, es demasiado fuerte. Siento que me asfixio. La miro. Cojuda de mierda. Salgo del ascensor apenas se abren las

puertas y busco aire. El guardia dice algo, un saludo tal vez. Murmuro una respuesta sin mirarlo. La calle se abre a mi paso, la gente vive a gritos, con desesperación más que urgencia. En la calle el tiempo no existe. Cada quien lo inventa a su ritmo. A mi lado pasa un auto con la radio altísima, sin embargo, no logro distinguir qué escucha: solo ruido. Otro pita para que una vieja cruce más rápido; ella no hace caso. Quizá no puede apresurarse. La insultan. Ella balbuce algo. Ninguno comprende al otro. Un niño pasa en bicicleta por la vereda, esquiva a los peatones y viene hacia mí. No me voy a retirar. Me roza al pasar y rezonga una grosería. Ojalá te pise un carro. Un tipo de terno y corbata habla, no, grita por teléfono mientras camina; se para, hace un gesto de sorpresa y continúa ciego en ese mar. La gente se amontona, se cruza, se atraviesa, se detiene, todos se empujan, se pisan, se respiran en la nuca. Un mendigo extiende el brazo y hace bailar dos monedas en una taza-chinesco, “no hay plata”, le digo, más con los ojos que con la boca. Me da lástima, el estómago se me revuelve, pienso que recordaré a ese anciano el resto del día. Diez segundos después lo he olvidado. Necesito cruzar la calle. Es imposible. Parece que el mundo se ha levantado hostil conmigo otra vez.

Debo comer. No tengo dinero. Rebusco en mis bolsillos y no hay nada. Debo comer. No tengo dinero. Mierda.

Regreso al departamento. Encuentro la cama helada. No importa. *Esta tarde llueve, llueve mucho. ¡Y no tengo ganas de vivir...!*, se lamentaba el poeta sin París y sin aguacero.

La salvación económica para paliar la suspensión coloidal en la que permanecía llegó de Camilo. Supongo que no quería perder a otro cofrade con el corazón roto. Trescientos dólares en efectivo, en billetes de veinte. Le agradecí ampliamente y le invité a tomarnos un trago para matar las neuronas que persistían en recordar. Después de reírse con una mezcla de ternura y resignación, “ni siquiera te he dado el dinero y ya lo vas a gastar en pendejadas”, se negó con lástima, porque no quería echar a perder su nuevo comienzo marital con la holandesa. Me recomendó que saliera alguna noche a respirar el mundo, ojalá a conocer a alguien, a distraer la cabeza encerrada en esa sala maltrecha, de libros esparcidos como salpicones de sangre en el piso y el recuerdo agrio de la casada infiel, todavía fresco.

Me obligué a salir sin la tragedia, sin el pavor que me daba yo mismo. Agarré un taxi y deambulé por la zona rosa hasta que el chofer me recomendó un barcito “de esos en los que siempre se puede encontrar un palo en qué ahorcarse”.

El sitio que se anunciaba bajo un letrero de neón como “La Nota” resultó ser un antro oscuro, medio vacío, en el que, a pesar de que eran las diez de la noche, parecían las dos de la mañana. Un músico con cara de dormido aullaba sobre la tarima y rasgaba una guitarra negra, en aras de un bolero sufridor; dos mesas con velas que deslucían besuqueos cabizbajos, un mesero sentado con gesto de aburrimiento y una luz azulada que se blanqueaba con el humo del ambiente. Me senté en la barra y pedí un trago y después otro. Media botella de aguardiente.

Isabel apareció de la nada. Casi a la una de la mañana, una mujer que pasaba de los cuarenta, mal vestida y con maneras toscas, se sentó a mi lado y pidió un mojito; encendió

un cigarrillo y se dedicó a mojar los labios en el trago, sus manos impacientes, su vaso manchado de pintalabios y una servilleta doblada en abanico. Me miraba a ratos, con una sonrisa baja, deseosa, algún roce bajo la mesa. Con un sabor a resignación, me zampé un gran bocado y le pregunté si quería ir a otro sitio. Dudó, bajó la mirada y aceptó. Cruzamos dos o tres palabras mientras traían la cuenta. Tuve que ayudarla a apurar el coctel, con prisa por olvidarla desde ya, a pesar de que seguía ahí, con su risa entrecortada, su cabello crespo y, qué sé yo, ya ni me acuerdo...

—Vamos a un lugar más íntimo —propuso con su cartera en las manos.

—¡Ah caray, golosa la veterana! —rezongué con una sonrisa torcida de beodo.

Salimos de la “La Nota” y fuimos a su departamento, enredados en el asiento trasero de un taxi Lada. Entramos. Cuando encendió la luz, pude verla en toda la extensión de sus cuarenta y pico mal llevados.

—¿Tienes algo de tomar? —pregunté.

—No vas a necesitar alcohol —respondió con un gesto patético de picardía.

—Necesito un trago de urgencia y apagar el maldito interruptor —volví murmurar.

Sin más prolegómenos, en cosa de diez minutos me retorció encima de una señora sarmentosa, con movimientos mecánicos, los ojos cerrados y el cerebro amortiguado por un tequila tras otro. No recuerdo más.

Desperté en su dormitorio a eso de las tres de la tarde; era una habitación oscurecida por cortinas color vino, con una cama de respaldar alto, hierro forjado, lleno de adornos, eses, círculos, espirales que se alzaban a un metro por sobre mi cabeza. En la alfombra, a un paso de la cama, había un par de pantuflas de felpa con caras de conejo y nariz roja. Colgadas detrás de su puerta, dos batas de baño, una celeste que delataba un uso prolongado, y otra azul, más grande, forrada en una funda plástica. Me sentí desnudo. Miré alrededor en busca de mi ropa, pero no la encontré. Quizá estaba en la sala. Me levanté sin hacer ruido y avancé hasta el baño en busca de una aspirina; me lavé la cara con agua fría, encontré dos toallas, una celeste y otra azul, que parecían recién puestas, y descubrí en un estante un gran surtido de pastillas. Salí sigilosamente al corredor con dos ritalines en las manos y espí. No había nadie. Apenas reconocí la sala en la que habíamos comenzado a desvestirnos. Se me ocurrió que la botella de tequila debía andar por ahí. La busqué en vano. La casa estaba impecablemente arreglada, no había rastros de la noche anterior, ni un vaso ni un cenicero ni una sola prenda; pero había rosas en un florero, la mesa puesta para el desayuno y algunos portarretratos familiares que no quise mirar. Me creí atrapado. Fui a la cocina y, dentro de un aparador, hallé la botella a la mitad y la cajetilla de cigarrillos. Volví a la habitación, me metí en la cama y decidí esperarla en el mismo estado en el que la había conocido.

Más de tres horas después —calculaba que serían ya las seis de la tarde— sentí que llegaba. No tuve fuerzas ni para esconder el cenicero que se desbordaba sobre el edredón. Entró a la habitación, dejó su cartera abultada encima de una mesita de noche y encendió la lámpara.

—Tuve que salir de urgencia y no había manera de despertarte, así que preferí que durmieras —se acercó a la cama, puso el cenicero en el velador y me dio un beso en la boca— ¿no me digas que encontraste la botella?

—Sí, pero está vacía —dije con una sonrisa delatora.

—No sé qué voy a hacer contigo —continuó con escabrosa familiaridad— ya te dije que no me gustan los borrachos.

Tomó la botella y el cenicero y los puso sobre la mesita. Se sacó la falda de flores que le cubría hasta los tobillos y un buzo celeste con cuello de tortuga. Los dejó sobre una silla. Me contó algo sobre su trabajo mientras caminaba en ropa interior de un lado a otro, dejó sus aretes en un cofre, se sacó el reloj, buscó un disco, Frank Sinatra, lo puso con una sonrisa dulzona, estirándose, aguardó a que comenzara, ensayó un par de movimientos acompañados y se acercó tarareando *fly me to the moon, let me play among stars...* moviendo sus caderas trizadas de estrías y se trepó a la cama en actitud gatuna, susurrando... *in other words, hold my hands, in other words, baby kiss me...* se soltó el sostén y me enseñó sus senos mínimos de capulí, los restregó contra mi borrachera, contra mis ojos a media asta, me cantó al oído *in other words, please be truth, in other words... I love you* con un beso endoscópico, y otro más, y aún no logro ver bien su rostro.

Desperté al mediodía con una resaca insoportable, otra vez desnudo y otra vez solo. Repetí lo del día anterior, las pastillas, la inspección de la casa, la constatación de que algo más que el sexo había sucedido, ya dos veces, y no conseguía recordar. Esta vez no hubo alcohol ni cigarrillos, solo una carta encima de la mesa del comedor, junto a una rosa. “Regreso al mediodía, quiero comerte otra vez. Un beso, Isabel”. No sabía a qué hora la había escrito ni qué hora era, no hallé ni un solo reloj en toda la casa, así que rebusqué en los cajones, abrí todos los armarios hasta que encontré mi ropa, perfectamente doblada, casi planchada, con mi billetera, el celular muerto y mis llaves. Me vestí y salí. Le dejé una nota de excusa firmada por un tal Alejandro.

Esa misma noche me llamó por teléfono. Me contó que se había desilusionado cuando no me encontró; dijo haberse reído mucho con mi nota, sobre todo por el seudónimo.

—¿Y cómo conseguiste este número?

—Se cuenta el milagro pero no el santo.

Después descubrí mi billetera revuelta. Supuse que habría revisado mi teléfono antes de que la batería feneciera. Quise ponerla en su lugar, decirle que no me gustaban sus intrigas, que me parecía una mujer rarísima, una come-hombres-indefensos, pero me faltaban pretextos para insultarla, para romper ese nexo incomprensible que nos hacía hablar ese mismo instante por teléfono, que me hacía escuchar una propuesta para ir al cine, a cenar, decirle quizá y después aceptar su invitación.

Me vino a la mente la anciana Consuelo de *Aura*. Carlos Fuentes sentiría envidia de una historia como ésta.

Quedamos en vernos al día siguiente, ella con la idea de seguir con nuestro romance y yo para ver si de una vez podía descifrar esa “relación” llena de lagunas mentales en la que

me había metido. Pero si bien al principio estuve decidido a conocerla —aunque suene extraño— después sentí miedo de que, sin darme cuenta, me despertara otra vez en su cama, desnudo, encerrado y sin recordar nada.

La dejé plantada.

En lugar de acudir a su encuentro, salí con Camilo a tomar una cerveza y ponernos al día con la vida. La cerveza se convirtió en una botella de vodka con polvos mágicos hasta la mañana siguiente.

A mi regreso al departamento, encontré una nota debajo de la puerta: “te esperé más de una hora pero parece que ya te olvidaste de mí, ¿en dónde tienes la cabeza? Apenas llegue a mi casa te llamo... Isabel”.

Nuestro siguiente encuentro fue más insólito aún.

Comencé la tarde entre las cajas de libros en busca de un ejemplar de *Aura* que empecé a releer de inmediato, alternando con el sobrante de la botella de vodka que Camilo había traído el día anterior. Dos horas más tarde, y mientras Felipe Montero descubre que *Aura* es la misma vieja rejuvenecida y que lo ha enamorado para terminar una historia de amor inconclusa desde hace décadas, sonó el timbre. Me levanté de la cama con los escalofríos del alcohol encima, me acerqué a la ventana, aparté la persiana y vi a una mujer que me hacía señas desde la vereda. Aunque no la reconocí, supe que era Isabel. Imbuido por la ilusión del libro, otra vez ebrio y desconcertado ante esa visita —como si la literatura escapara del papel y tocara a mi puerta— le dije que subiera. Tuve la intención de arreglar el dormitorio pero habría necesitado un par de días, así que preferí tomarme un trago más para pasar la vergüenza. Apenas me vio, sonrió con alivio, me plantó un beso baboso que forzó con su lengua mi boca cerrada, y suspiró que me había extrañado.

—Estos días me han parecido eternos, Ignacio, ¿no has tenido la misma sensación?

—A ratos —balbucí mientras decidía si debía poner seguro en la puerta o dejarla entreabierta— disculpa el desorden, es que no he tenido tiempo.

—Tranquilo, que yo esperaba encontrar un sitio peor —hizo una mueca de desagrado— pero no te preocupes que ya nos iremos acoplando con el tiempo.

—Con el tiempo —repetí nervioso.

—Ya, no te sientas mal por una tontería, son solo detallitos que hay que afinar... lo importante, lo verdadero —se acercó y me amarró a sus brazos— eso está bien —me besó el cuello y bajó la mano hasta apretar mi sexo reacio. Por suerte, mientras lo hacía, no podía ver mi cara de pánico.

—¿No tienes curiosidad por saber cómo conseguí tu dirección?

—En realidad, ya no me sorprende nada a estas alturas de la vida —intenté un gag— ¿Quieres tomar algo? —propuse, de pronto me sentía demasiado sobrio como para soportar tanta intriga. Tomé la botella y me serví otro vaso.

—Ya te dije que no me gusta el aliento a borracho —me quitó el vaso— ¿por qué mejor no me abrazas y me besas de una vez? —dejó caer su bolso al piso y me encaró.

—¡Ay Dios! —Y empezamos otra vez.

Llegué a la cama en ascuas: el pantalón en los pies, los zapatos en una mano y ella trepada con uñas y dientes como gato en cortina. Me besó con pequeños gemidos, con chillidos de roedor, me besó hasta hartarse —porque yo estaba harto desde antes de comenzar—. Encendió la lámpara, me tomó del cabello y me zarandeó, me mordió el cuello, el pecho, me arañó la espalda, el vientre, prácticamente saltaba sobre mí, me doblaba, me torcía, parecía un vibrador humano, un epiléptico; se me ocurrió que así se debían ver dos picaflores copulando, pobre pajarito, humeante de arrechera, ¡pobre pajarito!

La señora se retorció sobre mi cuerpo, me olisqueaba, me lamía, me asía como si quisiera desjarretarme, era un chacal en el éxtasis de la cacería, intentaba someterme con todas sus fuerzas ante mis ojos espantados de presa.

Pero en medio del revoleo se detuvo en seco, me tomó del cuello y me apretó hasta que tuve que detenerla con mis manos.

—¿Te gusta?

—Ehh, sí, claro, supongo.

—Todavía estás un poco tímido... —hizo una mueca y apretó el pubocoxígeo con un guiño.

—Espérate que necesito un trago —hice un ademán de buscar la botella.

—Nada de trago, ya te dije... quiero que me prometas algo —exigió con los ojos entornados.

—Lo que quieras, cariñito.

—Quiero que la próxima vez me ates, me sometas —contraía el pubis en seguidilla— que me tomes por la fuerza, que me violes, quiero que me arranques el alma con cada penetración —mordió las palabras.

—¡Virgen Santa! —murmuré— voy a necesitar harto trago.

Una semana después de su última visita, me invitó a cenar en su casa y no pude negarme, aunque estaba aterrado con la idea de la golpiza sexual con la que me había amenazado. Pasé la tarde bebiendo como quien espera visitar el infierno, quería llegar lo suficientemente borracho como para no acordarme los detalles y lo suficientemente sobrio como para correr en caso de emergencia.

¿Y si lo único que buscaba era otra relación desquiciante sin salida? Pensé en llamar a alguien que me sacara del encierro y me quitara la tentación de caer en las garras de Isabel pero no encontré a nadie, mi grupo de amistades se resumía en un inmigrante ilegal, un pintor loco, una cuarentona enclaustrada y el cadáver de un *yonkie*. ¿Y si intentara hablar con Sofía?, tal vez aquel sueño se haría realidad, un polvito de despedida, sin arañazos ni compromisos. Pésima idea. Me vestí hecho una noche y fui a la casa de Isabel. Me recibió como si hubiera vuelto de la guerra. Después de embarrarme de besos aguados, me dio una cachetadita.

—Estuviste bebiendo otra vez...

—No es otra vez, es la misma.

—Ven a que comas algo hasta que la cena esté lista.

—¿Por qué no tomamos un poco de vino hasta que la cena esté lista?

Un par de copas, otro beso forzado, su lengua flácida. Otra copita. Cenamos.

Los langostinos con medio litro de vino y cuatro visitas al baño para polvearme la nariz fueron suficientes para aflojar el miedo y poner en blanco la memoria.

Empezamos a desnudarnos con la luz prendida, nos perseguimos por toda la sala: ella encendía la lámpara y yo la apagaba. De todas formas, la imagen de su cuerpo alicaído se

desvaneció entre prisas y arremetí sobre ella como un boxeador, en busca del momento y la posición exacta para lanzar una embestida profunda, un golpe certero, los párpados apretados, la mente que bailoteaba en realidades alternas, imaginaba ese otro cuerpo, recordaba su tersura, su aroma, y de pronto Sofía se mecía en mi cintura, decía que me amaba, “te amo tanto, Jonás”, la muy puta, parpadeé para sacármela y me descubrí en las carnes del esposo, colorado de mierda, plagado de pecas, ronchas, viruelas, sacudí la cabeza, maldije, vi para un costado y el vidrio de un aparador me reflejó encima de Isabel mientras la parejita de desquiciados nos observaba y se burlaba de mí, miraban cómo me tiraba a esa vieja espantosa, y ella pedía que la apretara, que la estrujara, que la golpeará, “abre los ojos y hazme sentir tu fuerza”, gritaba, “maltrátame con todo tu amor” pero no tenía amor que darle, ni una pizca, y me abofeteaba en busca de una reacción a la misma vez que la infiel y el cornudo observaban mi caída, se reían abrazados, desnudos, la mano del infeliz pellizcaba sus areolas y ella le palmoteaba la barracuda; el cuerpo de Isabel se arrugaba cada vez más, se descomponía sobre mí, era un árbol que se podría, un gusano quemándose al sol, maldito Fuentes, y me untaba su pestilencia, pegajosa, me revolvió las vísceras; oía las carcajadas del matrimonio feliz como escupitajos, y me urgía separarla de mí, tenía que alejarla, “encabronate conmigo”, volvió a gemir, me lanzó otra bofetada, ya basta, ¡ya basta!, debía matarla de una vez...

Me vi abofeteándola. Su cara se blandía de lado a lado con una sonrisa que me provocaba más, que me desquiciaba, que me invitaba a expulsar ese demonio que la habitaba en mi mente retorcida, intoxicada, vuelta mierda de tanta sustancia. De pronto sentí algún salpicón de sangre y recibí un puñetazo en la oreja que respondí con golpes ciegos, y ella ya no me alentaba, ya no gemía sino que se quejaba, intentaba defenderse, lanzaba

manotazos, me agarraba de los pelos, parecía ahogarse y resoplaba para zafarse de mis manos que ahora la detenían, que se asían a su cuello entre alaridos y gorjeos... recién entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo; me levanté, ella temblaba con resabio, me insultaba, gritaba que casi la mato y yo le decía que no entendía qué había pasado, que ella me obligó a que lo hiciera y me solté en llanto, le pedí perdón en tropel, le rogué que se compadeciera de lo loco que estaba, y ella se limpiaba algún resquicio de sangre de la nariz, la boca hinchada, las marcas de los dedos en el cuello, y me pedía que me marche, que estaba ebrio y ya no podía hacer nada más.

Salí del departamento en soletas y empecé a caminar. Me tropecé, caí, permanecí en el piso unos instantes y después volví a levantarme. Estaba demasiado borracho como para hacer cualquier cosa. Me senté en la vereda, saqué la funda de coca y me volví locomotora, estaba tieso, amortiguado, y en un momento, un minuto, diez, no sé, me incorporé para alejarme de ahí, bañado de angustia, envuelto en taquicardia y sudor helado; necesitaba llegar a mi guarida como fuere. Tenía rastros de sangre en el rostro, arañazos, la ropa manchada, todo descuajaringado, con el cuerpo hediendo a sexo, y entonces volvían a mi mente las burlas, la podredumbre, la náusea... debía vomitar hasta la última gota de bilis. Me recosté en la acera sobre un charco de langostinos masticados y vino a medio digerir.

En eso estaba cuando me percaté que un auto se detuvo cerca y se bajaron dos tipos, que corrieron hacia mí y me patearon en el piso; entre el zumbido de los porrazos y los insultos, escuchaba a una mujer llorar con bramidos en el asiento trasero. Me golpearon, me lanzaron contra una pared. No sabía quiénes eran, yo solo repetía que no tenía dinero, “¡degenerado!, ¡violador!, ¡te vamos a cortar la pinga, hijueputa!”, y entonces reconocí la

voz de Isabel dentro del auto y supe que me iban a romper los huesos sin que tuviera fuerzas para huir. Avancé a ovillarme para evitar más trancazos, rodé y los justicieros se embarraron en mi charquito, uno resbaló, maldijo, vomitó, puteó furioso, quiso limpiarse, volvió a vomitar, se levantó y me pateó con más saña, el vientre hundido, la cabeza retumbaba, abrí los ojos y no pude ver nada, tenía una cortina de sangre en la cara, era como si masticara vidrios, mi lengua rebotaba contra puntas filosas, me estaban machacando los dientes *a puntapiés, ¡chaj!, vertiginosamente, ¡chaj!, ¡chaj!*, parecía que no terminaría nunca aunque les suplicara que me mataran de una vez; en eso escuché un disparo pero no sentí el impacto, traté de incorporarme y algo me punzó el costado, me obligó a caer, más golpes, el piso, la vereda, la calle, abrí los ojos y me limpié la sangre con un retazo de camisa. Se habían ido. Solo un guardia con una pistolita en las manos me miraba a un lado.

—¿Dónde están?

—Ya se fueron hace rato, pero no trate de levantarse, no ve que no puede, se vuelve a caer y se lastima más...

Desperté en un miserable cuarto de hospital. No sabía cuánto tiempo había pasado “unos tres días”, dijo una enfermera; dijo también que me rompieron una clavícula, la muñeca izquierda, tres costillas y algunos dientes; tenía contusiones múltiples, varios derrames, suturada la cabeza en tres partes, la boca, ambas cejas y la nariz.

—Casi le dan el vire —sentenció— pero ahurita no intente hablar ni moverse, va a tener que estarse quietecito un buen tiempo hasta que se componga, verá que una de las costillas casi le perfora el pulmón, agradezca a Dios que sigue vivo...

Pasó más de una semana. Poco a poco me asaltaban recuerdos que prefería olvidar. A un lado, separado apenas por un biombo, un anciano se quejaba, lanzaba unos gemidos prolongados, lastimeros, tosía y contenía la respiración largos segundos; por las noches lloraba y llamaba a una mujer que al parecer había muerto. A veces quería llorar con él. A veces quería gritarle que se callara.

De regreso del quirófano, donde me operaron la nariz y me drenaron unos coágulos en la cara, pude ver que en el corredor había un policía. Me miró mientras me alejaba en la camilla, como si se cerciorara de algo. Después supe que vigilaba que no me fuera porque la familia de Isabel me había denunciado por agresión, violación y hasta intento de asesinato.

Todavía retenía en la memoria su cara enfurecida, imaginaba burbujas que se formaban en su nariz con cada respiración, los ojos hinchados, las manos que me alejaban, ásperas y huesudas, las súplicas que pasaron de “¡golpéame con todo tu amor!” a “¡ya no me pegues, por favor, ya no me pegues!”.

Conseguía dormir por minutos antes de despertar con sobresaltos, sudando, con las mandíbulas adoloridas de tanto apretar. Pobre Isabel que cayó con alguien más trastornado que ella. Otra vez veía su rostro maltrecho, las marcas en el cuello, la lengua y los dientes pintados con el rojo intenso de la sangre. Me venía un acceso de tos y sentía que las costuras se deshacían, las entrañas se retorcían, se estiraban hasta la laceración, las costillas se soltaban y resbalaban hasta arañar los tejidos, la sangre volvía a correr, los derrames aparecían de nuevo, los dientes se desprendían, las manos salpicadas, la camisa, la cara, Isabel volvía a gritar y yo también, más fuerte para acallar su voz, para ocultarme...

—Señor, ya cálese —rezongó una voz gastada de años.

—Tranquilito, ya pasó —alguien me sacudía del brazo— tiene que colaborar, se está haciendo daño —me dio palmadas en las mejillas— a ver respire, relájese, abra los ojos — la enfermera me miraba a unos centímetros— está todo bien, afloje los puños.

A un lado, el anciano me devolvió el espanto. Al otro lado, el policía metió la cabeza y revisó.

—Tiene que ser fuerte —advirtió la enfermera— no le queda otro remedio.

La inmundicia y la miseria humana se conjuraron en mi catre. Cada vez que dormía, esta cabeza tan aporreada me deparaba pesadillas. Una noche que parecía repetirse a perpetuidad escuché que una voz tierna me llamaba desde las sombras sin que yo pudiera descubrirla, aunque sentía sus manos diminutas cerca de mi rostro en un intento de caricia; lo busqué a tientas, lo llamé sin más resultado que el eco de su voz dolida en alguna parte. Me ofusqué, le pedí, le exigí que se mostrara, aterrado, y sus ojitos brillaron bajo la cama de mi infancia, retrocedí con el espanto contenido en el guargüero, tropecé con una silla a mis espaldas, maldije, me froté la cabeza por el agujonazo de algún mueble puntón y él, a la par, lanzó un grito, se agazapó con mi dolor, sus lágrimas me brotaron y quemaron sus mejillas mías.

Silencio. Macabro, gotero fantasmal sobre mis sienes tensas.

Logré abrir los ojos y una franja de luz fría se coló hasta sus pies; era yo mismo, y jugaba en mi habitación de niño con muñequitos, feliz, ajeno al claroscuro tétrico hasta que alzó la vista en medio de una voltereta lúdica y me encontró. Se cubrió los ojos con las palmas para evitarme, yo apreté los párpados, incrédulo, y cuando retiró las manos y yo abrí los ojos, me volví el otro, el anterior, el niño que miraba al pordiosero de su porvenir, sus pies sucios de uñas amarillentas y los tobillos pasposos; no conseguí apartar la vista, sus caderas enjutas, el sexo mustio, los brazos recogidos sobre el pecho, las facciones tristes, una mueca sorda, un ruego inaudible al vacío.

Desperté bañado en sudor. La consciencia de la orfandad existencial me corroía, la conmiseración, el hastío. Llevaba dos semanas metido en esa caja pública de grillos y me esperaban dos más. Al menos la sombra del vigilante había desaparecido. Al parecer, la familia de Isabel retiró la denuncia en mi contra para no complicarse con la golpiza que me

dieron. Intuía la mano de mi papá en ello aunque no diera la cara. Si estuviera aquí, seguro se acercaría como un toro, me daría por fin un par de bofetadas, repetiría a gritos que ya no era su hijo, que era el diablo, que no quería volver a verme. Se iría caminando a prisa, rojo de ira, de desprecio; saldría de este zoológico tétrico y, al encontrarse en su auto, totalmente solo, sentiría el corazón retorcerse de dolor, lloraría y me amaría más que nunca, con una decepción definitiva.

Mis papás me visitaron dos días antes del alta. Él no dijo nada cuando llegó, es más, ni siquiera me saludó, pero no lo culpé, era lo menos que se podía esperar de un padre católico ejemplar con un hijo como yo. Mi mamá se abalanzó al catre, me abrazó y me preguntó mil veces por las fracturas, las laceraciones, las suturas. Me peinó con sus dedos, besó mis mejillas, me rogó que me concediera una oportunidad, que no fuera tan injusto conmigo mismo. Me dio su bendición, como siempre, y me acarició la frente con sus lágrimas.

Antes de irse, a mi papá le salieron palabras indecisas, angustiadas, y me pidió con las manos en oración que no saliera a la calle a dejarme morir, que buscara un empleo decente, aunque fuera algo sencillo para empezar.

Aun después de todo lo que dejé de ser para ellos, no solo que vinieron a visitarme, sino que pagaron todo y defendieron al monstruito de su desastre; lo hicieron a pesar de su vergüenza, de la religión a ultranza que profesaban y que les servía para entender sus vidas, más allá de sus propias desilusiones.

A veces cae bien el silencio autoimpuesto, la distancia obligada, la pura contemplación de las olas, de las páginas y los días...

uróboros

Me había quedado dormido sin darme cuenta. Al despertar, la misma imagen, pero más difusa, todavía revolotea en mi cabeza a pesar de los intentos por distraer la mente o vaciarla. Es inútil. Por más que intento, no consigo sino volver a la misma historia, el bullicio, las carcajadas y el olor a tabaco negro de mis manos...

Me zambullo en la cama casi matrimonial de mi departamento de abandonado. Intento detener esta recurrencia infinita, parar la autoconmiseración, la memoria terca en su victimización como mecanismo circular. “La memoria no es, a fin de cuentas, más que otra forma de ficción”, pienso sin lograr convencerme. Escucho el ruido de la lluvia que golpea contra las ventanas de la sala y moja la persiana, el espaldar de un sillón, el piso de parqué sucio. No siento prisa por cerrarla. Me asomo y recibo un golpe de viento que termina de despertarme con un escalofrío y un bostezo. Hacia un lado, en la comarca, el apocalipsis desatado: el cielo se cuartea y eructa truenos, jadeo de bruma, brama en aguacero; hacia el otro, algodón mojado sobre el tapete andino, llovizna que intuye su fin con olor a césped recién cortado y a vapor sobre asfalto caliente. Esta ciudad mojjigata lava sus culpas por cuadras, entre llantos y azotes.

Enciendo un cigarrillo que me raspa el gáznate y me delata famélico. A mi espalda, las ruinas de la literatura hieden a un fracaso asumido, las paredes todavía laten la ausencia de la casada infiel, rebotan ecos de discusiones absolutas, gangueadas en alcohol; el sillón aún

retiene los estragos de Mario, las facciones borrosas de Isabel, el silencio que asfixia, la memoria como navaja.

Me dejo caer en el sillón a un costado de mi propia lasitud, de la testarudez por volver sobre mi decadencia, tan cansina incluso para el anonimato herido porque los relojes se han desentendido de su tragedia. Aquí no caben más propósitos que empeñarse en vivir, en sobrevivirse; aquí no hay espíritus que desalojar, no hay exorcismo posible ni resarcimiento ni fórmula de salvación; toda intención redentora muere a mis pies, en estas manos impetuosas de tabaco, en el empeño de no caber en la estantería social de definiciones y estereotipos.

Por fin intuyo la necesidad de regurgitar el melodrama que me tiene atorado en una página virgen, barrer los puchos de mi memoria, desocupar los ceniceros hartos para volverlos a llenar de nuevas frustraciones, porque esto no se trata de lecciones aprendidas, de moralejas ni moralinas. Conmigo no va eso de pasar del vía crucis al cadalso con tal de redimirme mártir, yo no resucité santo, aunque me hayan crucificado y olvidado; yo también descendí a los infiernos por voluntad propia pero no quise ascender al cielo, me quedé a retozar entre pailas, le anudé las barbas al diablo y le gané una partida de Cuarenta para salir del sepulcro; trancé mi alma a cambio de un trago de Caña encendida para soplarlo sobre mis muertos, para quemar Roma, para incendiar este conventillo franciscano con ífulas babilónicas; ahí mismo me inmolé a gritos, me lancé al vacío de mi propia finitud, me escarbé las vísceras, sufrí escarnios que yo mismo busqué, me lamenté en mis charcos de miseria y mordisqueé cuanta mano me pusieron al frente.

A fin de cuentas, yo no quiero encontrarle esperanzas a todo, no quiero aprender y enmendar, volverme abstemio, casto, bien intencionado y formalito, ni sonreírle al vecino, ceder el asiento en el bus y llenar exámenes estandarizados con naturalidad; no quiero conseguir un trabajo con horario y paga a fin de mes, enamorarme de una muchacha parecida a mi mamá y soñar hijos distintos a mí, casita con perro y vejez con nietos.

Mi bronca está en persistir en los yerros, en improvisar la vida según llegue sin echarme a morir en el intento, a sabiendas de que *todo pasa*, todo pasa aunque siempre quede. Tal vez esto se trate de aprender a hablar menos y escribir más, o escribir algo, saber resignarse sin claudicar ni lanzarse a matar con cada embiste.

Quiero entender a mis padres con su religión y sus miedos, con su amor de púlpito y sus culpas de confesionario; aceptar que esa mujer siempre estuvo casada, aunque ella y su marido me hayan trepado a su lecho marital por un rato; aprender a vivir con amistades incompletas, con muertos en la consciencia y errores a borbotones; tolerar a tanto espécimen inicuo, ciego, grotesco de vacuidad y cerumen que puebla la tierra, como uno, emporcado a su manera.

Quiero resignarme a que haya gente que siempre gana, que siempre cae de pie mientras otros nunca logran levantarse; aceptar que esos niños ricos lo tienen todo fácil mientras los pobretones arribistas se llenan de envidias y resentimientos; quiero soportar a los escribidores de cafetín con sus aplausos y premios, con sus mamotretos que resultan el mejor del año; quiero aprender a soportar mi reflejo, palparme las cicatrices frescas, convivir con la incertidumbre, con la memoria que se obstina, con no ser y no querer ser y saber que no hay remedio para eso, ni borrachera que lo cure, ni tiempo ni esperanza.

Pero claro, hay que empezar por algún sitio más allá de declaraciones grandilocuentes que se esfuman en la cotidianidad más burda, que se diluyen con este viento de páramo. Debo resolver el almuerzo de mañana, el arriendo a fin de mes, las pajas mentales de cada noche. Y ahí es cuando el poeta recula, vacía la chistera y acepta mendrugos. Es ahí donde se acaba la retórica y comienza la realidad, o una versión de ella. Habrá que sentarse a escribir garabatos hasta que aparezca entre la tinta un rostro, una voz, ojalá la propia.

Aquello sea sin ser más.

Luis Monteros Arregui

Balada de la casada infiel

Kito, 2006/2017